Fly with me

by MeimiCaro

Category: How to Train Your Dragon
Genre: Humor, Romance
Language: Spanish
Characters: Astrid, Hiccup
Pairings: Astrid/Hiccup
Status: In-Progress
Published: 2014-07-27 01:31:04
Updated: 2016-04-20 18:36:55
Packaged: 2016-04-26 20:11:13
Rating: K+
Chapters: 14
Words: 30,648
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: Adolescencia, hormonas revolucionarias, un reencuentro, dos parejas sin rumbo fijo y un beso robado. Astrid estÃ¡ a punto de conocer a un Hipo totalmente diferente ante unos nuevos ojos azules como el ocÃ©ano Â¿EstarÃ¡ preparada para el campo de batalla?

1. CapÃtulo piloto

CapÃtulo 1

ObservÃ© como un pequeÃ±o terror terrible, con unas brillantes escamas esmeraldas, se acercaba a mi ventana. Antes de que se posara en el alfeizar, pude ver que traÃa algo amarrado a una de sus patas traseras.

Correo.

No podÃa evitar estar sorprendida. Apenas estaba despuntando el sol en aquella maÃ±ana clara y frÃa. CogÃ la nota rÃ¡pidamente y la leÃ con avidez.

Siento mucho las molestias que esto pueda causarte, pero no he tenido otra alternativa. Me es imposible acudir a la sesiÃ³n de entrenamiento de hoy Â¿Puedes impartir la lecciÃ³n de defensa personal de la cual ya habÃamos hablado? Lo dejo en tus manos.

Hipo

Involuntariamente, fruncÃ fuertemente el ceÃ±o al terminar de leer. Hipo no era de los que incumplÃa las promesas ni cambiaba de planes de un momento a otro sin tener en cuenta las ocupaciones de los demÃ¡s, asÃ que tenÃa que estar pasando algo grave. Pero no lo habÃa escrito en la nota, lo que querÃa decir que le pasaba algo

que no querÃ-a que yo supiera. Eso me molestÃ³ aÃºn mÃ¡s. Â¿Para quÃ© me escribe si luego no me daba razones? Para eso que se lo hubiera comunicado a Patapez.

MirÃ© nuevamente la carta, esperando encontrar algo que se me hubiera pasado por alto, pero no, solo me encontrÃ© con la caligrafÃ-a rÃ¡pida y pulcra de Hipo.

ObservÃ© al pequeÃ±o dragÃ³n, que me observaba como si esperara algo. Con un suspiro de resignaciÃ³n me dirigÃ- a la cocina en busca de una pieza de pescado. CaminÃ© sigilosamente, puesto que mis padres aÃºn seguÃ-an durmiendo. CogÃ- lo primero que encontrÃ© en la cesta, que resultÃ³ ser una perca. Al volver, me encontrÃ© al pequeÃ±o en el mismo lugar en el que lo habÃ-a dejado., esperando pacientemente. Yo no podÃ-a entender como se las apaÃ±aba Hipo para educarlos y lograr esos resultados en tan poco tiempo. Una sonrisa bailÃ³ rÃ¡pidamente en mis labios. Le di el pez, el cual devorÃ³ ansiosamente, y, ahÃ- permaneciÃ³, esperando.

â€”Â¿QuÃ©? Â¿Quieres otro? â€”le preguntÃ© enarcando una ceja.

El dragÃ³n se quedÃ³ mirando fijamente la nota que aÃºn conservaba en mi mano, y que le habÃ-a traÃ-do a mi casa, y luego me mirÃ³ a mÃ-.

â€”Â¿QuÃ© esperas? Â¿Una contestaciÃ³n?

El terror terrible me mirÃ³ de tal manera que parecÃ-a que en cualquier momento fuera a decirme que sÃ-. No pude evitar reÃ-r ante la situaciÃ³n. Â¡Oh, por Thor! Si Hipo creÃ-a que se iba a librar de mÃ- tan fÃ¡cilmente despuÃ©s de ver esto y encima no contarme lo que estaba tramando la llevaba muy difÃ-cil.

EscribÃ- un escueto "_Lo pensarÃ©"_ en el reverso del papel, lo enrollÃ© y se lo atÃ© en la pata al dragÃ³n, el cual no tardÃ³ en alzar el vuelo para dirigirse a la casa del alocado vikingo. Â¿Estaba en casa? ObservÃ© con atenciÃ³n el cielo, estaba claro, sin ninguna nube, y aÃºn conservaba algunos tonos morÃ¡ceos propios del amanecer. AÃºn quedaban varias horas para el entrenamiento...

SalÃ- de mi habitaciÃ³n, bajÃ© rÃ¡pidamente las escaleras, tratando de causar el menor ruido posible, y me encaminÃ© hacia mi adorable y poderosa Nadder, Tormenta, la cuÃ¡l se levantÃ³ rÃ¡pidamente al verme salir.

â€”Â¡Buenos dÃ-as Tormenta! Â¿Quieres ir conmigo a darle dolores de cabeza a Hipo? - La saludÃ© mientras cogÃ-a sus instrumentos y la ensillaba.

La Nadder estirÃ³ las alas, como un gesto de asentimiento, y en breves instantes estuvimos sobrevolando la aldea. No tardamos apenas dos minutos en llegar al hogar del castaÃ±o. Antes de tocar tierra, ya habÃ-a saltado del lomo de Tormenta y me dirigÃ- a la puerta. La toquÃ© insistentemente, aunque tardaron varios minutos en abrir.

ObservÃ© sorprendida a Hipo, que apareciÃ³ ante mÃ- pÃ¡lido y ojeroso. Sus ojos verde bosque habÃ-an perdido su particular fuerza curiosa. Los tenÃ-a enrojecidos y llorosos, como si tuviera una espesa capa de agua en ellos. Pude ver un par de lÃ¡grimas corriendo

por su mejilla izquierda. Ã‰l temblaba como una hoja, pese a tener una densa manta sobre los hombros.

Cualquier malestar por su escueta y ambigua carta se esfumÃ³ al instante. Hipo estaba enfermo. Muy enfermo.

Antes de que pudiera decir nada, antes de que pudiera asimilar la idea de que era Astrid la que estaba frente a mÃ-, la vikinga me empujÃ³ hasta el interior de mi casa, cerrando la puerta tras ella, evitando asÃ- las corrientes de aire. La cabeza me daba vueltas. Los cambios bruscos de temperatura e iluminaciÃ³n no ayudaban.

La figura de Astrid comenzÃ³ a distorsionarse. VeÃ-a sus labios moverse, pero no podÃ-a escuchar lo que decÃ-a. Los ojos se me cerraban involuntariamente. De pronto,las sombras se apoderaron de todo.

* * *

><p>Cuando me despertÃ© estaba en mi cama, prÃ¡cticamente enterrado entre todas las mantas que podÃ-a haber en la casa. SentÃ-a la cabeza embotada y los sentidos torpes, como si mi cerebro procesara toda la informaciÃ³n con retraso. CerrÃ© los ojos inspirando y espirando con suavidad. Cuando me calmÃ© y me acostumbrÃ© a la potente luz que se filtraba a travÃ©s de mis pÃ¡rpados, volvÃ- a abrir los ojos.<p>

ObservÃ© con atenciÃ³n a mi alrededor. Salvo la asfixiante montaÃ±a de mantas que me arropaban y, tambiÃ©n hay que decirlo, que no recordaba haber puesto, todo parecÃ-a bastante normal.

Hice un amago de levantarme, pero, cuando me movÃ-, algo hÃºmedo y resbaladizo se deslizÃ³ por mi cara, tapÃ¡ndome el ojo izquierdo. Vale, otra cosa que no recordaba.

Al momento de quitarme el trapo tibio de encima, la puerta se abriÃ³, dejando ver a Astrid cargada con un balde lleno de agua con nieve.

â€”Buenos dÃ-as dormilÃ³n â€”me saludÃ³ mientras se sentaba en el borde de mi cama, colocaba el balde sobre sus piernas y cogÃ-a el trapo de entre mis dedos para sumergirlo en el agua frÃ-a.

Yo no podÃ-a entender nada Â¿QuÃ© hacÃ-a Astrid en mi casa? De repente, recordÃ©, como un fogonazo, la imagen de Astrid frente a mi puerta, baÃ±ada con las primeras luces del dÃ-a Â¿No habÃ-a sido un sueÃ±o?

â€”Â¿QuÃ© ha pasado? â€”le preguntÃ© trÃ©mulo.

Antes de decir nada, me obligÃ³ a recostarme de nuevo y me puso el paÃ±o helado en la frente.

â€”Eso me gustarÃ-a saber a mÃ- â€”exclamÃ³ ella. â€”RecibÃ- una rara nota tuya nada mÃ¡s levantarme asÃ- que vine a buscarte para saber quÃ© pasaba y, cuando te veo, estÃ¡s medio muerto. Les he enviado un correo dragonil al resto de miembros y he cancelado el entrenamiento.

â€”Â¿Y eso por quÃ©?â€”preguntÃ© confundido.

â€”Â¿CÃ³mo que por quÃ©? â€”me cuestionÃ³ ella a su vez, enarcando una ceja.â€”Porque no te podÃ-a dejar solo â€”contestÃ³ como si fuera lo mÃ¡s normal del mundo.

â€”Â¿Me has estado cuidando? â€”preguntÃ© mientras la observaba, evidentemente sorprendido.

Ella simplemente asintiÃ³, como si fuera lo mÃ¡s normal del mundo. Pero, en mi mente, eso no era para nada normal. QuizÃ¡s era una secuela de todos los aÃ±os que habÃ-a pasado solo, pero para mÃ- lo mÃ¡s normal habrÃ-a sido que fuera a buscar a BocÃ³n o a Patapez, dejarles a ellos el problema e irse. SabÃ-a muy bien que Astrid era una buena persona, no solo ahora, sino desde siempre. PodÃ-a recordar un sin nÃºmero de ocasiones en las que me habÃ-a salvado de las trampas y bromas de Mocoso y los gemelos retÃ¡ndolos o haciendo pequeÃ±as triquiÃ±uelas en venganza. AÃºn asÃ-, la distancia siempre habÃ-a sido la actitud de todos en la aldea durante toda mi vida. Supongo que hay hÃ¡bitos difÃ-ciles de perder.

â€”Â¿Me vas a explicar que ha pasado? â€”cuestionÃ³ con calma, pese a que pude percibir un deje de preocupaciÃ³n en ella.

â€”Pues, en realidad te vas a reÃ-r...Estaba volando con Desdentao cerca de los glaciares y decidimos hacer un par de maniobras nuevas sobre la marcha. Entre una pirueta y otra, la correa de seguridad se rompiÃ³ y salÃ- disparado al agua. Menos mal que no choquÃ© contra uno de esos enormes y gigantes pedazos de hielo flotantes...â€”bromeÃ© nerviosamente.â€”Bueno, aÃºn asÃ- el impacto contra el mar helado fue bastante fuerte debido a la altura desde la que caÃ-, asÃ- que me quedÃ© sin aire.

Â«Fue tal la agitaciÃ³n del momento que no puedo recordar muy claramente lo que sucediÃ³. No sÃ© como se las apaÃ±o Desdentao para sacarme del agua, pero lo siguiente que recuerdo es estar sobre su lomo, controlando el ala de forma automÃ¡tica y con volver a casa como Ãºnica cosa en mente.

Â«Cuando por fin lleguÃ©, mi padre me vio llegar empapado y tembloroso. Me mandÃ³ a la cama nada mÃ¡s atravesar la puerta.

â€”Bueno, eso explica porquÃ© estÃ¡s asÃ-, pero nos lleva a otro punto, Â¿y Estoico?â€”inquiriÃ³ ella.

PodÃ-a ver como estaba reprimiendo su furia vikinga con todas sus fuerzas porque llamar estÃºpido mientras le das un fuerte golpe a un enfermo no es la mejor opciÃ³n.

â€”Al parecer hay un problema con la tala en la zona norte de la isla, por lo que saliÃ³ hoy a arreglarlo y estarÃ¡ fuera todo el dÃ-a.

â€”Â¿Y te dejÃ³ solo estando asÃ-?

â€”No exactamente â€”comencÃ© a decir, tratando de ser honesto. Si me habÃ-a estado cuidando, es lo menos que le debÃ-a.â€”Digamos que, cuando me vio esta maÃ±ana la cosa no fue tan pacÃ-fica. AfirmÃ³, por activa y por pasiva, que no podÃ-a dejarme solo en este estado, pero yo insistÃ- en que tampoco podÃ-a dejar de lado sus obligaciones como

el jefe. DespuÃ©s de darme mucha guerra, conseguÃ- convencerle de que os contactarÃ-a a ustedes para pediros ayuda. Me hizo escribir una nota delante suyo y enseÃ±Ã¡rsela antes de enviÃ¡rtela, pero aprovechÃ© un despiste suyo para escribir otra, la que sÃ- te ha llegado.

â€”Â¡DeberÃ-as haberle hecho caso a Estoico desde el principio!â€”acusÃ³ mientras podÃ-a ver como controlaba con todas sus fuerzas las ganas de darme un puÃ±etazo por puro milagro.

â€”No querÃ-a preocupar a nadie, aunque al final he acabado haciÃ©ndolo, lo siento â€”me disculpÃ© en un murmullo, hundiendo la mirada en mis manos entrelazadas sobre mi regazo.

Al ver la enferma y entristecida cada de Hipo, algo dentro de mÃ- se derritiÃ³. AhÃ- estaba, la dulce inocencia de Hipo dejÃ¡ndome totalmente atontada. SuspirÃ©, resignada, al rendirme a la derrota.

â€”SÃ-, eres un idiotaâ€”afirmÃ© severamente, mientras cambiaba el paÃ±o caliente de su frente, lo enfriaba en la fuente y se lo volvÃ-a a colocar.â€”Pero, al parecer, no tanto como creÃ-a. Al menos te has tomado las medicinas.

Hipo me sonriÃ³ agradecido. Era una de esas sonrisas angelicales que le hacÃ-a brillar los ojos. Y yo las odiaba. Mentira, las adoraba. Lo que odiaba eran las sensaciones atronadoras que inundaban mi cuerpo cuando las veÃ-a. No eran propias de la vikinga mÃ¡s fuerte, ruda y valiente de todo Mema. Y no digo esto porque los vikingos no nos enamoremos o algo asÃ-, es solo que no solemos ser tiernos ni entraÃ±ables. Pero con Hipo... Al ver esas sonrisas, el fÃ©rreo autocontrol que me marcaba para no abrazarle y esconder mi rostro en su cuello, disfrutando de su aroma mientras sonreÃ-a como una idiota, se debilitaba enormemente.

â€”Una pregunta, Â¿sÃ³lo ocurriÃ³ eso?â€”preguntÃ© dudosa, sin poder quitar de mi mente la imagen de Hipo nada mÃ¡s llegar a su casa, tembloroso y con su rostro pecoso enrojecido por las lÃ¡grimas.

â€”SÃ-, no pasÃ³ nada mÃ¡s, en serioâ€”contestÃ³ Ã©l, aÃºn con la sonrisa en su rostro.

â€”Entonces, Â¿por quÃ© llorabas? En los quince aÃ±os que te conozco puedo contar con los dedos de una mano las veces que te he visto llorar.

â€”Â¡Oh! Bueno, cuando me enfermo soy de lÃ¡grima fÃ¡cil, Â¿sabes? Casi siempre lloro sin razÃ³n, o al menos yo no la comprendoâ€”dijo riendo, aunque habÃ-a algo en su expresiÃ³n que no me convencÃ-a del todo.

â€”Hipo, es posible... â€”empecÃ© a decir, aunque de repente me asustÃ³ un poco hacer la pregunta.â€”Â¿Te sentÃ-as solo?

â€”No, Â¿por quÃ© iba a pasar eso? Desdentao estaba conmigo, aunque ahora mismo estÃ© fuera jugueteando Â¿Por quÃ© lo estÃ¡, no?

Justo al acabar su pregunta pudimos escuchar unos fuertes gruÃ±idos amistosos, que rÃ¡pidamente reconocimos como de Desdentao y Tormenta.

No pudimos evitar reÃ-r ante su sentido de la oportunidad.

â€”Bueno, quizÃ¡s solo me pasa a mÃ-, pero cuando me pongo enferma, es mucho mÃ¡s fÃ¡cil que los malos recuerdos me atormentenâ€”aÃ±adÃ-, tratando de sonsacarle la verdad que sabÃ-a que me estaba escondiendo por la cristalina franqueza de sus ojos esmeraldas.

â€”Es posible que mi mente haya divagado un poco por zonas un tanto tormentosas, pero la mayorÃ-a eran pesadillas, asÃ- que estÃ¡ bienâ€”terminÃ³ diciendo, exhalando un fuerte suspiro.

â€”Hipoâ€”lo llamÃ© a la vez que dejaba el balde de agua en el suelo y tomaba sus manos entre las mÃ-as.

Me mirÃ³ sorprendido ante el repentino contacto, pero se quedÃ³ callado esperando que continuara.

â€”SÃ© que, toda la aldea, incluida yo, pertenecemos a esas pesadillas, pero nunca jamÃ¡s te dejaremos solo. Te lo prometo. Puedes confiar en mÃ-.

â€”Lo sÃ©â€”dijo Ã©l, simplemente.

La voz le saliÃ³ un tanto temblorosa y se mordiÃ³ el labio inferior al instante, intentando evitar las gotas saladas que acabaron deslizÃ¡ndose por sus mejillas. Fueron apenas un par de lÃ¡grimas, porque cerrÃ³ los ojos inspirando hondo y empezÃ³ a deshacerse de las que habÃ-an humedecido su mejilla izquierda. Yo, cruzando el lÃ-mite una vez mÃ¡s, empecÃ© a secar las de su otra mejilla. Me mirÃ³ mientras ambos nos deshicimos de los restos de las lÃ¡grimas, pero no dijo nada hasta que apartÃ© la mano.

â€”Ya te lo decÃ-a, lÃ¡grima fÃ¡cilâ€”riÃ³ con una fresca alegrÃ-a a la que no tardÃ© en unirme.

Se formÃ³ un cÃ³modo silencio entre nosotros y nos miramos a los ojos. Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, el fuerte sonido de alguien tocando la puerta nos sobresaltÃ³. No tuvimos tiempo siquiera de preguntarnos quiÃ©n habÃ-a sido, porque aparecieron Chusco y Brusca, volando sobre VÃ³mito y Eructo, a travÃ©s de la ventana.

â€”Vaya nidito de amor os tenÃ©is aquÃ- montado, Â¿eh, tortolitos? â€”dijeron a coro los gemelos.

El fin de la tranquilidad.

2. CapÃ-tulo 2

CapÃ-tulo 2

Hipo POV

Astrid y yo nos alejamos todo lo posible en un instante. No sabÃ-a cÃ³mo estaba ella, pero yo no podÃ-a estar mÃ¡s ruborizado. Escuchamos voces en el piso inferior, un portazo y los pasos de dos personas corriendo. RÃ¡pidamente abrieron la puerta de la habitaciÃ³n. Eran Mocoso y Patapez, aunque no pudieron hacer acto de presencia ni decir nada, puesto que Desdentao los aplastÃ³ para

correr hasta mi cama y abalanzarse sobre mÃ-, llenÃ¡ndome en un momento de sus babas.

â€”Â¡Desdentao! Tranquilo, chico, Â¿quÃ© te pasa? â€”cuestionÃ©, o al menos lo intentÃ©, entre lametÃ³n y lametÃ³n.

Al final, estoy seguro de que tenÃ-a hasta el cabello baÃ±ado en babas de dragÃ³n.

â€”Probablemente es culpa mÃ-a. Lo mandÃ© a comer su raciÃ³n de pescado fuera, con Tormenta, pese a que Ã©l no querÃ-a separarse ni un centÃ-metro de tiâ€”comentÃ³ Astrid, que comenzÃ³ a acariciar suavemente el lomo del dragÃ³n.

â€”AsÃ- que estabas preocupado, Â¿eh, campeÃ³n? â€”preguntÃ©, acariciÃ¡ndole a su vez bajo el mentÃ³n.

Hice el amago de levantarme y Desdentao retrocediÃ³ para dejarme mi espacio.

â€”Estoy bien campeÃ³n, Â¿ves? Ya estoy mejor

Pero el "mejor" se me entrecortÃ³ por una molesta tos. Al momento, sentÃ- dos leves presiones en el pecho que me obligaron a recostarme. Eran la nÃ-vea mano de Astrid y la musculosa pata de Desdentao.

â€”Hasta Desdentao sabe que no estÃ¡s bien. No te hagas el fuerteâ€”dijo Astrid entrecerrando los ojos, retÃ¡ndome a llevarle la contraria.

Justo en ese momento, Patapez y Mocosos recobraron el aliento y lograron enderezarse.

â€”Bueno, dejÃ©monos de historias y centrÃ©monos en lo realmente importanteâ€”comentÃ³ Mocoso, frotÃ¡ndose las manos, ganÃ¡ndose las miradas envenenadas de Astrid y Patapez.

â€”Â¿QuÃ© ocurre para que hayÃ¡is venido todos?â€”indaguÃ©, tratando de reincorporarme nuevamente, esta vez recibiendo la ayuda de Astrid como apoyo.

â€”Â¿ConocÃ©is una bandera roja, con una bestia y una planta? â€”interrogÃ³ Mocoso.

â€”Â¿Una bestia y una planta? â€”repitiÃ³ Astrid, dudosa.

â€”Eso es lo que cree Patapez que es, pero nosotros somos mÃ¡s partÃ-cipes de una fiera baÃ±ada en sangre, devorando a un enemigo incauto â€”sugiriÃ³ Chusco, sonriendo siniestramente a su hermana.

â€”Toma, es algo parecido a estoâ€”dijo Patapez, tendiÃ©ndome un papel con un dibujo plasmado en Ã©l.

Patapez no era precisamente un dibujante nato, pero lo hacÃ-a lo suficientemente bien para que el resultado fuera claro y conciso.

â€”Â¡Oh, por Thor!â€”exclamÃ© al comprender el dibujo, justo antes de

romper a reÃ-r, sorprendiÃ©ndolos a todos.

â€”Oye, ya sÃ© que no soy ningÃºn portento dibujando, pero tampoco es para que te rÃ-as â€”recriminÃ³, cruzÃ¡ndose de brazos.

â€”No, no, no es esoâ€”conseguÃ- decir entre risasâ€”. TenÃ-as razÃ³n. Se trata de una bestia y una flor. MÃ¡s concretamente, un leÃ³n y una rosa.

Pude ver como los gemelos refunfuÃ±aban y le lanzaban algo plateado a Mocoso, pero lo guardÃ³ antes de que pudiera verlo con claridad.

â€”Â¿De dÃ³nde lo has sacado? â€”preguntÃ© con curiosidad, ignorando el molesto dolor de mi garganta.

Aunque Astrid no lo hizo y me tendiÃ³ una jarra con una infusiÃ³n tibia, de plantas medicinales y miel, que estaba junto a mi cama. La mirÃ© agradecido.

â€”De un barco que se aproxima a Mema. Ondean la bandera blanca, pero como no sabÃ-amos quieres eran y Estoico no estÃ¡... â€”respondiÃ³ Patapez, jugueteando con sus manos como hacÃ-a siempre que los nervios y las dudas se entremezclaban en su cabeza.

â€”Â¿EstÃ¡s de broma? Â¿Un barco? â€”demandÃ©, volviendo a reÃ-r como un idiota.

â€”Vale ya, Â¿quÃ© es tan gracioso? - PreguntÃ³ Astrid, colocando sus brazos en jarras.

No me hacÃ-a falta tener la capacidad de leer las mentes para saber quÃ© estaba pasando en ese momento por su rubia cabeza. TemÃ-a que la fiebre o alguna hierba medicinal en mal estado me hubieran frito el cerebro.

â€”Una pregunta, Â¿hay algo que me sucediera todos los aÃ±os?

â€”Â¿Tropezarte con tus propios pies? â€”respondiÃ³ Mocoso a modo de burlesca pregunta.

â€”Â¿Destrozar media aldea? â€”contestÃ³ Chusco, siguiendo la lÃ-nea de Mocoso.

â€”Eso no pasaba todos los aÃ±os, sino todos los dÃ-as. Haz la pregunta bien â€”recriminÃ³ Brusca con una sonrisa burlona.

â€”Ja, ja, muy graciosos.

â€” Â¿Algo que te pasara todos los aÃ±os? â€”indagÃ³ Astrid, aunque daba la impresiÃ³n de que se lo cuestionaba mÃ¡s bien a sÃ- misma. Estaba haciendo ese gesto de mantener el dedo Ã-ndice en su barbilla, el que hacÃ-a inconscientemente cuando pensaba seriamente sobre algo â€”. Puede ser... Â¿CuÃ¡ndo te ibas de viaje?

â€”Exacto â€”respondÃ- con una sonrisa â€”.Esta bandera no es de ninguna aldea. Es de los chicos que viven en la isla de Kahr, a un par de dÃ-as de aquÃ-. Nos la inventamos en uno de los tantos veranos que pasÃ© allÃ-.

DespuÃ©s de decir eso, comencÃ© a quitarme las mantas de encima y saquÃ© las piernas de la cama.

â€”Â¡Ey, ey, ey! Â¿A dÃ³nde crees que vas? â€”interrogÃ³ Astrid, poniÃ©ndose frente a mÃ- para cortarme el paso.

â€”A saludarles, por supuesto. No sÃ© que hacen esos idiotas aquÃ-, pero lo voy a descubrir.

â€”TÃº estÃ¡s enfermo. Los recibiremos nosotros y los traeremos aquÃ-.

â€”Â¡Oh, vamos Astrid! Ahora mismo estoy demasiado emocionado y alterado como para quedarme en cama.

â€”SÃ-, eso es ahora, pero luego estarÃ¡s doblemente peorâ€”inquiriÃ³ ella, sin querer dar el brazo a torcer.

El resto observaba en silencio, como si nuestra conversaciÃ³n se tratara de algÃºn tipo de partido o concurso.

â€”IrÃ© a lomos de Desdentao todo el camino. Me abrigarÃ© y llevarÃ© esa infusiÃ³n medicinal en la cantimplora, Â¿vale?â€”sugerÃ- suavemente, tratando de apaciguar su enojo.

No sÃ© que pasaba en esos momentos por la mente de Astrid, pero su mirada se nublÃ³, como le suele pasar a la gente cuando se aturde, y tuvo que pestaÃ±ear varias veces para volver en sÃ-.

â€”Â¡Aj! Maldita sea, estÃ¡ bien Â¿CuÃ¡nto queda para que el barco llegue a puerto Patapez? â€”cediÃ³ Astrid despuÃ©s de un suspiro profundo.

â€”No creo que mÃ¡s de media hora.

â€”Nos da tiempo, supongo Â¿Puedes ayudarle a quitarse del pelo toda esa baba hÃºmeda y a cambiarse la ropa sudada por una muda limpia? Mientras, yo irÃ© a preparar la infusiÃ³n.

â€”No sÃ© por quÃ© no lo ayudas a cambiarse tÃº, si ya os comportÃ¡is como un matrimonioâ€”insinuÃ³ Chusco con una sonrisa socarrona.

Ante el comentario, se ganÃ³ un fuerte golpe de la rubia vikinga, el cuÃ¡l lo dejÃ³ estampado en el piso. Yo, en cambio, terminÃ© con un estÃºpido sonrojo en la cara que no tenÃ-a nada que ver con la fiebre.

* * *

><p><strong>Astrid POV<strong>

ObservÃ© como el barco atracaba en el puerto de forma ausente. No podÃ-a parar de recordar la expresiÃ³n de Hipo cuando habÃ-a insistido en ir a darles la bienvenida a Mema personalmente a sus amigos de Kahr Â¡Dos veces! Dos eran las que habÃ-a logrado dejarme totalmente fuera de mÃ- en un mismo dÃ-a, guerreando fieramente con mi autocontrol para no abalanzarme sobre Ã©l en ese mismo instante y robarle un beso. Cada vez que me miraba con esos puros y cristalinos ojos verdes, mi corazÃ³n redoblaba su ritmo, pero cuando me observaba

de esa forma tan tierna y suave... No solo mi corazÃ³n, sino todo mi cuerpo enloquecÃa. PodÃa sentir el fuerte latido incluso en las puntas de los dedos.
>Puede que se debiera a que nadie mÃ¡s me habÃa mirado asÃ en mi vida. Siempre he sido la fuerte y dura Astrid. Sin embargo, una pequeÃ±a parte de mÃ, la cual trataba de acallar con todas mis fuerzas, no paraba de decir que esa no era la razÃ³n. Al menos, no la principal. Era, simplemente, por ser Hipo.<p>

Hipo. Lo mirÃ© de soslayo lo mÃ¡s disimuladamente que pude. Se encontraba junto a mÃ y, como habÃa dicho, no se habÃa movido de la fuerte espalda del furia nocturna, esperando pacientemente la llegada del barco. No obstante, eso cambiÃ³ cuando escuchamos una potente y preciosa voz femenina riendo.

â€”Â¡Hipo!

El llamado provenÃa de una muchacha de piel blanquecina, ojos almendrados azul marino, con un liso y larguÃsimo cabello. Era de un rubio tan pÃ¡lido que a la luz del sol brillaba como la plata.
>Se alongÃ³ por la borda, moviendo efusivamente los brazos, saludÃ¡ndole. PermaneciÃ³ allÃ porque aÃºn no habÃan colocado la rampa, asÃ que siguiÃ³ llamÃ¡ndole mientras una radiante sonrisa se extendÃa por sus labios rosÃ¡ceos. Sin embargo, Hipo no hizo lo mismo. El castaÃ±o saltÃ³ de la silla de montar y saliÃ³ corriendo en direcciÃ³n al barco sin darnos oportunidad alguna de detenerle. Cuando llegÃ³, miro hacia el cielo buscando la mirada de la desconocida y sonriÃ³ al extender los brazos en su direcciÃ³n.<p>

Por la exclamaciÃ³n de miedo y asombro que saliÃ³ de la boca de todas las personas presentes en el puerto, parando en seco cualquier cosa que estuvieran haciendo, no fui la Ãºnica que no pudo procesar lo suficientemente rÃ¡pido lo que estaba pasando. La chica saltÃ³, sin importarle al parecer los tres metros que habÃa entre el barco y el suelo, en direcciÃ³n a los brazos de Hipo. Contuve el aliento y fue como si el tiempo refrenara su curso. La ojiazul cayÃ³ justo entre los brazos del joven vikingo, el cual acabÃ³ con las manos en sus muslos, sujetÃ¡ndola firmemente, mientras ella mantenÃa las suyas en sus hombros. En ningÃºn momento rompieron el contacto visual.

â€”Â¡Hipo! â€”exclamÃ³ ella, entrelazando los dedos tras el cuello del muchacho y estrechando el abrazo.

Con el impulso, lo hizo tambalear, haciendo que cayera de espaldas, llevÃ¡ndosela con Ã©l. DespuÃ©s de un par de gemidos de dolor, rompieron a reÃr, inundando con sus risas todo el puerto.

3. CapÃtulo 3

CapÃtulo 3

Hipo POV

ReÃmos allÃ, en el suelo del puerto, hasta que nos quedamos sin aire.

â€”Buenos dÃas, Hipoâ€”saludÃ³ con una enorme sonrisa, cÃ³mo si

cosas como esas sucedieran todos los dÃas.

Estuve a punto de responderle, cuando escuchÃ© un carraspeo a nuestras espaldas. Todo el puerto nos observaba, paralizado. Nos habÃamos quedado tan inmersos en nuestra pequeÃ±a burbuja que no habÃamos sido conscientes de que estÃ¡bamos rodeados de gente. El sonido provenÃa de Astrid que, al igual que el resto de la pandilla, se habÃa acercado a nosotros. Hice el amago de levantarme, ayudando a la pequeÃ±a saltarina a enderezarse en el proceso. Una vez nos sacudimos la suciedad del suelo del puerto que se habÃa impregnado en nuestra ropa, nos acercamos al grupo.

â€”Â¡Vaya recibimiento! Â¿HacÃ©is estas cosas cada vez que os veis?â€”preguntÃ³ Chusco antes de que alguno de nosotros tuviera tiempo de hablar.

â€”Hemos cometido tantas locuras cada vez que Hipo venÃa a Kahr...â€”contestÃ³ ella aire dubitativo, totalmente natural.

â€”Chicos, os presento a Dana Asgerdur, hija del jefe de Kahr, Ulf Asgerdur, mÃ¡s conocido como Ulf El Viajeroâ€”la presentÃ© haciendo un gesto con la mano entre ellos y ellaâ€”. Y ellos son...

â€”Espera, espera, esperaâ€”interrumpiÃ³ rÃ¡pidamenteâ€”. A ver si lo adivino. TÃº debes de ser Chusco Thorston, y tÃº su hermana gemela Brusca.

Los fue seÃ±alando segÃºn los nombraba. FruncÃa el ceÃ±o tratando de recordar correctamente los nombres. Seguramente no querÃa meter la pata y errar con algo como eso en el primer encuentro.

â€”Ustedes dos debÃ©is ser Patapez Ingerman y PatÃ¡n Mocosoâ€”aÃ±adiÃ³, antes de colocarse frente a Astridâ€”. Y tÃº debes ser la famosa Astrid Hofferson.

Era bastante curiosa la escena. Los cinco observaban sorprendidos a Dana, mientras ella permanecÃa con una sonrisa alegre e imperturbable en los labios.

Supongo que no solo la personalidad chispeante de la joven los asombraba, sino tambiÃ©n su apariencia. FÃsicamente, Dana no era el tipo de chica que acostumbraba verse en Mema. Era pequeÃ±a para su edad, se cabeza alcanzaba mi hombro de milagro, y ademÃ¡s tenÃa la delgadez de una hoja. Destacaban especialmente sus enormes y cristalinos ojos azul marino y el larguÃsimo cabello rubio platino, flotando suelto por su espalda. PodÃa ver como, pese a que era liso, las puntas se le seguÃan ondulando como cuando era pequeÃ±a. Su voz era una cadencia muy suave y melÃ³dica.

VestÃa pulcramente, como siempre. Una cinta blanca se entrelazaba con una trenza que recogÃa parte de su cabello como una diadema. Llevaba una suave capa blanca anudada en su cuello con un lazo beigeque prÃ¡cticamente le llegaba hasta los tobillos, dejando entrever Ãºnicamente unas relucientes botas de cuero marrÃ³n. Obviando el hecho del perfecto vestuario de princesa, probablemente Dana tenÃa muchas mÃ¡s similitudes fÃsicas conmigo que con el resto de la isla vikinga.

â€”Â¿Famosa?â€”inquiriÃ³ Astrid, confundida.

â€”Â¿CÃ³mo es que nos conoces a todos? â€”preguntÃ³ Brusca, acercÃ¡ndose a Dana.

â€”Â¡Oh! Bueno, es una larga historia que, si estÃ¡is dispuestos, os contarÃ© mÃ¡s tarde, pero bÃ¡sicamente Hipo me hablÃ³ de todos ustedes.

â€”EstarÃ-amos encantados de escuchar cualquiera de vuestras anÃ©cdotasâ€”comentÃ³ PatÃ¡n en voz baja, mirando el barco, sin atreverse a hablarle a Dana cara a cara.

CrucÃ© miradas con Astrid, extraÃ±ado, y pude ver como ella tenÃ-a la misma expresiÃ³n que yo Â¿PatÃ¡n Mocoso estaba actuando con timidez? Â¿Frente a una chica? JamÃ¡s habÃ-a imaginado que un dÃ-a asÃ- llegarÃ-a.

â€”Â¡Hipo! Â¡Por OdÃ-n! Realmente perdiste la pierna en ese combateâ€”exclamÃ³ Dana repentinamente, percatÃ¡ndose por primera vez de mi pie protÃ©tico.

â€”Â¿CreÃ-as que te engaÃ±aba? â€”interroguÃ©, cruzÃ¡ndome de brazos.

â€”No, pero era un poco difÃ-cil de creer. En realidad, todo esto resultaba un poco utÃ³pico, teniendo en cuenta por quÃ© era conocida isla Memaâ€”defendiÃ³, encongiÃ©ndose de hombrosâ€”Â¿Puedo? â€”preguntÃ³, seÃ±alando la prÃ³tesis.

â€”SÃ-, ya, la isla donde los mÃ¡s fieros guerreros crecen como setasâ€”contestÃ© con sorna a la par que levantaba la pierna para que pudiera ver el implante con mÃ¡s claridad.

â€”Pues debe ser verdad, porque siempre creÃ- que tÃº eras el vikingo mÃ¡s sensible que conocÃ-a. Ahora resulta que eres el primer jinete de dragones y que fuiste capaz de destruir a la Muerte Roja.

â€”SÃ-, bueno, no podrÃ-a haberlo hecho soloâ€”contestÃ©, lanzando una mirada a nuestro alrededor.

â€”Hablando de eso, Â¿no crees que todavÃ-a falta que me presentes a alguien mÃ¡s?â€”cuestionÃ³ Dana, alzando las cejas elocuentemente.

â€”Â¡Oh, sÃ-! â€”clamÃ©, colocando una mano en su cintura para guiarlaâ€”. AcompÃ¡Ã±ame.

Los chicos se apartaron de nuestro camino, de manera que pudimos ver a Desdentao esperÃ¡ndonos sentado sobre sus patas traseras. MirÃ© de soslayo a Dana mientras avanzÃ¡bamos con tranquilidad. Su reacciÃ³n no me sorprendiÃ³. No tenÃ-a temor ni miedo. Simplemente tenÃ-a curiosidad. Le hice una indicaciÃ³n a Desdentao para que permaneciera quieto mientras nos acercÃ¡bamos. Una vez estuvimos a un par de pasos del furia nocturna, acariciÃ© con suavidad su frente durante unos instantes, antes de hacerme a un lado para que ella se aproximara. Pude apreciar como los demÃ¡s estudiaban la escena con interÃ©s, esperando saber que reacciÃ³n iba a tener una chica tan pequeÃ±a frente a un dragÃ³n.

Dana extendiÃ³ la mano, con cuidado. Pude ver cÃ³mo le temblaba un poco, pero sus ojos brillaban de la emociÃ³n, asÃ- que siguiÃ³ adelante. Cuando tocÃ³ su frente y lo acariciÃ³ soltÃ³ todo el aire que habÃ-a estado reteniendo en los pulmones de un tirÃ³n.

â€”TÃº debes de ser Desdentao, Â¿no?â€”le saludÃ³, al momento de separarse de Ã©lâ€”. Hipo me ha hablado mucho de ti.

Desdentao me estudiÃ³ con los ojos entrecerrados para luego mirar a Dana.

â€”Â¿QuÃ©? Ya sÃ© que no te habÃ-a hablado de ella, pero simplemente no surgiÃ³â€”aleguÃ©, ante lo que ganÃ© un empujÃ³n ligero de su parte y que se volviera, evitando cualquier contacto visual conmigoâ€”. Vamos campeÃ³n, Â¿no te irÃ¡s a enfadar por una nimiedad asÃ-? Ten en cuenta que a ella le he hablado maravillas de tiâ€”Como respuesta, Desdentao se volviÃ³ de repente y soplÃ³ sobre mi frente, alborotando todo mi cabello.

Iba a decir algo, una queja ante su repentino ataque de aliento de dragÃ³n, pero de repente sentÃ- como mi equilibrio se insetabilizaba, haciÃ©ndome olvidar totalmente lo que tenÃ-a en mente. Antes de darme cuenta ya tenÃ-a a Desdentao haciendo de apoyo por un lado y a Astrid por el otro.

â€”Bueno, creo que el comitÃ© de bienvenida debe disolverse. Es hora de almorzar y de que tÃº regreses a casa a descansar â€”dictaminÃ³ Astrid, mientras me ayudaba a sentarme en la silla de montar.

â€”Hipo, Â¿es posible que estÃ©s enfermo? TenÃ-a la esperanza de que estuvieras asÃ- de sonrojado por la emociÃ³n...â€”comentÃ³ Dana con pesar.

â€”No es nada serio, simplemente un resfriado. Pronto se me pasarÃ¡.

â€”Â¿Y tu padre te ha dejado venir hasta aquÃ- a recibirme estando asÃ-? â€”cuestionÃ³, enarcando una ceja.

â€”Noâ€”negÃ³ Astrid con rudezaâ€”. Hipo es tan inteligente que no se le ocurriÃ³ otra cosa que engaÃ±ar a su padre para que fuera a hacer su trabajo de jefe mientras Ã©l se quedaba soloâ€”informÃ³ con sarcasmo.

â€”Â¡Hipo! Eso es una completa irresponsabilidad.

â€”Â¡Ya lo sÃ©, ya lo sÃ©! Astrid ya me lo dijo antes, no te enfades conmigo tÃº tambiÃ©n. Lo prometo, he captado el mensaje.

Astrid suspirÃ³ profundamente, mientras Dana me observaba fijamente con los ojos entrecerrados. Como siguiera enfermo mucho tiempo, esas dos iban a matarme. Solo podÃ-a esperar que los dioses se apiadaran de mÃ-.

â€”Astrid, ya que tÃº hablaste con Ã©l, Â¿es posible que lo estÃ©s cuidando? â€”preguntÃ³ Dana con curiosidad.

â€”Vaya si lo estaba cuidando. Si tenÃ-an un nidito de amor de lo mÃ¡s romÃ¡ntico montado en su habitaciÃ³n â€”respondiÃ³ Chusco con

una sonrisa pÃ-cara en la cara, ganÃ¡ndose el segundo golpe marca Hofferson del dÃ-a.

â€”Entonces, Â¿te importarÃ-a seguir haciÃ©ndolo el dÃ-a de hoy? TenÃ-a pensado quedarme en su casa durante mi estancia aquÃ-, pero despuÃ©s de tan extenuante viaje no creo poder cuidarle apropiadamente. Si hacemos eso seguro que este vikingo tan loco maÃ±ana estarÃ¡ muchÃ-simo mejor â€”explicÃ³ con voz alegreâ€”. Al menos lo suficiente como para llevarme con ustedes de turismo por Memaâ€”organizÃ³ sin perder en ningÃºn momento la sonrisa.

â€”SÃ-, por supuestoâ€”asegurÃ³ Astrid, pestaÃ±eando varias veces, confusa, debido a la efusividad de Dana.

Dana me lanzÃ³ una mirada llena de significado ante lo que acababa de organizar. Casi podÃ-a escuchar los engranajes funcionar a toda velocidad en esa pequeÃ±a cabecita rubia.

â€”Estupendoâ€”dijo Dana antes de tomar del brazo a Astridâ€”. Entonces, es momento de conocer el hogar de Hipo Horrendo Abadejo III.

* * *

><p><strong>Astrid POV<strong>

Â¿Cansada? Era mucho mÃ¡s fÃ¡cil que Hipo diera un discurso para toda la aldea antes de lograr agotar las energÃ-as de Dana. Nada mÃ¡s llegar, mientras yo acompaÃ±aba a Hipo a su habitaciÃ³n, ella habÃ-a explorado toda la casa. Una vez se encontrÃ³ con nosotros, analizÃ³ hasta el mÃ¡s escondido y remoto de los dibujos que Hipo tenÃ-a desperdigados por su cuarto, tanto en su escritorio como los que adornaban algunas de sus paredes. SegÃºn ella continuaba con su inspecciÃ³n, yo obliguÃ© a Hipo a tomar su medicina y a recostarse. Al final, mientras yo humedecÃ-a un trapo limpio en una fuente llena de agua con nieve, por fin, Dana se sentÃ³ en la cama de Hipo, frente a mÃ-, en el otro extremo.

â€”Â¿Has terminado el anÃ¡lisis?â€”preguntÃ³ Hipo con una sonrisa divertida.

â€”SÃ-, creo que ya tengo un esquema mÃ¡s o menos claro de cÃ³mo es tu casa.

â€”Â¿MÃ¡s o menos claro? Â¡Si no has dejado una esquina sin mirar!â€”farfullÃ³, soltando un bufido.

En respuesta, Dana tomÃ³ el paÃ±o que aÃºn permanecÃ-a entre mis manos y se lo estampÃ³ en la frente al joven vikingo.

â€”Â¡Oye! â€”comenzÃ³ a protestar Hipo.

â€”No seas quejicaâ€”le cortÃ³ Dana, sin inmutarseâ€”. Bueno Astrid, Â¿quÃ© le pasÃ³ exactamente a este cabeza de chorlito? Â¿CÃ³mo es eso de que engaÃ±Ã³ a su padre?

Le relatÃ© lo sucedido. Desde el terror terrible en mi ventana hasta la abrupta intrusiÃ³n de los gemelos. Eso sÃ-, guardÃ¡ndome para mÃ- los detalles mÃ¡s, podrÃ-a decirse, comprometedores. Cuando terminÃ© de contarle lo sucedido nos dimos cuenta de que Hipo se habÃ-a

quedado completamente dormido.

â€”Le sigue dando palo comprometer a los demÃ¡s por su causa, Â¿eh? â€”cuestionÃ³, antes de soltar un suspiro. No respondÃ-, porque parecÃ-a mÃ¡s bien una pregunta retÃ³ricaâ€”. Astrid, Â¿quÃ© te parece si me cuentas algo de ti?

â€”Â¿Algo de mÃ-? Antes tendrÃ-a que saber que conoces de mÃ-â€”contestÃ©, recordando lo que habÃ-a dicho en el muelle.

â€”Todo estÃ¡ relacionado con cÃ³mo conocÃ- a Hipo.- Dijo, sabiendo por quÃ© caminos habÃ-a ido mi comentarioâ€”. Es una historia un poco larga, Â¿segura de que quieres que continÃºe?

AsentÃ-, tratando con todas mis fuerzas de que en mi expresiÃ³n no fuera visible la intensa intriga que me invadÃ-a. Entre ellos dos no existÃ-a una amistad normal. En apenas unas horas habÃ-a conocido una parte de Hipo que era nueva para mÃ-, mÃ¡s fresca y natural. Ellos mantenÃ-an una cercanÃ-a fÃ-sica y emocional cuya magnitud desconocÃ-a. Una muestra clara era que Dana parecÃ-a conocer cada uno de los secretos de isla Mema, pero nadie, siquiera Desdentao, habÃ-a oÃ-do hablar de ella jamÃ¡s. Por lo menos no desde los labios del joven.

Me obliguÃ© a mÃ- misma a ser realista. Mientras que mi amistad con Hipo era reciente, la de ellos ya contaba con aÃ±os repletos de historias. No podÃ-a evitar sentir un nudo en el estÃ³mago ante esa realidad.

â€”NacÃ- con una salud muy delicada. Pasaba los dÃ-as encerrada en casa, en cama.

Â«Un dÃ-a, aprovechando que mi padre no estaba, mi madre trajo a casa a un mercader que hablaba maravillas de una isla, no muy lejana de Kahr, llena de fieros vikingos capaces de luchar contra cientos de dragones durante generaciones y permanecer vivos. Se trataba de Johan Trueque, creo que lo conoces. Ante tal misteriosa tierra, tan diferente de la nuestra, no pude evitar sentirme maravillada. Los vikingos de los historias de Johan eran fuertes, valerosos, y podÃ-an resistir contra viento y marea sin rendirse.

Â«Entonces, en un impulso, escribÃ- una carta en la que decÃ-a mi nombre, quiÃ©n era, y trataba de describirme lo mÃ¡s acertadamente posible. TenÃ-a cinco aÃ±os, asÃ- que no fue muy larga. La introduje en una botella y le pedÃ- a Johan que la llevara consigo. En el momento en que alguien le preguntara por la botella Ã©l debÃ-a decir: _"Esta carta la escribiÃ³ una niÃ±a muy lejos de aquÃ-, Â¿quÃ© crees que sintiÃ³ cuando me la entregÃ³?"_ Si daba la respuesta correcta, la botella con el mensaje serÃ-a suya. Muchas personas la vieron, pero nadie contestÃ³ correctamente. Hasta que un dÃ-a, un pequeÃ±o niÃ±o acertÃ³. Â¿TÃº sabes que respondiÃ³?

NeguÃ© rÃ¡pidamente, totalmente inmersa en su historia, deseando que continuara.

â€”"_Soledad_". Un niÃ±o de 5 aÃ±os fue la Ãºnica persona capaz de descubrir mis sentimientos en meses. SÃ© que estaba realizando una peticiÃ³n extraÃ±a, pero creÃ-a que, si alguien era capaz de comprenderme con ese acertijo, era porque emocionalmente podrÃ-a

conectar conmigo. PensÃ© que podrÃ-a entenderme. Y no me equivoquÃ©.

Â«La siguiente vez que Johan vino de visita a mi casa, trajo consigo una carta de Hipo, donde decÃ-a que estaba encantado de conocerme y se presentaba. A partir de ese momento, las cartas siguieron sucediÃ©ndose. HablÃ¡bamos de nuestras rutinas, cÃ³mo eran nuestras islas y, por supuesto, las personas que nos rodeaban. Hipo siempre os mencionaba en sus cartas y, dado que siempre ha sido muy diestro en el dibujo, continuamente las acompaÃ±aba con pequeÃ±as ilustraciones para que me hiciera una idea mÃ¡s clara de todo.

EmpezÃ³ a rebuscar en los bolsillos del interior de su capa, hasta sacar lo que parecÃ-a una cuidada cajita de madera. Era pequeÃ±a y ligera, con detalles grabados en la tapa. BuscÃ³ algo en su interior y me tendiÃ³ un papel, mientras en su mano conservaba otro. Lo observe con atenciÃ³n.

â€”Â¿Soy yo? â€”demandÃ©, sorprendida.

Ante mÃ- habÃ-a un dibujo de una niÃ±a de cinco aÃ±os, con dos coletas rubias y un casco vikingo mÃ¡s grande que su cabeza. Jugueteaba con un hacha de madera.

â€”Ese fue el primer dibujo que Hipo me enviÃ³ de tiâ€”respondiÃ³, tendiÃ©ndome el segundo folioâ€”. Y este es el Ãºltimo.

Una muchacha de quince aÃ±os, con la trenza parcialmente desecha al viento y una sonrisa de oreja a oreja que hacÃ-a brillar sus ojos. Sobrevolaba los cielos a lomos de un nadder bellamente dibujado. Era un dibujo precioso que prÃ¡cticamente brillaba con luz propia.

â€”TÃº eres, probablemente, la persona a la que Hipo mÃ¡s ha retratado. Luego estÃ¡n BocÃ³n y Estoico, pero hay una diferencia bastante amplia. Si soy franca contigo, al principio pensÃ© que, cÃ³mo te estaba viendo a travÃ©s de los ojos de Hipo, la ilustraciÃ³n no era del todo fiable. Pero cuando lleguÃ© aquÃ- os vi a todos tal como Ã©l os dibujÃ³.

â€”Â¿A travÃ©s de los ojos de Hipo?â€”interroguÃ©, tomando sus propias palabras.

â€”Ã‰l siempre te describe como la vikinga mÃ¡s fuerte, feroz e inteligente de toda Mema. Y la mÃ¡s hermosa, por supuesto.

AÃ±adiÃ³ esa Ãºltima frase como si hablara del tiempo, pero yo sentÃ- en calor ardiente ascender por mis mejillas. Al animarme a mirarla a la cara pude ver cÃ³mo tenÃ-a una traviesa sonrisa en los labios.

â€”Â¿CÃ³mo fue que decidiste venir aquÃ-?â€”cuestionÃ©, tratando de cambiar de tema.

â€”Eso fue porque, dos aÃ±os despuÃ©s de todo esto, Hipo y yo tenÃ-amos una amistad bastante firme. Hasta el punto de contarnos cosas que no le decÃ-amos a nadie mÃ¡s. En su caso, como ya sabrÃ¡s, eran sus preocupaciones acerca de los deseos de su padre y el aislamiento al que estaba sometido.

Dana dijo esas palabras sin cambiar el ritmo ni el tono de su voz, pero igualmente fueron como una daga en mi pecho.

â€”Hipo habÃ-a logrado que yo mirara la vida con otros ojos, que me recuperara. En ese momento, era Ã©l el que estaba en el borde del precipicio, a punto de caer, asÃ- que decidÃ- invitarlo a Kahr para que cambiara de aires.

Â«Tuvimos que hablar durante mucho tiempo con nuestros padres, convencerles de que hacer eso podÃ-a suponer pactos de paz y comercio entre ambas islas. Tras mucho esfuerzo, logramos que viniera a pasar unos meses con nosotros. Como resultado del encuentro, decidimos repetir la experiencia todos los aÃ±os. Hasta Ã©ste, en el que este loco estÃ¡ demasiado ocupado como para atreverse a estar mucho tiempo fuera.

Â«DecidÃ- que, como las aguas ya estaban tranquilas en Mema, ya era hora de conocer su hogar.

Escuchamos un murmullo y nos volvimos a la vez, descubriendo a Hipo estregÃ¡ndose los ojos con una de sus manos y tratando de erguirse.

â€”Â¿Le has desvelado ya mis oscuros y temibles secretos? â€”preguntÃ³ Hipo con voz soÃ±olienta.

â€”Solo he tenido tiempo de sacar algunos de tus trapos sucios a la luz, pero dame tiempoâ€”respondiÃ³ con sorna.

â€”Â¿Te ha aburrido mucho?â€”me preguntÃ³, haciendo caso omiso de la respuesta de la joven.

â€”No, que va. Hemos pasado un rato bastante agradableâ€”contestÃ©, ganÃ¡ndome una sonrisa sincera por parte de los dos.

â€”Y yo creo que es momento de empezar a hacer el almuerzoâ€”informÃ³, levantÃ¡ndose de su asiento junto a Hipoâ€”. Astrid, a ti se te da mejor que a mÃ- cuidar y domar a esta pequeÃ±a fiera castaÃ±a, asÃ- que lo dejo en tus manos. Os avisarÃ© cuando todo estÃ© listo.

Con esas palabras, como si se tratara de un torbellino, saliÃ³ de la habitaciÃ³n, dejÃ¡ndonos nuevamente solos.

4. CapÃ-tulo 4

CapÃ-tulo **4**

Hipo POV

Pese a que aÃºn estaba un tanto aturdido, el descansar habÃ-a aliviado el malestar de mi cabeza. AÃºn me dolÃ-a la garganta y sentÃ-a los mÃºsculos adoloridos y entumecidos, pero si lo comparaba con mi estado de esa maÃ±ana, estaba mejorando a pasos agigantados.

ObservÃ© la expresiÃ³n de desconcierto de Astrid con diversiÃ³n. Cuando saliÃ³ de su estupor, se volviÃ³ en mi direcciÃ³n.

â€” Â¿Es siempre asÃ- de...? â€”se detuvo, dubitativa, tratando de hallar la palabra correcta.

â€” Â¿Escandalosa, loca, alborotadora, atrevida?

Astrid enarcÃ³ una ceja, asombrada por mi elecciÃ³n de adjetivos.

â€”Iba a decir activa.

â€”La acabas de conocer, es natural que pienses asÃ-. Ya veremos cuÃ¡nto te dura la fantasÃ-a...

Antes de que Astrid pudiera decir nada, la puerta se abriÃ³ de sopetÃ³n. En el umbral estaba Dana, la cual cargaba con una cesta de apariencia ligera en sus manos.

â€”No estarÃ¡s aprovechando mi ausencia para hablar mal de mÃ- a mis espaldas, Â¿verdad? â€”inquiriÃ³, suspicaz.

De repente, la cesta que llevaba en sus manos no me pareciÃ³ tan liviana.

â€”Por supuesto que no, solo le comentaba a Astrid lo sofisticada y encantadora que eres â€”repuse con sarcasmo, tentando a la suerte.

â€”Y yo que te traigo algo realmente bueno para que te recuperes pronto â€”comentÃ³ con voz melosa mientras introducÃ-a la mano en la cesta.

Su tono me dio escalofrÃ-os y no pude evitar empezar a imaginar lo que habÃ-a ahÃ- dentro.

â€” Â¿De dÃ³nde has sacado eso? â€”preguntÃ©.

No pude evitar que se me quebrara la voz en mitad de la frase. Al parecer, tampoco a ninguna de las vikingas se les pasÃ³ ese detalle por alto.

â€” Â¡Oh! Â¿Esto? Es algo que traje de Kahr. Lo han traÃ-do unos trabajadores del puerto mientras comenzaba a preparar el almuerzo. Ya sabes, me dejÃ© todas mis pertenencias en el barco.

Y con esas palabras, sacÃ³ la mano, mostrando consigo un tarro de cerÃ¡mica hosco y lleno de confusos grabados. Pese a que era pequeÃ±o, tenÃ-a una apariencia pesada.

â€” Â¡Oh, no! Ni en broma â€”exclamÃ© al reconocer el recipienteâ€”. Prefiero quedarme en cama a tomarme esa cosa.

â€” Â¿Y mientras nos tendrÃ¡s a nosotras de criadas? Â¿O a tu padre, con lo ocupado que estÃ¡ como jefe de la aldea?

Me estaba arrinconando, lo sabÃ-a muy bien, y tambiÃ©n que me estaba quedando sin salidas. CrucÃ© miradas con Astrid. Me observaba confundida y ceÃ±uda. Era evidente que no entendÃ-a muy bien lo que estaba ocurriendo, pero, por el profundo surco entre sus cejas, habÃ-a comprendido con suficiente claridad que el contenido del tarro era una medicina para mi enfermedad. Una que yo me negaba a

tomar.

â€”Sabes que no permitiremos que te quedes solo en este estado, Â¿verdad? â€”aÃ±adiÃ³ Astrid, cuyas palabras y mirada preocupada fueron como una daga en mi pecho.

Era evidente que habÃ-a decidido ponerse de parte de Dana. Si ella tenÃ-a una cura, lo lÃ³gico era tomarla. SoltÃ© un suspiro en seÃ±al de rendiciÃ³n y me acomodÃ© lo mejor que pude contra el respaldo de la cama.

â€”EstÃ¡ bien, estÃ¡ bien. Me la tomarÃ©, Â¡pero que la prepare Astrid! â€”exclamÃ©, mirando fijamente a Dana, que sonreÃ-a de oreja a oreja.

â€” Â¿Y por quÃ© esa falta de confianza? â€”preguntÃ³ ella, tratando de parecer molesta, pero sin lograrlo porque seguÃ-a manteniendo la sonrisa.

â€”Porque tÃº estÃ¡s disfrutando demasiado de esto â€”refunfuÃ±Ã©, cruzÃ¡ndome de brazos, mientras veÃ-a cÃ³mo Dana le tendÃ-a el recipiente de barro a Astrid.

â€” Â¿QuÃ© es lo que tengo que hacer? â€”cuestionÃ³ Astrid, sonriÃ©ndole cÃ³mplice a Dana.

â€”Debe tomar una cucharada de este jarabe. Normalmente es una vez al dÃ-a, pero todo depende de cÃ³mo le vaya. SegÃºn evolucione, veremos si es necesario que vuelva a tomarlo. Es bastante fuerte.

Astrid asintiÃ³ y tomÃ³ la cuchara de madera que le tendÃ-a Dana, la cual habÃ-a sacado tambiÃ©n del cesto. AbriÃ³ el tarro y se echÃ³ momentÃ¡neamente hacia atrÃ¡s. Aunque tratÃ³ de recomponer rÃ¡pidamente su expresiÃ³n, pude ver con claridad el asco que le provocaba el infernal aroma del brebaje. Introdujo la cuchara y, con cierto esfuerzo, la sacÃ³ llena de una sustancia marrÃ³n, densa y viscosa.

ObservÃ© atentamente las expresiones de Astrid. Se mantenÃ-a en la mÃ¡s absoluta calma. Incluso tenÃ-a una jovial sonrisa en la cara. Si no hubiera visto la aversiÃ³n antes en sus facciones, habrÃ-a pensado que me estaba ofreciendo una infusiÃ³n medicinal totalmente normal. Mientras, Dana estaba disfrutando como una niÃ±a pequeÃ±a.

Astrid estirÃ³ el brazo, acercÃ¡ndome la cuchara, asÃ- que, inspirando hondo, la introduje en mi boca.

La textura era desagradable, pringosa y pesada. ParecÃ-a que se adherÃ-a a mi lengua y a mis dientes con fuerza. Y el sabor... Era terriblemente nauseabundo. Para mis papilas gustativas, este intento de veneno podÃ-a ser perfectamente el resultado de mezclar el ponche de yak de Astrid con el pescado vomitado de Desdentao. PodÃ-a sentir las nÃ¡useas ardiÃ©ndome por la garganta.

Dana observaba la escena divertida, mientras que Astrid tenÃ-a el rostro contraÃ-do del dolor. Supongo que se estaba imaginando mi martirio. Haciendo tripas corazÃ³n y con muchÃ-sima fuerza de voluntad, logrÃ© tragar. Incluso la sensaciÃ³n del brebaje descendiendo lenta y tortuosamente por mi garganta fue insoportable.

SoltÃ© todo el aire que tenÃ-a dentro, tratando de recuperarme del mal rato. Dana no se contuvo mÃ¡s y comenzÃ³ a carcajearse libremente mientras tomaba de Astrid la vasija, la cual querÃ-a alejarse de ese instrumento detestable como si se tratara de Mocoso en uno de sus dÃ-as mÃ¡s "galantes".

â€”Eres cruel. Yo siempre trataba de hacerte las cosas mÃ¡s fÃ¡ciles cuando tenÃ-as que tomar esa... â€”Hice una pausa, deteniÃ©ndome para tragar fuertemente, intentando deshacerme de la desagradable sensaciÃ³n pegajosa en la gargantaâ€” cosa horrible.

â€”Y sabes que te adoro por eso y que tendrÃ¡s un glorioso almuerzo como recompensa, pero no he podido evitar disfrutar del momento.

IntentÃ³ hacerlo sonar como una disculpa, pero al ver que estaba tratando de ahogar otra risa burlona solo logrÃ³ que me enfurruÃ±ara aÃºn mÃ¡s.

â€”Bueno, ahora sÃ- que lo peor ha pasado. Me voy abajo a continuar preparando la comida.

Y, al igual que habÃ-a entrado, saliÃ³ rÃ¡pidamente de la habitaciÃ³n.

â€” Â¿QuÃ© era esa medicina exactamente? â€”Era evidente que iba a calificarlo como otra cosa, pero se contuvo a tiempo. Seguramente estaba recordando que era posible que tuviera que tomarlo de nuevo.

â€”Es una medicina ancestral que prepara la curandera de Kahr. Llevan generaciones haciÃ©ndola y todos la toman cuando enferman.

â€” Â¿Y de quÃ© estÃ¡ preparada?

â€”Sinceramente, no lo sÃ©, y nunca tuve el coraje de averiguarlo. Los primeros veranos que fui de visita a Kahr, Dana tenÃ-a que tomarlo casi a diario, y tenÃ-a la impresiÃ³n de que, si averiguaba de que era, no iba a poder seguir apoyÃ¡ndola para que lo hiciera.

â€”Â¿Todos los dÃ-as?

En esa ocasiÃ³n Astrid no pudo reprimir la expresiÃ³n de asco que le recorriÃ³ el rostro, y se presionÃ³ el vientre, como si estuviera conteniendo el vÃ³mito en la boca del estÃ³mago.

â€”SÃ- â€”afirmÃ© riendo. Era divertido ver esa clase de expresiones en la siempre fuerte y serena Astridâ€”. En Kahr todo el mundo estÃ¡ sano, y, aunque suelen decir que es por la "medicina", a mÃ- no me engaÃ±an. Yo sÃ© lo que ocurre de verdad. AllÃ- enfermarse es mÃ¡s peligroso que enfrentar a un dragÃ³n furioso.

Astrid rio por mi ocurrencia, pero no lo desmintiÃ³. Solo con el "dulce" aroma que desprendÃ-a, estoy seguro que no dudaba de mis palabras. La rubia vikinga estudiÃ³ con detenimiento mi rostro y empezÃ³ a mover la mano, aunque no sÃ© si lo hacÃ-a de forma consciente o no. Estuvo tanto tiempo en ese estado que comencÃ© a ponerme nervioso.

â€”Esto, Â¿ocurre algo? â€”cuestionÃ©, dudoso, ante lo que ella se sobresaltÃ³.

â€”QuÃ©date quieto.

Al momento, me envarÃ© en mi sitio. Creo que casi me olvidÃ© de respirar cuando su mano, que se habÃ-a movido inquietamente antes, se acercÃ³ a mÃ-. No pude evitar observar nerviosamente a Astrid, porque cada vez su mano estaba mÃ¡s cerca de mi rostro. SentÃ- un estremecimiento cuando su palma se acomodÃ³, con la suavidad de una pluma, en mi mejilla. TenÃ-a un tacto mÃ¡s suave y cÃ¡lido del que imaginaba, y una mano mÃ¡s pequeÃ±a de la que recordaba. Ante un contacto tan gentil y delicado no pude evitar sorprenderme. SabÃ-a muy bien con quÃ© fuerza y fiereza era capaz de alzar un hacha. MoviÃ³ con lentitud el pulgar sobre mis labios, provocando un encogimiento en mi estÃ³mago que estuvo a punto de convertirse en un gemido. Pero estaba tan sorprendido y sin aliento que nada saliÃ³ de mi boca, lo cual agradecÃ-, porque si no habrÃ-a necesitado buscar una piedra enorme bajo la que esconderme por la vergÃ¼enza. PaseÃ³ su dedo por mi labio superior, como si lo estuviera limpiando, pero lo hacÃ-a con demasiada calma para que fuera un contacto normal y fugaz. Repentinamente se alejÃ³ de mÃ- y recogiÃ³ de nuevo el trapo para introducirlo otra vez en la fuente. FijÃ³ su mirada en lo que estaba haciendo, impidiendo cualquier contacto visual conmigo.

â€”TenÃ-as restos de esa medicina en el labio â€”comentÃ³ con tranquilidad, afanÃ¡ndose en escurrir el paÃ±o.

Me costÃ³ encontrar la voz de nuevo. ParecÃ-a que, al igual que el resto de mis sentidos, estaba totalmente embotada. AÃºn sentÃ-a el acogedor roce en mi mejilla y cÃ³mo mi labio ardÃ-a con la misma ferocidad que mi pecho.

â€”M-Muchas gracias â€”tartamudeÃ© ligeramente al comenzar a hablar, pero como lo habÃ-a dicho en un murmullo, esperaba que ella no lo hubiera notado.

* * *

><p><strong>Astrid Pov<strong>

En ese momento me sentÃ-a terriblemente estÃºpida. En realidad, habÃ-a estado toda la tarde sintiÃ©ndome asÃ-. Desde el momento en que, dejando que mis emociones me guiaran, me permitÃ- el roce con Hipo. No sabÃ-a muy bien cÃ³mo habÃ-a ocurrido, solo me habÃ-a dejado llevar. PodÃ-a simplemente haberle dicho que tenÃ-a la boca manchada y listo, pero no, yo tenÃ-a que ponerme a jugar con mi autocontrol, el cual era cada vez mÃ¡s inestable cuanto mÃ¡s me acercaba a Ã©l.

Fue como si mi mano se moviera sola y mi mente estuviera sumida en una extensa e impenetrable bruma, alejando totalmente de mÃ- el sentido comÃºn.

Mi cuerpo cobrÃ³ voluntad propia y limpiÃ© con cuidado sus labios, demorÃ¡ndome en ellos mÃ¡s tiempo del necesario, Â¡pero ni siquiera yo era de hierro! Al sentir la piel tersa y suave, prÃ¡cticamente como el terciopelo â€”lo que era extraÃ±o en un vikingo, sobre todo en uno que trabaja en una herrerÃ-aâ€”, cuyo calor era tentadoramente

acogedor, pese a la fiebreâ€¦ No pude evitar demorarme, disfrutando de las suaves oleadas tempestivas que me recorrieron desde la punta de los dedos hasta el mismÃ-simo corazÃ³n.

MirÃ© mis dedos, recordando las turbulentas sensaciones, y no pude evitar suspirar con pesar, totalmente rendida. Cada vez estaba mÃ¡s y mÃ¡s confundida. Recordaba muy bien las enseÃ±anzas del clan Hofferson. DebÃ-a ser dura, fuerte, seria, ruda e inteligente. Y siempre debÃ-a superar a todos, incluida a mÃ- misma. Pero todas esas reglas que habÃ-a seguido a rajatabla desde que tenÃ-a uso de razÃ³n se me iban de la cabeza cuando estaba a su lado. Solo el hecho de reÃ-r libremente, sin preocuparme por lo que pensaran los demÃ¡s, era algo impensable. Siempre habÃ-a mantenido mi autocontrol alerta todo el tiempo. Pero, cada vez me resultaba mÃ¡s difÃ-cil mantener altas esas barreras.

Un estruendo en el piso inferior me sacÃ³ de mis cavilaciones. MirÃ© a Hipo, que, despuÃ©s de haber almorzado habÃ-a caÃ-do rendido en un sueÃ±o profundo, en el cual permanecÃ-a. Luego mirÃ© a Dana, que tenÃ-a una expresiÃ³n curiosa en su rostro, aunque cambiÃ³ al ver lo tensa que estaba la mÃ-a. Le hice un gesto para que guardara silencio y se quedara sentada junto a la cama. Me levantÃ©, cuidando no hacer ningÃºn ruido brusco, y salÃ- de la habitaciÃ³n. Al descender por las escaleras me encontrÃ© a Estoico y a BocÃ³n terminando de recolocar las cajas que habÃ-an tirado al suelo.

â€”Buenas tardes, Astrid. Aunque mÃ¡s bien deberÃ-a de decir buenas noches porque el sol ya se estÃ¡ escondiendo â€”saludÃ³ alegremente BocÃ³n.

â€”Buenas noches Astrid â€”dijo amablemente Estoicoâ€”. Me alegra ver que sigues aquÃ-. Muchas gracias por acceder, estoy seguro de que te ha dado problemas ese terco â€”agradeciÃ³, riendoâ€” Â¿CÃ³mo estÃ¡ Hipo?

â€”EstÃ¡ mucho mejor. Creo que maÃ±ana podrÃ¡ levantarse de la cama, aunque no deberÃ-a hacer nada demasiado brusco.

Estoico asintiÃ³ y se encaminÃ³ rÃ¡pidamente hacia las escaleras, seguido de cerca por BocÃ³n y por mÃ-. Cuando abriÃ³ la puerta nos encontramos con Hipo durmiendo tranquilamente y a Dana saludando con una divertida mezcla de timidez y nerviosismo. Estoico mirÃ³ la escena un tanto sorprendido.

â€” Â¿No eres la hija de Ulf El Viajero? â€”cuestionÃ³ con sorpresa, adentrÃ¡ndose en la habitaciÃ³n.

Estoico y BocÃ³n se quedaron de pie alrededor de la cama, mientras yo volvÃ-a a mi posiciÃ³n y le quitaba el trapo de la frente a Hipo. ComprobÃ© su temperatura para ver si era necesario aplicÃ¡rselo de nuevo. DespuÃ©s de una tarde de paÃ±os frÃ-os y de nieve derretida, por fin habÃ-a descendido. AÃºn seguÃ-a teniendo fiebre, pero al menos no era ya tan alarmante. Supongo que la terrible medicaciÃ³n al menos era verdaderamente Ãºtil.

â€”SÃ-, soy Dana Asgerdur, hija del jefe de Kahr.

â€” Â¿Y cÃ³mo es que no sabÃ-amos nada de tu llegada? HabrÃ-amos preparado una bienvenida en condiciones â€”reclamÃ³ Estoico, apesadumbrado.

â€”HabrÃamos hecho una fiesta enorme y muy ruidosa en el Gran SalÃ³n â€”terminÃ³ BocÃ³n, con una sonrisa de oreja a oreja, siempre ansioso por cualquier aire festivo.

â€” Â¡Oh! Bueno, en realidad era una sorpresa â€”contestÃ³ y seÃ±alÃ³ al bello durmiente con diversiÃ³n.

â€”Entiendo â€”asintiÃ³ Estoicoâ€”. Bueno, supongo que aquÃ no necesitamos demasiadas formalidades, pero que sepas que eres bienvenida, tanto a Mema como a mi hogar, el tiempo que gustes.

Dana sonriÃ³, agradecida por el gesto, y asintiÃ³.

â€”Una pregunta, Â¿cÃ³mo es que no se despierta? Normalmente tiene el sueÃ±o tan delicado como el del furia nocturna que estÃ¡ ahÃ fuera. El cual, por cierto, no para de mirar hacia la ventana â€”comentÃ³ BocÃ³n, mirando fijamente a Hipo, que se mantenÃa impasible a todo el ruido a su alrededor. MantenÃa una respiraciÃ³n tranquila y acompasada.

Escuchar sus palabras me hizo sentir un poco mal, asÃ que, con una escueta disculpa, salÃ fuera de la habitaciÃ³n en busca de los dos dragones. CogÃ un cesto repleto de pescado antes de salir. Los dos estaban descansando uno al lado del otro. Mientras que Tormenta emitiÃ³ un gorjeo amistoso y se aproximÃ³ para que la acariciase, Desdentao me mirÃ³ de mala manera y luego se girÃ³, como si me estuviera ignorando. Era igual de melodramÃ¡tico que su jinete. Ante ese pensamiento no pude evitar reÃrme.

â€”Venga, no te enfades â€”empecÃ© a decir en tono conciliadorâ€”. Os voy a dar vuestra cena.

RepartÃ los pescados entre los dos, pero Desdentao se negÃ³ a comer los suyos, fiel a su plan de ignorarme. Me obliguÃ© a mÃ misma a recordar lo que hacÃa Hipo en esas situaciones.

â€”Desdentao, si te terminas toda tu cena, te llevarÃ© a ver a Hipo.

Me mirÃ³ con la cautela brillando en sus ojos verdes. Cuando se hubo cerciorado de que lo decÃa en serio, se zampÃ³ toda su raciÃ³n con premura. Tormenta no habÃa terminado siquiera con la mitad de la suya cuando Ã©l me esperaba, sentado sobre sus patas traseras. ObservÃ© perpleja su reacciÃ³n, pero esta dio paso a la ternura al comprender la preocupaciÃ³n que atenazaba al dragÃ³n, el cual no paraba de mover los ojos y las patas delanteras con nerviosismo, esperando a que me pusiera en movimiento. DejÃ© a mi nadder comiendo y empecÃ© a caminar hacia la casa. Desdentao no necesito mÃ¡s seÃ±al para seguirme.

Cuando entramos, todos estaban en el salÃ³n, incluido Hipo, aunque Ã©ste aÃºn tenÃa el rostro adormilado. DejÃ© pasar a Desdentao antes, el cual no dudÃ³ en lanzarse sobre Hipo, al igual que habÃa hecho esa maÃ±ana. Todos nos reÃmos ante la escena, incluido Hipo, pese a estar cubierto de babas de dragÃ³n por segunda vez en el dÃa. Al ver su mirada entendÃ que comprendÃa por quÃ© el furia nocturna habÃa reaccionado asÃ. Nunca dejaba de asombrarme la fÃ©rrea y entraÃ±able amistad que los unÃa. En esa clase de momentos, una involuntaria sonrisa siempre llegaba a mis labios.

Apenas habÃ-a cerrado la puerta tras de mÃ- cuando un golpeteo suave llegÃ³ a mis oÃ-dos. Todos la observaron con curiosidad mientras yo la abrÃ-a. Me encontrÃ© de frente con Patapez, que venÃ-a seguido de los gemelos y de Mocoso.

â€” Â¡Hola! â€”saludÃ³ Patapez, un poco nervioso al sentir tantas miradas sobre Ã©lâ€”. VenÃ-amos a ver al enfermo.

Me hice a un lado para que pasaran y se sentaran. Cuando cerrÃ© la puerta de nuevo, me acomodÃ© en una silla que estaba junto a Hipo mientras los demÃ¡s comenzaban una tranquila conversaciÃ³n. SentÃ- un poco de pena por Ã©l. TenÃ-a el codo sobre la mesa y la cabeza apoyada en su puÃ±o. PestaÃ±eaba a cada rato, evitando caer en la tentaciÃ³n del sueÃ±o, pero le estaba costando a horrores.

â€” Â¿QuÃ© le ocurre a Hipo? Parece un muerto en vida â€”me sorprendiÃ³ que lo preguntara Mocoso, sin ningÃºn rastro de malicia ni broma en su voz. QuizÃ¡s una ligera nota de humor, pero esa era una caracterÃ-stica innata suya.

â€”Eso es por la medicina que le di. Uno de sus efectos es una somnolencia bastante fuerte â€”respondiÃ³ Dana.

â€” Â¿Contiene Belladona? â€”preguntÃ³ Patapez con curiosidad.

â€”SÃ-, es uno de sus componentes â€”afirmÃ³ ellaâ€”. Y ahora que lo pienso, deberÃ-a tomarse otra cucharada.

Fue como si le hubieran lanzado un cubo de agua helada de repente. Hipo abriÃ³ los ojos de par en par, completamente despierto. Una vez nuevamente en sus sentidos, no tardÃ³ en mirar mal a Dana.

â€”No me vas a hacer pasar dos veces por ese mal trago â€”refunfuÃ±o Ã©l, cruzÃ¡ndose de brazos. ApretÃ³ fuertemente los labios hasta formar una pÃ¡lida lÃ-nea.

â€”Si te lo tomas ahora, maÃ±ana ya estarÃ¡s totalmente recuperado Â¿Tengo que repetirte lo que te dije antes? Â¿O deberÃ-a hacerlo Astrid?

Me asombrÃ© ante mi menciÃ³n, pero tratÃ© que no fuera evidente. Hipo nos mirÃ³ alternativamente, mientras los demÃ¡s nos observaban a los tres con atenciÃ³n. Incluso Desdentao, que estaba al otro lado de Hipo, no perdÃ-a detalle. Al final, el castaÃ±o se rindiÃ³, alzando cansadamente la vista al techo.

â€”Los dioses me odian â€”sentenciÃ³ con pesar, sacando mÃ¡s de una sonrisa en la habitaciÃ³nâ€”. EstÃ¡ bien, pero que se encargue Astrid.

â€” Â¿Sigues desconfiando de mÃ-? â€”preguntÃ³ Dana con humor, poniendo los brazos en jarras.

â€”Te digo lo mismo que te dije antes. TÃº disfrutas demasiado de esto.

Ella se rio ante el comentario, pero fue a buscar entre sus cajas la vasija y la cuchara de madera.

â€” Â¿A quÃ© viene esa actitud hijo? No es propia del sucesor de Mema â€”inquiriÃ³ Estoico, muy serio.

â€”Bueno, sÃ³lo huÃ©lela y luego me dices â€”contestÃ³ Hipo con una sonrisa un tanto cÃ-nica en la cara, causando que su padre enarcara una ceja.

Justo en ese momento, Dana me dio la vasija. Aguantando la respiraciÃ³n, introduje la cuchara y la llenÃ© de la repulsiva pasta marrÃ³n. Todos miraron con mala cara la medicina nada mÃ¡s salir la cuchara del tarro, pero Hipo me hizo un gesto para que se la extendiera a su padre y la oliera. Lo hice. Estoico se aproximÃ³ a mÃ- a medio camino para ello, aunque no tardÃ³ en echarse para atrÃ¡s y carraspear. Ni siquiera Ã©l pudo evitar que la boca se le torciera en una mueca de repulsiÃ³n.

â€” Â¿Ahora me entiendes? â€”cuestionÃ³ Hipo, divertido.

â€”SÃ-, te comprendo â€”aceptÃ³ Estoico con franqueza.

Nadie se atreviÃ³ a decir nada, ni siquiera los gemelos, y eso que a ellos dos les iban las emociones fuertes. No hacÃ-a falta acercarse como habÃ-a hecho Estoico para percibir el perfume agrio del brebaje.

â€”Acabemos ya con esto â€”me dijo Hipo, esperando a que le tendiera la medicina.

Al igual que la vez anterior, no cogiÃ³ la cuchara, sino que lo tomÃ³ con la boca, manteniendo aÃºn el Ãºtil de madera en mi mano. RetrocediÃ³, cerrÃ³ los ojos e inspirÃ³ hondo, luchando por tragar. QuizÃ¡s es porque su lengua no estaba tan atontada como antes, que percibÃ-a mejor los sabores, pero pareciÃ³ costarle el doble de esfuerzo. Finalmente, con una mueca amarga, lo logrÃ³. No pude evitar reÃ-r al ver que hasta Estoico aplaudiÃ³ la acciÃ³n.

â€” Â¿CuÃ¡l deberÃ-a ser el siguiente reto? Â¿Beberse una jarra entera del ponche de yak de Astrid? â€”preguntÃ³ Chusco, emocionado, a su hermana y a Mocoso.

Gracias a eso se llevÃ³ el tercer golpe del dÃ-a.

â€”Este es el tercero Â¿Quieres tambiÃ©n un cuarto?

Mi pregunta causÃ³ un gemido de dolor de Chusco y las risas del resto de ocupantes de la sala.

VolvÃ- a fijar mi atenciÃ³n en Hipo. PermanecÃ-a con un rictus amargo en la cara, con los ojos fuertemente cerrados. VolvÃ-a a tener la boca manchada. Supongo que estaba tan concentrado en evitar una arcada que no se habÃ-a dado cuenta de eso. De repente, vi como mi mano, como su tuviera vida propia, se acercaba a Ã©l. Una voz en mi cabeza gritaba bien fuerte que parara, que estaba haciendo una estupidez y que iba a quedar como una idiota, pero no pude detenerme. Era como si mi cuerpo fuera por libre. Antes de darme cuenta, ya estaba acunando su mejilla, cÃ¡lida y pecosa, con la palma de mi mano. No tardÃ³ en abrir los ojos, mirÃ¡ndome con sorpresa, pero no se alejÃ³ de mÃ-.

LimpiÃ© con delicadeza los restos que quedaban en su labio superior. Solo se habÃ-a manchado por un borde, pero me tomÃ© el placer de pasar el pulgar por toda su extensiÃ³n y me extasiÃ© cuando entreabriÃ³ su boca, dejando que su cÃ¡lido aliento rozara mi piel. Todo mi cuerpo se estremeciÃ³ y comenzÃ³ a arder con tan Ã-nfimo contacto.

Me perdÃ- en la mirada verde bosque, que me observaba curioso, tan sumido en lo que estaba ocurriendo como yo.

â€”Si querÃ©is os dejamos solos... â€”comenzÃ³ a decir Chusco con sorna, dejando el resto de la frase en el aire.

Con su interrupciÃ³n, la magia se rompiÃ³ y ambos nos alejamos como si nuestro contacto quemara. No nos habÃ-amos dado cuenta, al sumirnos tan profundamente en nuestra burbuja, que todos se habÃ-an quedado callados, analizÃ¡ndonos con atenciÃ³n.

Me enderecÃ©, lanzÃ¡ndole una fulminante mirada a Chusco.

â€”Muy bien, felicidades, te has ganado el cuarto.

5. CapÃ-tulo 5

CapÃ-tulo 5

Hipo Pov

Me despertÃ© con los primeros rayos de sol. Se adentraban tÃ-midamente en mi habitaciÃ³n a travÃ©s de la ventana. Me desperecÃ© en toda mi extensiÃ³n y tratÃ© de incorporarme, restregÃ¡ndome los ojos cerrados con el dorso de la mano. Cuando creÃ- que estaba lo suficientemente despierto, los abrÃ-.

Desdentao seguÃ-a durmiendo sobre su plancha de piedra, arrebujado, hecho una bola. La prÃ³tesis le tapaba el rostro, bloqueando cualquier vestigio de luz.

Dana descansaba en una cama improvisada. No sabÃ-a muy bien cÃ³mo se las habÃ-a apaÃ±ado para convencer a mi padre de quedarse conmigo en mi cuarto, puesto que eso rompÃ-a como unas veinte normas vikingas, algo que a mi padre no le hacÃ-a ninguna gracia. AÃºn con un adulto en la casa, el hecho de que un chico y una chica compartieran habitaciÃ³n podÃ-a verse como algo terriblemente indecoroso. Si llegaba a enterarse Ulf Asgerdur, era capaz de forzar un matrimonio. Un estremecimiento me recorriÃ³ de pies a cabeza, en seÃ±al de desagrado.

ObservÃ© con atenciÃ³n a Dana y no pude evitar reÃ-rme entre dientes. La primera impresiÃ³n de la joven vikinga era siempre de una chica dulce y angelical. Eso se debÃ-a a su cuerpo menudo; su largo y brillante cabello rubio platino, cuyos destellos recordaban a la plata reciÃ©n pulida; sus profundos, grandes y expresivos ojos azules, rodeados por unas extensas pestaÃ±as doradas; y su andar, suave y grÃ¡cil. Incluso su voz, melodiosa como el cantar de un ruiseÃ±or, ayudaba a esa imagen.

Nadie esperaba encontrarse con el torrente con patas que habÃ-a debajo. Por ello, estoy seguro de que, si alguien se imaginaba a Dana

durmiendo tendrÃ-a la siguiente imagen en la cabeza. SerÃ-a recostada suavemente, totalmente recta, con la cabeza recostada en la almohada y las manos entrelazadas sobre su estÃ³mago. Sinceramente, esa imagen me daba bastante miedo. Solo faltaba el ramo de flores entre sus dedos, sobre su regazo, para que pareciera un cadÃ¡ver. Pero la realidad era muy diferente. Tuve que aguantarme la risa como pude, tapÃ¡ndome la cara con las manos, para evitar que se despertara toda la casa. Aunque no tardÃ³ en convertirse en una tos nerviosa y molesta. Desdentao empezÃ³ a desperezarse a causa del ruido.

La joven vikinga estaba acostada boca abajo. Se habÃ-a movido de tal manera que estaba recostada en el diagonal de la cama. El cabello caÃ-a en cascada por delante, hasta tocar el suelo, tapÃ¡ndole la cara. Una mano estaba bajo su estÃ³mago, en una posiciÃ³n bastante incÃ³moda, mientras que el otro brazo estaba fuera de la cama, colgando con la palma hacia abajo. Mientras que una pierna permanecÃ-a enterrada en el revoltijo de mantas, la otra se resistÃ-a a permanecer en su sitio, asÃ- que, al igual que el brazo, colgaba por el extremo de la cama, hasta casi tocar el piso de madera.

Desdentao, ya plenamente en sus sentidos, me mirÃ³ con curiosidad ante mi diversiÃ³n. Me llevÃ© un dedo a los labios, intentando que permaneciera callado. Me acerquÃ© a Ã©l mientras se acomodaba sobre sus patas traseras, sentÃ¡ndose. Cuando estuve a menos de medio metro de distancia, se inclinÃ³ hacia mÃ- y me olfateÃ³. DejÃ© que hiciera su revisiÃ³n tranquilamente. SabÃ-a muy bien lo nervioso que lo habÃ-a puesto el verme enfermo. Desdentao era mi mejor amigo, y seguramente tenÃ-a la sospecha de que era capaz de fingir volver a estar bien con tal de salir de la cama. Lo mÃ¡s probable es que estuviera tratando de comprobar que ya no ardÃ-a febril, ni que temblaba como una hoja. Eso era lo Ãºnico bueno del sacrificio del dÃ-a anterior. Bueno, y la cercanÃ-a de Astrid... MovÃ- la cabeza rÃ¡pidamente, intentando desechar esos pensamientos. Cuando terminÃ³ su inspecciÃ³n se parÃ³ frente a mÃ-.

â€”Â¿He pasado el examen, campeÃ³n? â€”preguntÃ©, ante lo que recibÃ- un soplo de aliento de dragÃ³n en toda la cara.

â€”Â¡Puaj! â€”me quejÃ©, obligÃ¡ndome a mantener la voz en un susurroâ€”.Â¡Desdentao!

Desdentao se riÃ³, divertido por mi expresiÃ³n. Me volvÃ-, buscando una muda limpia. Aprovechando que Dana seguÃ-a dormida, me cambiÃ© con rapidez y me volvÃ- hacia la ventana. Desdentao parecÃ-a desesperado por alzar el vuelo y, francamente, yo tambiÃ©n lo estaba. El sol ya estaba empezando a adquirir fuerza en el cielo. Astrid solÃ-a volar con Tormeta a esas horas.

MirÃ© de refilÃ³n a Dana. Si se despertaba y yo no estaba se pondrÃ-a como un Pesadilla Monstruosa con dolor de muelas. Aunque su sueÃ±o parecÃ-a profundo, cuando salÃ-a con Desdentao me perdÃ-a en la libertad de los cielos, asÃ- que era poco probable que volviera pronto.

Con un suspiro, me volvÃ- y me dirigÃ- hacia ella. MovÃ- su hombro repetidas veces, llamÃ¡ndola. TardÃ© unos diez minutos en obtener una respuesta, aunque mÃ¡s bien sonÃ³ como un gruÃ±ido. Finalmente, abriÃ³ los ojos, fulminÃ¡ndome con la mirada. Antes de que dijera nada, apostarÃ-a que estaba cavilando la idea de lanzarme su

almohada.

â€”Â¿Te apetece tener tu primera sesiÃ³n de vuelo?

Como si la cama se hubiera prendido fuego, brincÃ³, deshaciÃ©ndose de una patada de las mantas y corriendo por toda la habitaciÃ³n en busca de su ropa. EmpezÃ³ a desvestirse sin importarle que yo siguiera allÃ-, asÃ- que educadamente salÃ- del cuarto con Desdentao, dispuesto a preparar el morral para la excursiÃ³n. Lo estaba amarrando a la silla de montar del Furia Nocturna cuando escuchÃ© unos danzarines pasos descender la escalera. Me girÃ© en su direcciÃ³n y enarquÃ© una ceja. Llevaba una gastada camisa verde, medio deshilachada y con algunas zonas chamuscadas, y un pantalÃ³n de cuero marrÃ³n. Para terminar el cuadro, unas gastadas botas de cuero que habÃ-an visto tiempos mejores. Era la ropa que usaba cuando tenÃ-a doce aÃ±os.

â€”Â¿QuÃ© haces con eso? â€”cuestionÃ© con curiosidad.

â€”Vamos a volar, Â¿no? Mis vestidos serÃ-an realmente incÃ³modos.

â€”Ya, pero podrÃ-as habÃ©rmelo dicho. Creo que tengo algo mejor que ropa a medio quemarâ€”repliquÃ©, dirigiÃ©ndome nuevamente a mi habitaciÃ³n.

â€”Es igual, es igualâ€”me detuvo, colocando sus manos en mis hombrosâ€”. Se nos va a hacer tarde.

Y con esas palabras, empezÃ³ a empujarme en direcciÃ³n a la puerta. Daba un brinco emocionado con cada paso, asÃ- que me rendÃ- y la dejÃ© dirigirme al exterior.

* * *

><p>Solo un dÃ-a sin surcar los cielos y ya tenÃ-a un vacÃ-o del tamaÃ±o de un huevo de dragÃ³n en el pecho. Lo sentÃ-a llenarse con cada bocanada de aire. En mÃ¡s de una ocasiÃ³n, Desdentao y yo tuvimos que refrenar nuestros Ã¡nimos a marchas forzadas cuando recordÃ¡bamos que no viajÃ¡bamos solos. Normalmente sucedÃ-a cuando Dana exclamaba un grito de emociÃ³n y apretaba su agarre sobre mi cintura. SabÃ-a que ella no tenÃ-a miedo, pero tampoco iba a hacer que lo tuviera. AsÃ- que, Desdentao volÃ³ como cuando enseÃ±amos a Astrid por primera vez, con juegos entre las nubes y ligeros vaivenes.<p>

No llevÃ¡bamos ni quince minutos en el aire cuando escuchÃ© un conocido grito de Ã¡nimo a mis espaldas. No necesitÃ© girarme. Cuando mirÃ© a mi lado, Astrid ya estaba allÃ-. Jugamos de manera amistosa, sin exaltarnos demasiado. La intuiciÃ³n de Astrid estaba tan perspicaz como siempre, porque tanto ella como Tormenta se mantuvieron calmas, tratando de no hacer nada demasiado arriesgado. Al parecer, eso no fue lo Ãºnico que captÃ³.

â€”Â¡Dana! Â¿QuÃ© te parece un vuelo en un Nadder MortÃ-fero? â€”cuestionÃ³ Astrid. No tuvo necesidad de gritar, porque el viento apenas tenÃ-a fuerza.

â€”Â¿Quieres? â€”le preguntÃ©, dÃ¡ndome de lleno con su mirada curiosa. No le hizo falta decir ni hacer nada para saber su

respuestaâ€”. De acuerdo, descendamos y...

â€”No â€”me cortÃ³ Astridâ€”. Que salte.

â€”Â¿QuÃ©?â€”exclamÃ© sobresaltadoâ€”. OlvÃ-dalo.

â€”Â¿Por quÃ© no? â€”inquiriÃ³, alzando una ceja en actitud desafianteâ€”. Ha soportado un vuelo con Desdentao. Estoy segura de que puede. Â¿O me equivoco contigo, Dana?

SabÃ-a que Astrid se estaba divirtiendo de lo lindo retÃ¡ndola. Antes de que sucediera nada, sabÃ-a lo que iba a pasar. Me lo confirmÃ³ el brillo altanero de sus ojos mar. SuspirÃ© e hice que ambos dragones se acercaran. Iba a reducir la distancia lo mÃ¡ximo posible, que resultÃ³ ser un metro. Bastante arriesgado me parecÃ-a que saltara de un dragÃ³n a otro, como para que lo hiciera de una distancia de tres o cuatro metros.

Aunque estaba preocupado, me obliguÃ© a tranquilizarme. Desdentao estaba tenso, preparado para actuar. En caso de que cayera, nosotros la recogerÃ-amos al vuelo. Dana estaba tan loca que capaz que lo encontraba divertido.

Dana se irguiÃ³, haciendo fuerza en mis hombros para mantenerse en pie. Astrid tenÃ-a los brazos estirados en su direcciÃ³n, dispuesta a cogerla en cualquier momento. Antes de que se lo pensara dos veces o, mejor dicho, antes de darme oportunidad de hacerlo yo, saltÃ³ y cayÃ³ de lleno entre los brazos de Astrid, respirando agitadamente. Cuando ambas vikingas cruzaron miradas rompieron a reÃ-r.

â€”Anda, vete de una vezâ€”me dijo Astrid, sin dirigirme una mirada, centrada en ayudar a Dana a ubicarse.

SuspirÃ©, resignado, pero no tardÃ© en hacerle un gesto a Desdentao para que descendiera, adquiriendo rÃ¡pidamente velocidad.

* * *

><p><strong>Astrid POV<strong>

Una vez que Dana se acomodÃ³, sentada frente a mÃ-, dÃ¡ndome la espalda, nos dispusimos a ver a Hipo volar. Los Ãºnicos sonidos que emitÃ-amos eran exclamaciones de sorpresa o de jÃºbilo. No habÃ-a conversaciÃ³n porque las actuaciones del vikingo y el dragÃ³n quitaban el aliento. Se movÃ-an como si fueran uno, incluso cuando el castaÃ±o saltaba en el aire, descendiendo en picado, para encontrarse con el Furia Nocturna decenas de metros mÃ¡s abajo.

Tardamos bastante en recuperar el habla.

â€”Y luego, Ã©l monta un melodrama cuando yo intento un salto minÃºsculoâ€”comentÃ³ Dana repentinamente, siguiendo con la mirada al jinete. Me reÃ- ante su reproche.

â€”Solo lo hace porque se preocupa por ti. No quiere que te ocurra nada parecido a mi primer vuelo.

â€”Â¿QuÃ© pasÃ³?â€”cuestionÃ³ con curiosidad.

â€”Digamos que Desdentao y yo no tuvimos la mejor primera impresiÃ³n

del otro. AsÃ- que el vuelo fue bastante agitadoâ€”rememorÃ©, soltando una risitaâ€”. Estaba aterrada. Cuando me disculpÃ©, el vuelo fue mÃ¡s parecido al que te mostrÃ³ Hipo antesâ€”Las palabras salieron de mi boca antes de darme cuenta. TensÃ© mis labios en una pÃ¡lida lÃ-nea, tratando de refrenar las ganas de darme un golpe. Como digna Hofferson, no debÃ-a mostrar debilidades.

â€”En sus cartas, Hipo te describÃ-a como una guerrera fuerte y capaz. Al menos, ante todo el mundo â€” lo afirmÃ³ en tono casual, pero habÃ-a cierto misterio en su voz. No podÃ-a evitar sentir se me escapaba algo.

Otra vez, impulsivamente y para mi sorpresa, le hablÃ© con franqueza.

â€”Suelo serlo con todos. No sÃ© por quÃ© contigo...

â€”Â¿QuizÃ¡s por quÃ© me parezco mucho a Hipo? â€”Aunque lo preguntÃ³, sonÃ³ mÃ¡s bien como una afirmaciÃ³n.

Eso era algo que me rondaba la cabeza desde que la habÃ-a conocido. Hipo y Dana rompÃ-an bastante los esquemas vikingos. Eran delgados, incluso podÃ-an dar la impresiÃ³n de ser delicados. ParecÃ-an torpes, pero podÃ-an ser Ã¡giles y rÃ¡pidos. No eran fuertes. ParecÃ-a que tenÃ-an la cabeza llena de pajaritos, pero eran inusitadamente inteligentes. Y tenÃ-an un sentido de la valentÃ-a desproporcionado, hasta el punto de parecer ilÃ³gico.

â€”Supongo que sois... tal para cualâ€”admitÃ- con voz queda, aunque intentÃ© insuflarle fuerza.

â€”Bueno, supongo que siguiendo la lÃ-nea de los Thorson.

â€”Â¿Chusco y Brusca? Â¿QuÃ© tienen que ver? â€”preguntÃ© confusa.

â€”Hipo y yo nos conocemos desde hace aÃ±os. Tenemos una relaciÃ³n formada desde la infancia, ademÃ¡s de unos intereses muy similares. PrÃ¡cticamente somos como hermanos separados al nacerâ€” La Ãºltima frase la dijo lanzÃ¡ndome una mirada elocuente, brillando con oscura diversiÃ³n, y una sonrisa traviesa en los labios.

Me sonrojÃ© hasta las cejas. SentÃ- que estaba viendo a travÃ©s de mÃ-.

6. CapÃ-tulo 6

CapÃ-tulo 6

Hipo POV

DespuÃ©s de la larga y gratificante sesiÃ³n de vuelo matutina, fuimos directos a la Academia. Nos habÃ-amos demorado mucho mÃ¡s tiempo del previsto en los altos vuelos, asÃ- que no nos quedÃ³ mÃ¡s remedio que desayunar allÃ- mientras esperÃ¡bamos a los otros. DespuÃ©s de un par de rodajas de queso de yak y pan de centeno, llegaron los demÃ¡s. Francamente, me sorprendiÃ³ verlos a todos allÃ-. Normalmente, Astrid y yo Ã©ramos los primeros, solÃ-amos llegar juntos al coincidir en

nuestro primer vuelo del dÃ-a; Patapez era siempre puntual, no llegaba a la Academia ni antes ni despuÃ©s, siempre en el momento justo; los gemelos eran completamente impredecibles, dependÃ-a su puntualidad de las gamberradas que tuvieran entre manos; y Mocoso... Bueno, solÃ-a llegar justo antes de que empezÃ¡ramos la clase, unos diez o quince minutos despuÃ©s de la hora de reuniÃ³n. No sÃ© si lo hacÃ-a para no tener que ayudar en la preparaciÃ³n o porque querÃ-a darse importancia. DespuÃ©s de todo, su saludo favorito era "lo bueno se hace esperar". Por eso, verlos a los cuatro juntos era una imagen bastante curiosa.

â€” Â¡QuÃ© madrugadores todos hoy! â€”exclamÃ³ Astrid, sorprendida.

â€”SÃ-, bueno, simplemente me he despertado antesâ€”contestÃ³ Mocoso, desviando la mirada y rascÃ¡ndose nerviosamente la mejilla.

â€”Eso dice ahora, pero nos obligÃ³ a levantarnos dando porrazos en nuestra ventana â€”comentÃ³ Chusco, evidentemente soÃ±oliento.

â€”Creo que tenÃ-a miedo de venir solo hoyâ€”aÃ±adiÃ³ Brusca con una sonrisa socarrona.

â€” Â¿CÃ³mo me va a asustar a mÃ-, el gran PatÃ¡n Mocoso Jorgenson, venir solo?â€”preguntÃ³ irÃ³nicamente, con aires pedantesâ€”. Solamente me pillaba de camino vuestra casa.

Vi a Chusco abrir la boca, a punto de soltar algÃºn comentario mordaz. Aunque me estaba divirtiendo de lo lindo con la reacciÃ³n nerviosa de Mocoso, decidÃ- detener la cosa ahÃ-. Si los dejaba seguir ese rumbo, acabarÃ-an siendo peores que un dragÃ³n con dolor de muelas, con las bromitas y destrozos que eso suponÃ-a. CarraspeÃ© lo mÃ¡s fuertemente que pude, tratando de llamar su atenciÃ³n.

â€”Muy bien chicos. Como ya estamos todos reunidos, Â¿quÃ© os parece si empezamos la lecciÃ³n de hoy? â€”preguntÃ©, intentando desviarnos del tema.

â€” Â¿En quÃ© consistirÃ¡ la clase de hoy?â€”preguntÃ³ Patapez con ademÃ¡n nerviosoâ€”. Â¿Analizaremos nuevas formas de tranquilizar a los dragones? Â¿O quizÃ¡s estudiaremos los diferentes aspectos de nivel que tienen los nuestros? Estoy seguro de que en resistencia, la mejor eres tÃº, chicaâ€”dijo Patapez, acariciÃ¡ndole el mentÃ³n a Barrilete, la cual gruÃ±Ã³ feliz.

Como le sucedÃ-a siempre que se emocionaba con algo, empezÃ³ a hablar cada vez mÃ¡s deprisa, hasta el punto en que tenÃ-a que hacer un verdadero esfuerzo para captarlo todo. EscuchÃ© a Astrid carraspear a mi lado. Observaba fijamente a Patapez con la ceja enarcada. El enorme y bonachÃ³n vikingo enmudeciÃ³ al instante.

â€”Pues el plan de hoy serÃ¡ una sesiÃ³n dobleâ€”continuÃ©, agradeciendo internamente que el arrebato de Patapez habÃ-a cesadoâ€”. Me gustarÃ-a que Dana viera, un poco resumido, lo que hacemos aquÃ-. Por ello, la primera parte consistirÃ¡ en entrenamiento de combate, y la segunda, con nuestros dragones. AsÃ- que, Astrid, te dejo al mando.

La rubia vikinga no necesitÃ³ mÃ¡s. Ante la divertida mirada de Dana nos hizo tragar tierra a todos como nunca en nuestras vidas. CuÃ¡nto peores eran mis golpes, mÃ¡s fuerte era la risa de Dana. La muy malvada ni siquiera se contenÃ-a, al igual que el dragÃ³n traidor de Desdentao, que se mofaba de mÃ- junto con ella.

SegÃºn avanzaba el tiempo, me fui dando cuenta de un factor muy interesante. Mocoso se estaba tomando el tema muy en serio. Y no me refiero a que en las otras clases no practicara como es debido, sino que habÃ-a algo diferente en Ã©l. Por regla general, cada vez que triunfaba en algo, se elogiaba a sÃ- mismo durante un buen rato, y si Astrid estaba presente, filtreaba con ella a la menor oportunidad. Sin embargo, en esta ocasiÃ³n, nada mÃ¡s terminar un reto, se sumergÃ-a rÃ¡pidamente en otro. Chusco no pudo disimular la sorpresa cuando lo ayudÃ³ a levantarse del suelo despuÃ©s de derribarlo en el combate cuerpo a cuerpo.

CrucÃ© miradas con Astrid y Patapez. Mientras que este Ãºltimo se mostraba perplejo, la joven vikinga tenÃ-a un brillo especial en los ojos. No pude distinguir el porquÃ©. No pude evitar fruncir el ceÃ±o ante el incÃ³modo dolor que me atenazÃ³ el pecho. TratÃ© de mover los hombros, para aligerar la tensiÃ³n, pero no mejorÃ³ nada.

Me dirigÃ-, incÃ³modo, hacia la banca improvisada en la que estaba Dana y me sentÃ© a su lado.

â€”Â¿QuÃ© te estÃ¡ pareciendo nuestro desempeÃ±o en la Academia?â€”preguntÃ© nada mÃ¡s acomodarme en mi asiento.

â€”Bastante divertido. Nunca creÃ- que fueras tan mal luchadorâ€”La Ãºltima palabra se cortÃ³ gracias a la risa. Era fresca y sincera. Probablemente por eso no podÃ-a sentir ni un Ã¡pice de enojo.

â€”Astrid es la mejor guerrera de todo Mema. HarÃ-a falta un ejÃ©rcito entero para vencerla.

â€” Â¿Y tu primo? â€”cuestionÃ³, divertida.

â€”Ya de por si me supera en fuerza, con creces.

â€”Eso es obvioâ€”afirmÃ³ ella.

â€”Peroâ€”continuÃ©â€”, tambiÃ©n tiene tÃ©cnica. Aunque, en mi opiniÃ³n, muchas veces abusa demasiado de su fuerza, sabe cÃ³mo moverse para aprovecharla.

â€”Me lo habÃ-as definido como un egÃ³latra, pero no me ha dado esa impresiÃ³n.

â€”Eso es porque se estÃ¡ comportando inusitadamente serio y modesto. Por lo menos, para ser Mocoso.

â€”Â¿Y eso? â€”preguntÃ³, poniendo especial atenciÃ³n al nuevo combate que reciÃ©n comenzaba.

Astrid y Mocoso se situaron frente a frente. Cuando Patapez dio el aviso, comenzÃ³ la pelea.

â€”Pues, no lo sÃ©. Solo puedo hacer suposiciones.

â€”Â¿Y cuÃ¡les son? â€”interrogÃ³, sin desviar la vista de los combatientes.

â€”Bueno, creo que hay algo que ha llamado su atenciÃ³n. Puede que quiera causar una buena impresiÃ³nâ€”contestÃ©, manteniendo el tono jovial, retÃ¡ndole importancia al asunto.

Pese a mi expresiÃ³n desinteresada, analicÃ© su reacciÃ³n con interÃ©s, observÃ¡ndola de soslayo. No me contestÃ³, pero una diminuta sonrisa, la cual habÃa intentado retener sin Ã©xito, invadiÃ³ sus labios. Bien podÃa estar sonriendo por la forma tan rotunda en la que Mocoso habÃa caÃdo al suelo gracias a una experta llave marca Hofferson o, quizÃ¡s, mis palabras le habÃan provocado una satisfacciÃ³n que ni siquiera sabÃa que existÃa.

* * *

><p><strong>Astrid POV<strong>

HabÃa que admitir que el dÃa habÃa resultado mÃ¡s ajetreado de lo esperado. En un primer momento imaginÃ© que harÃamos un entrenamiento breve para poder enseÃ±arle a Dana todo Mema y sus alrededores. Pero, como no, Hipo decidiÃ³ hacer todo lo contrario a mis elucubraciones.

Tuvimos un entrenamiento intenso, uno doble ni mÃ¡s ni menos, en el que conseguÃ que Hipo reconociera que necesitÃ¡bamos lecciones de lucha en la Academia de forma obligatoria. Me lo confirmÃ³ con un suspiro resignado que me arrebatÃ³ una sonrisa. DespuÃ©s de eso, realizamos una sesiÃ³n de rastreo dragonil. Con la ayuda de los Terrores Terribles, Hipo escondiÃ³ una serie de objetos en una pequeÃ±a isla cercana, la cual destacaba por su densidad forestal y la cantidad de leÃ±adores que vivÃan ahÃ. No sabÃamos que objetos eran ni a quienes pertenecÃan. AhÃ estaba la dificultad de la clase. TenÃamos que guiar a nuestros dragones, esperando que hallaran un rastro sospechoso, y estar lo suficientemente sincronizados con ellos para captar sus cambios.

Hipo y Dana, a lomos de Desdentao, ejercieron de jueces mientras los demÃ¡s realizÃ¡bamos la bÃºsqueda. Al final, Ãºnicamente Patapez y yo encontramos algo: una bota vieja y una jarra de hidromiel. Mocoso acabÃ³ lleno de babas de Garfios y los gemelos casi incendian media isla en una de sus geniales ideas.

TenÃamos demasiada hambre para volver a Mema, asÃ que decidimos encender una fogata y asar unos cuantos pescados para comer. Ya empezaban a desprender un agradable olor a pez asado cuando vimos a nuestros dragones juguetear de un lado a otro de la playa.

â€”Â¿Siempre son asÃ? â€”preguntÃ³ Dana mientras Hipo le tendÃa uno de los peces.

â€”Â¿Ellos? â€”cuestionÃ³ a su vez Mocoso haciendo una seÃ±a a los dragonesâ€”. La mayor parte del tiempo.

â€”Les encanta juguetear a la menor oportunidad. Sobre todo a VÃ³mito y Eructo, aunque muchas veces tienden a ser... â€”comentÃ³ Patapez,

haciendo una pausa en busca de la palabra correctaâ€” problemÃ¡ticos.

â€”Â¡Oye! Â¿Y eso a quÃ© viene? â€”inquiriÃ³ Chusco, cruzÃ¡ndose de brazos.

â€”A que han aprendido estupendamente de sus jinetes. Por eso disfrutan explotando cosas cada dos por tres.

â€”Nos halagas demasiado â€”contestÃ³ Brusca, riÃ©ndose.

Los demÃ¡s enarcamos una ceja, decidiendo cÃ³mo debÃ-amos tomarnos su reacciÃ³n, pero terminamos confinÃ¡ndola en el incÃ³gnito espacio que tenÃ-amos para sus comportamientos y pasamos del tema.

â€”Y, Â¿cÃ³mo decidÃ-s las lecciones de la Academia? â€”preguntÃ³ Dana, tratando de buscar otro tema de conversaciÃ³n.

â€”Por regla general, los decide Hipo â€”respondiÃ³ Mocoso, seÃ±alÃ¡ndole con la cabeza.

Ya habÃ-a perdido la cuenta de las veces que me habÃ-a sorprendido ese nuevo Mocoso, mÃ¡s modesto y tranquilo. Esta habrÃ-a sido la oportunidad ideal para uno de sus tÃ-picos comentarios petulantes. Sin embargo... Por la expresiÃ³n perpleja de Hipo, Ã©l estaba igual.

â€”Al principio les enseÃ±Ã© los conceptos bÃ¡sicos que todo jinete debe conocer. Ahora intento centrarles en temas especÃ-ficos del desarrollo de los dragones y mÃ©todos para que un jinete y su dragÃ³n se sincronicen. Investigamos a los diferentes tipos de dragones. TambiÃ©n organizo las clases segÃºn las dudas de los chicos.

â€”Â¿Y las lecciones de combate? â€”cuestionÃ³ Dana, sumida en la conversaciÃ³n.

Hipo suspirÃ³, resignado, asÃ- que, divertida, tomÃ© la palabra.

â€”No hemos tenido muchas. Hipo mantenÃ-a que, despuÃ©s de todos estos aÃ±os viviendo el estilo de vida vikingo, debÃ-amos dedicar todo el tiempo posible a aprender sobre los dragones. De esa forma garantizarÃ-amos la alianza pacÃ-fica. La primera parte de la clase de hoy fue porque, por fin, me habÃ-a concedido la oportunidad de dar una clase solo para los jinetes, pero se puso enfermo y no la realizamos.

Vi como Hipo se sonrojaba al darse cuenta de que habÃ-a sido pillado. En ocasiones era demasiado previsible.

â€”B-bueno â€”comenzÃ³ a decir, tartamudeando ligeramenteâ€”, ya he admitido mi error. Ya mÃ¡s tarde organizaremos mejor el horario.

â€”No creas que lo olvidarÃ© â€”asegurÃ© sin perder la sonrisa.

â€”Yo tambiÃ©n creo que deberÃ-ais incorporar las enseÃ±anzas de combate en vuestras rutinas. Porque, salvo Astrid y Mocoso, los demÃ¡s estÃ¡is un poco flojos â€”comentÃ³ Dana, tratando de decirlo

con tacto.

â€”Â¿Crees que soy bueno? â€”preguntÃ³ Mocoso, intrigado.

â€”SÃ-, eres bastante bueno en la lucha cuerpo a cuerpo. No solo cultivas tu cuerpo, sino que sabes cÃ³mo utilizarlo, sabes cÃ³mo moverte. Y tienes buenos reflejos.

En ese momento, jurarÃ-a que la sonrisa de PatÃ¡n Mocoso estarÃ-a grabada en su cara para siempre. TambiÃ©n dirÃ-a que escuchÃ© a Hipo reÃ-rse para sÃ-, pero los gruÃ±idos amistosos de los dragones ocultaron el sonido.

â€”Por cierto, Â¿cÃ³mo estÃ¡n los chicos? â€”cuestionÃ³ Hipo mientras se levantaba en busca de su morral, el cual estaba junto a todas nuestras cosas, en un cÃºmulo de rocas a un par de metros de nosotros.

â€”Bastante bien, haciendo el idiota, como siempre â€”respondiÃ³, restÃ¡ndole importanciaâ€”. Â¡Hipo, detente un momento!

El pecoso vikingo se encontraba de espaldas, con el morral en la mano, cuando Dana gritÃ³. Con los pies aÃºn plantados en el sitio, se virÃ³ para verle la cara. Sus ojos brillaban, alerta.

â€”Un pensamiento acaba de inundar mi mente â€”informÃ³ Dana con la voz un poco mÃ¡s grave, mÃ¡s seria de lo normalâ€”. Â¿PodrÃ-as dar un par de pasos al frente, por favor?

Hipo, totalmente perplejo y en tensiÃ³n, hizo lo que le pidiÃ³. DespuÃ©s de caminar un par de metros se volviÃ³ en nuestra direcciÃ³n.

â€”Â¿QuÃ© ocurre? â€”interrogÃ³ el vikingo con seriedad.

â€”De repente, mi imaginaciÃ³n comparÃ³ la forma de tu trasero con la de una manzana â€”respondiÃ³ en el mismo tono.

No tardamos ni tres segundos en estallar en carcajadas. Todos salvo Hipo, claro, que estaba pÃ¡lido de la tensiÃ³n previa y totalmente desubicado.

â€”Â¿CÃ³mo has dicho? â€”indagÃ³ Hipo, desconcertado.

â€”SÃ-, que resulta que bastÃ³ que te levantaras y comenzaras a caminar para que mi imaginaciÃ³n se pusiera en marcha. Resultado: Asociarte con una manzana.

â€”No sÃ©... Si tuviÃ©ramos que comparar yo le encontrarÃ-a mÃ¡s parecido a un melocotÃ³n.

Nada mÃ¡s decir esas palabras, todo el mundo se volviÃ³ en mi direcciÃ³n. Sus expresiones eran bastante variadas, pero bÃ¡sicamente iban de la perplejidad a la diversiÃ³n. Mientras, la mÃ-a la mantenÃ-a serena, como si acabara de hacer un comentario sobre el clima. Aunque por dentro estaba deseando con todas mis fuerzas una roca bajo la que esconderme hasta que el bochorno pasara y, sobre todo, rogÃ¡ndole a los dioses que mis mejillas no se sonrojaran.

â€”Bueno, solo hay una forma de averiguarlo â€”admitiÃ³ Brusca con voz traviesa.

Fue terminar de decir esa frase cuando se escuchÃ³ un fuerte chasquido. Lo siguiente que llamÃ³ la atenciÃ³n del grupo fue la expresiÃ³n atÃ³nita y cada vez mÃ¡s pÃ¡lida de Hipo y la pÃ-cara de Brusca.

â€”Â¿Me acabas de cachetear el culo? â€”interrogÃ³, casi sin habla. Como sucedÃ-a siempre que las emociones le embargaban, el tono de su voz cambiÃ³ varias veces, provocando que desafinara.

â€”MÃ¡s bien te agarrÃ© â€”respondiÃ³, levantando la mano derecha en el aire, la cual mantenÃ-a en una posiciÃ³n arqueada, como si estuviera sosteniendo algoâ€”. TenÃ-a que quedarme con la forma. Por cierto, Astrid tenÃ-a razÃ³n.

El grupo estallÃ³ nuevamente en carcajadas. Aumentaban su fuerza segÃºn el rostro de Hipo enrojecÃ-a. LlegÃ³ a un punto en que creÃ- que las pecas le desaparecerÃ-an por combustiÃ³n.

Aunque parte de mÃ- estaba encantada de verle asÃ-, adorable y tierno, seguÃ-a teniendo una lucha interna. No podÃ-a evitar envidiar a la gemela Thorton, me gustara o no.

7. CapÃ-tulo 7

CapÃ-tulo 7

Hipo POV

La noche no tardÃ³ en alcanzarnos. Cuando los Ã¡nimos se tranquilizaron, decidimos apagar la fogata y volver a Mema.

Ni el viento helado lograba eliminar el fÃ©rreo sonrojo que parecÃ-a haberse tatuado en mis mejillas. Cuando el resto se percataba, soltaba sendas risitas. Dana se carcajeaba, sin ningÃºn tapujo. Siempre se las apaÃ±aba para hacer alguna de las suyas. Probablemente desembocado por su personalidad espontÃ¡nea y sincera; siempre decÃ-a todo lo que se le pasaba por la mente, sin pensar en ningÃºn momento en contener su lengua. Pero, gracias a su encanto risueÃ±o, era imposible enfadarse con ella. TambiÃ©n era verdad que, de entre todas las personas, conmigo era con quien delimitaba menos las barreras. QuizÃ¡s porque nos conocimos en las circunstancias que fueron, porque yo tambiÃ©n me sincerÃ© con ella hasta lÃ-mites insospechados o porque Ã©ramos demasiado parecidos para no saber lo que pasaba por la mente del otro con solo un vistazo.

El hecho de estar en un entorno nuevo, con gente agradable que la hacÃ-a reÃ-r sin dificultad, apoyaba ese carÃ¡cter festivo de su personalidad. ConocÃ-a la sensaciÃ³n. Cuando Dana habÃ-a comenzado a recuperarse lo suficiente como para salir a la calle, trabÃ³ algunas amistades que no dudÃ³ en presentarme cuando tuvo ocasiÃ³n. Al igual que yo habÃ-a hecho con los jinetes, me habÃ-a descrito a sus amigos en sus cartas, de forma que me sentÃ- como en casa cuando los conocÃ-. Sobre todo porque no me juzgaban, cosa a la que no estaba acostumbrado. A partir de ese momento hicimos incontables locuras. Aunque yo fui vÃ-ctima de muchas bromas como las de ese dÃ-a, el resto tambiÃ©n habÃ-a corrido la misma suerte, Dana incluida.

Como un pensamiento inconsciente, reconocÃ- Mema a escasa distancia y el abrazo de Dana en mi cintura, la cual observaba maravillada a los dragones acuÃ¡ticos que estaban varios metros bajo nosotros. Las crÃ-as de los escaldones jugueteaban entre las olas. Mi mente estaba centrada en los recuerdos y en cÃ³mo, poco a poco, el enojo producido por la vergÃ¼enza iba desapareciendo de mi sistema, aunque el sonrojo se negaba a irse.

Pocos minutos despuÃ©s, ya podÃ-amos ver las casas vikingas a nuestros pies, las cuales aÃºn olÃ-an a madera reciÃ©n cortada, y nos despedimos en el aire, marchando cada uno por su propio camino.

Antes de aterrizar, ya sabÃ-a que mi padre no habÃ-a llegado aÃºn. Las ventanas permanecÃ-an firmemente cerradas y no habÃ-a ni el mÃ¡s mÃ-nimo aroma en el aire de la lumbre prendida. Mi padre esperarÃ-a a que yo llegara para cocinar, ya que era una tarea que habÃ-a acabado desarrollando a lo largo de los aÃ±os sin que ninguno de los dos nos diÃ©ramos cuenta; pero no estarÃ-a en la cabaÃ±a sin preparar el fuego para que calentara el ambiente, previniendo el frÃ-o nocturno.

Entramos, encontrÃ¡ndonos, como me esperaba, la casa vacÃ-a y a oscuras. Mi padre seguÃ-a peleando con el nuevo problema en los bosques, el cual estaba envejeciendo a pasos agigantados, sin razÃ³n conocida, convirtiendo los Ã¡rboles en elementos vacÃ-os y endebles. HabÃ-an acabado llevando a la chaman, esperando encontrar alguna soluciÃ³n. Probablemente no llegarÃ-a hasta tarde.

Le hice un gesto a Desdentao, palmeÃ¡ndole cariÃ±osamente el lomo, y Ã©l encendiÃ³ el fuego. Estaba sorprendido de no escuchar la voz de Dana tras de mÃ-, haciendo un resumen de sus experiencias del dÃ-a, pero al darme la vuelta me la encontrÃ© aÃºn sentada a horcajadas sobre Desdentao, en una posiciÃ³n desmadejada y precaria, con los ojos prÃ¡cticamente cerrados. Con una sonrisa enternecida, la tomÃ© en brazos y subÃ- a mi habitaciÃ³n. La dejÃ© en su cama y la arropÃ©, antes de irme nuevamente al salÃ³n, donde Desdentao me esperaba.

CogÃ- la cesta que tenÃ-a sus pescados para la cena y se la abrÃ-, ante la que se lanzÃ³. RiÃ©ndome ante su desespero, fui en busca de una docena de pescados y los puse sobre la encimera. CogÃ- el pesado caldero y fui fuera, para llenarlo de los tÃ©mpanos de hielo que asomaban por nuestro tejado. Lo dejÃ© al fuego, esperando a que se derritiera y empecÃ© a abrir los pescados, eliminando las espinas, las escamas y los intestinos. Mi padre defendÃ-a que habÃ-a que aprovechar todos los nutrientes del pescado, incluyendo las espinas. Pero dudaba que Dana fuera capaz de comer algo asÃ-, con lo remilgada que podÃ-a ser en las comidas, y yo, francamente, tampoco le encontraba mucho atractivo.

Estuve un rato limpiÃ¡ndolo, hasta que escuchÃ© el agua hervir. AÃ±adÃ- el pescado, cortado en grandes rodajas, junto a algunas hierbas y verduras picadas. Desdentao, ese dragÃ³n glotÃ³n, devorÃ³ las sobras del pescado mientras yo me lavaba las manos en la nieve.

Removiendo de vez en cuando el caldo, me sentÃ© en la mesa del comedor y empecÃ© a dibujar algunas ideas nacidas en mi mente, casi

por azar. Por ejemplo, mejoras para el pedal de mandos de la silla de Desdentao o herramientas de sujeciÃ³n para la herrerÃ-a, que redujeran el peligro de perder una mano al arreglar un hacha.

La cena llevaba media hora al fuego cuando la puerta de mi habitaciÃ³n chirriÃ³, mostrando que se habÃ-a abierto. Los ligeros pasos de Dana se escucharon por la escalera. BajÃ³ frotÃ¡ndose los ojos y se sentÃ³ en el asiento de enfrente como una autÃ³mata.

â€•Â¿QuÃ© es eso que huele tan bien? â€•preguntÃ³ en un susurro, todavÃ-a adormilada.

â€•Te sigues dejando guiar por el estÃ³mago â€•aseverÃ©, divertidoâ€•. Es un caldo de pescado.

â€•Lo has hecho tÃº, Â¿verdad? â€•cuestionÃ³, inspirando hondo, aunque parecÃ-a mÃ¡s una afirmaciÃ³n.

â€•Me temo que Desdentao lo tendrÃ-a complicado â€•contestÃ©, con una sonrisaâ€•. A no ser que te gusten las tripas de pescado devueltas.

Como si hubiera recibido un jarro de agua frÃ-a, Dana abriÃ³ los ojos de par en par, aunque no tardÃ³ en entrecerrarlos con un rictus amargo.

â€•Puaj... Â¿HacÃ-a falta que me proporcionaras esa imagen? â€•inquiriÃ³, con voz pastosa debido al desagradoâ€•. Ahora la cena me va a saber Ã¡cida.

No le contestÃ©, solo me reÃ-, mientras Desdentao nos observaba curioso. IntentÃ³ acariciarme la palma de la mano con su frente, asÃ- que le devolvÃ- el gesto. Cuando sentÃ- el movimiento de sus mÃºsculos bajo mi mano, mirÃ© en direcciÃ³n a la puerta. Solo pasaron un par de minutos hasta que la puerta principal se abriÃ³. Mi padre entrÃ³ y cerrÃ³ la puerta tras de sÃ-. TenÃ-a en el rostro seÃ±ales de cansancio y los hombros hundidos debido al esfuerzo.

â€•Un dÃ-a duro, Â¿eh? â€•le dije a modo de saludo.

â€•Bienvenido â€•lo saludÃ³ Dana con una sonrisa amistosa.

â€•Buenas noches chicos â€•respondiÃ³ con voz rasposa, por lo que supe que estaba en lo ciertoâ€•. Los bosques del norte nos estÃ¡n dando problemas, pero Gothi ya estÃ¡ preparando un remedio para salvarlos, asÃ- que no deberÃ-amos tardar muchos dÃ-as mÃ¡s en solucionarlo. Lo peor era averiguar de quÃ© se trataba. Una plaga masiva de comeraÃ-ces. Devoran el Ã¡rbol desde el suelo, avanzando por su interior, sin daÃ±ar la corteza.

Con esas palabras, mi padre se acomodÃ³ en el asiento contiguo al mÃ-o, dejando escapar un suspiro de alivio.

â€•Â¿Quieres cenar ya? â€•le preguntÃ© mientras me ponÃ-a en pie, aunque era mera formalidad. Cuando mi padre trabajaba en exceso, comÃ-a el doble de lo normal. Y ese dÃ-a mi padre estaba muy cansado.

Ã‰l simplemente asintiÃ³, olfateando el aire. Dana me ayudÃ³ a servir

los cuencos llenos de sopa. ProcurÃ© que los mayores y sustanciosos pedazos de pescado fueran para mi padre, el cual lucÃ-a aÃºn mayor ante la luz de la lumbre. RepitiÃ³ seis veces antes de darse por satisfecho. No fue nada nuevo. QuiÃ©n me sorprendiÃ³ fue Dana, que con su diminuto cuerpo, repitiÃ³ tres. Cuando la observÃ© incrÃ©dulo al verla acercarse por tercera vez a la olla, hizo un mohÃ-n molesto, aunque pude ver como se sonrojaba ligeramente.

â€•Â¿QuÃ©? â€•inquiriÃ³ irritadaâ€•. Tengo hambre... â€•terminÃ³ de decir, sentÃ¡ndose nuevamente en su asiento y tomando algo de pan de centeno.

â€•Nada, me alegro de que te guste â€•respondÃ- con sinceridad.

â€•Me alegra saber que eres una chica que se alimenta correctamente. Cada vez que Johan me cuenta historias sobre esas muchachas que se matan de hambre solo para aparentar... Sin hablar de esos corsÃ©s â€•expuso mi padre con seriedad, haciendo un gesto de reprobaciÃ³n.

â€•No creo que a las vikingas, con toda la energÃ-a que tienen, se les ocurra una tonterÃ-a asÃ- â€•comentÃ³ Dana, ganÃ¡ndose una mirada de aprobaciÃ³n de mi padreâ€•. Estoy segura de que Astrid se alimenta como es debido.

Me lanzÃ³ una mirada furtiva ante el comentario, aunque mi padre pareciÃ³ no darse cuenta, o hizo caso omiso.

â€•Astrid es una de las muchachas mÃ¡s fuertes e inteligentes que he conocido. Y trabaja mÃ¡s que cualquier vikingo.

â€•Me parece una chica muy prÃ¡ctica. Me pregunto si juzga mÃ¡s la comida por la cantidad que por el sabor.

â€•La mayorÃ-a de los vikingos disfrutamos del sabor de un buen asado o de una jarra de hidromiel, pero no nos ponemos muy remilgosos con ese tema â€•aÃ±adiÃ³ mi padre, dubitativo.

â€•Entonces, supongo que no estarÃ¡ acostumbrada a cocinar, mÃ¡s allÃ¡ de lo imprescindible digo.

Mi padre y yo nos miramos, no tardamos mucho en asentir al unÃ-sono. MÃ¡s allÃ¡ del pollo de Tormenta y los peces asados en la hoguera, nunca la habÃ-a visto hacer nada mÃ¡s allÃ¡.

â€•Entonces, si Hipo y Astrid se casarÃ¡n, Ã©l serÃ-a el cocinero de la familia â€•comentÃ³, como quien no quiere la cosa, con una sonrisa traviesa de oreja a oreja.

Para nuestra sorpresa, fue mi padre el mayor sorprendido, atragantÃ¡ndose con un trago de hidromiel.

â€•Â¿Casarse? â€•preguntÃ³ sorprendido, mirÃ¡ndome.

AutomÃ¡ticamente hice gestos nerviosos con las manos, mientras negaba con mi cabeza.

â€•OlvÃ-dalo, son locuras suyas â€•respondÃ- alterado. La voz me saliÃ³ ligeramente mÃ¡s aguda de lo normal, por lo que mi padre nos

mirÃ³ perspicazâ€•. Y, Â¿por quÃ© me asignas automÃ¡ticamente ese papel? Con quien sea que me case, podemos turnarnos, Â¿sabes?

Dana ampliÃ³ su sonrisa pÃ-cara al apreciar mi penosa manera de cambiar de tema, pero me siguiÃ³ la corriente.

â€•Bueno, quien sea la mujer con la que te cases... â€•remarcÃ³ la frase repetida a propÃ³sito, observÃ¡ndome con humorâ€•. Una vez haya probado tus platos, no va a querer cocinar en su vida. No sÃ© cÃ³mo lo haces, pero consigues que las recetas mÃ¡s insulsas sean alimentos propios del Valhala.

â€•Simplemente investigo, hago pequeÃ±as pruebas. Unas veces sale bien, y otras no. Es cuestiÃ³n de ir probando â€•respondÃ-, rasÃ¡ndome la nuca, avergonzado por el repentino halago.

â€•No te fÃ-es de la humildad de mi hijo, Dana. Puede ser muy torpe, pero en la cocina jamÃ¡s ha causado ningÃºn destrozo ni ha quemado nada. Ni siquiera cuando empezÃ³ â€•refutÃ³ mi padre, dÃ¡ndome unos golpecitos en la espalda.

â€•Vaya, gracias papÃ¡ â€•le contestÃ©, enarcando una ceja y encogiendo los hombros, lo que causÃ³ que reanudaran sus risas.

â€•Â¿Los chicos han probado alguno de tus platos? â€•me preguntÃ³ Dana.

â€•No. Solo BocÃ³n.

â€•Entonces, Â¿por quÃ© no hacemos una cena y los invitamos? Ahora que ya estÃ¡s mejor, puedes estar cerca del fuego sin problemas.

â€•No â€•neguÃ© rotundamente.

â€•Â¿Por quÃ© no?

â€•A ti te puede encantar verme de cocinero, pero las burlas de esos tres van a durar mucho si me llegan a ver en la cocina.

â€•Por esos tres, Â¿te refieres a los gemelos y a Mocoso? â€•preguntÃ³ mi padre.

â€•Exacto.

â€•No creo que haya problema con ellos. Estoy de acuerdo con Dana, deberÃ-as organizarla.

â€•Â¿Quieres que tu hijo se luzca ante la primera generaciÃ³n de jinetes de dragones como un cocinero? â€•interroguÃ©, totalmente anonadado.

â€•Si algo he aprendido de ti es que no hay que juzgar nada por ser diferente. Muchas veces puede sorprendernos.

Con esas palabras, me dio unas palmadas en el hombro en seÃ±al de apoyo y se levantÃ³. DeseÃ¡ndonos buenas noches, se dirigiÃ³ a su habitaciÃ³n.

* * *

><p>Algo moviÃ©ndome el hombro me despertÃ³ en medio de la noche. EntrecerrÃ© los ojos, un poco molesto, esperando encontrarme con Desdentao, pero Ã©l permanecÃ-a profundamente dormido en la gran loza que habÃ-a en mi habitaciÃ³n. QuiÃ©n estaba a mi lado, con la mirada exaltada y violentos temblores era Dana. Me incorporÃ© sobre mis codos para poder verla mejor.<p>

â€•Â¿Puedo dormir contigo? â€•me preguntÃ³ en un susurro. No podÃ-a verla con claridad, pero su voz sonaba angustiada.

En respuesta, levantÃ© las mantas y me hice a un lado. Ella no necesitÃ³ mÃ¡s invitaciÃ³n. Se acomodÃ³ junto a mÃ-, apoyando su cabeza en mi hombro y dejÃ³ que la arropara.

DeberÃ-a haberme sorprendido ante su peticiÃ³n, pero habÃ-a pasado tantas veces que era imposible. Tuvimos tanto miedo cuando Ã©ramos pequeÃ±os... Y la Ãºnica persona que podÃ-a consolarnos Ã©ramos nosotros mismos. Por ello, cuando las pesadillas nos invadÃ-an, nos refugiÃ¡bamos en el otro. En mi caso, mi cuerpo se congelaba ante el terror, asÃ- que no podÃ-a moverme, presa del pÃ¡nico, hasta que se alzaban las primeras luces del alba. En ese momento, me desahogaba contÃ¡ndole mi experiencia a Dana, la cual me escuchaba en silencio y me abrazaba. En el caso de Dana, su remedio era dormir junto a mÃ-. No sÃ© por quÃ©, mi presencia le resultaba tranquilizadora. En cambio, no le era tan fÃ¡cil hablarme de sus pesadillas, probablemente por su propio miedo a admitirlas. No obstante, yo siempre esperaba pacientemente a que estuviera preparada para contÃ¡rmelas. Y sabÃ-a, desde el momento en que la vi desembarcar sola, sin una advertencia previa de su viaje a Mema, que habÃ-a algo que hacÃ-a que sus sueÃ±os fueran intranquilos.

Pero esperarÃ-a. Siempre que me necesitara, esperarÃ-a.

8. CapÃ-tulo 8

CapÃ-tulo 8

Astrid POV

Todo mi cuerpo estaba en absoluto y total shock. Y, por lo visto, no era la Ãºnica. El resto de jinetes parecÃ-an estatuas de la mÃ¡s dura piedra, todos alrededor de la cama de Hipo, totalmente perplejos. Ante nosotros tenÃ-amos una situaciÃ³n inexplicable. Hipo y Dana, durmiendo plÃ¡cidamente juntos. Dana utilizaba el brazo de Hipo como almohada, mientras que Ã©ste la arropaba felizmente, cobijÃ¡ndola y estrechÃ¡ndola contra sÃ-. Chusco fue el primero de todos en reaccionar, probablemente porque era el que menos comprendÃ-a la situaciÃ³n en la que estÃ¡bamos. AgarrÃ³ con una mano la manta que cubrÃ-a a la pareja de tÃ³rtolos y la arrancÃ³ de un tirÃ³n, mostrando sus piernas entrelazadas.

â€•Â¡Hora de despertarse, par de dormilones! â€•soltÃ³, a voz de grito.

Pero ninguno de los dos se inmutÃ³, solo afianzaron un poco mÃ¡s el abrazo. Ante semejante escena, Mocoso parecÃ-a estar a punto de sufrir un ataque. Ni siquiera cuando era lanzado por los aires ni

perseguido por Garfios tenÃ-a semejante semblante. Y yo... PreferÃ-a no imaginarme la cara que tendrÃ-a en ese momento. Me obliguÃ© a esconder cualquier emociÃ³n bajo mi antigua mÃ¡scara de indiferencia, la que siempre me acompaÃ±aba en mi antigua vida. Diez mil ideas, cada una mÃ¡s terrible que la anterior, se cruzaron por mi mente. Lo Ãºnico que querÃ-a era separar a esos dos. Desdentao llegÃ³ justo a tiempo para evitar cualquier incidente, como que lanzara a Hipo por la ventana, y los baÃ±Ã³ de babas de los pies a la cabeza.

â€•Desdentao... â€•murmurÃ³ Hipo, enfurruÃ±ado. Trataba de abrir los ojos, pero al intentar defenderse de los viscosos lametones del Furia Nocturna, no podÃ-a. TratÃ³ de protegerse con los brazos de forma inconscienteâ€•. Desdentao, Desdentao, Â¡para, campeÃ³n!

Desdentao se apartÃ³ y se sentÃ³ sobre sus patas traseras, aunque tenÃ-a un porte inquieto que anunciaba que era capaz de lanzarse en cualquier momento, moviendo las delanteras de forma incesante. Mientras que Hipo empezaba a erguirse, rascÃ¡ndose los ojos, soÃ±oliento, Dana tratÃ³ de tapar la luz con una de sus blanquecinas manos.

â€•Vamos, Dana â€•musitÃ³, desenmaraÃ±ando sus piernas de las de la muchacha y bloqueando un bostezo con el dorso de la manoâ€•. Es hora de levantarse â€•Desdentao le aproximÃ³ su bota con el hocico, en sus ojos brillando su particular mirada impacienteâ€•. Ya voy campeÃ³n.

Cuando se estirÃ³ para exhalar un prolongado bostezo, separÃ³ por fin la mirada del suelo y se cruzÃ³ directamente con la mÃ-a. Se quedÃ³ unos segundos mirÃ¡ndome fijamente, con la nube de la duda baÃ±Ã¡ndole los ojos, hasta que la comprensiÃ³n le alcanzÃ³.

â€•Â¿Pero quÃ© hacÃ©is...? â€•dejÃ³ el resto de la pregunta en el aire. MeciÃ³ a Dana con prisa, obligÃ¡ndola a abrir los ojos.

â€•Â¡DÃ©jame dormir! â€•rumiÃ³, lanzÃ¡ndole una mirada adormilada y furibunda.

â€•Me temo que no se puede, todos estÃ¡n aquÃ- â€•siseÃ³ Hipo, insistiÃ©ndole para que se levantara.

â€•Tampoco hace falta que os preocupÃ©is por nosotros â€•excusÃ³ Chusco, con una risita socarrona.

â€•Podemos esperar a que estÃ©is listos para abandonar el nidito de amor â€•continuÃ³ Brusca, siguiÃ©ndole la broma a su hermano, aunque probablemente ella entendÃ-a mucho mÃ¡s de la situaciÃ³n que el idiota de su gemelo.

Por fin, Dana abriÃ³ los ojos, cruzando miradas con todos. AnalizÃ³ su ropa, que consistÃ-a en un pesado camisÃ³n, que debÃ-a pesar varios kilos y que la cubrÃ-a desde el cuello a las rodillas, y un pantalÃ³n de cuero varias tallas mÃ¡s grande, que debÃ-a haber sido de Hipo. SuspirÃ³ tranquila al relajarse y comenzÃ³ a ponerse las botas como si nada.

â€•Â¿QuÃ© os parece si nos vamos todos abajo? â€•sugiriÃ³ Hipo,

dirigiÃ©ndose a la puerta con una sonrisa que invitaba a seguir sus palabras.

Mientras bajaba las escaleras, no podÃ-a estar mÃ¡s confusa. Obviamente, Hipo se habÃ-a sorprendido al encontrarnos allÃ-, pero nada mÃ¡s. No parecÃ-a causarle ningÃºn remordimiento que lo hubiÃ©ramos pillado in fragganti. Que yo lo hubiera pillado. Verle tan tranquilo, mientras era obvio que Dana se estaba cambiando en su habitaciÃ³n, en la que habÃ-an dormido tan acaramelados, traspasaba los lÃ-mites de lo irritante. Las palabras de Dana comenzaron a parecerme vacÃ-as y sin sentido, y las emociones y sentimientos de Hipo totalmente infranqueables. Nos sentamos en las robustas sillas de madera, esperando.

â€•Hipo, Â¿por quÃ© no te vas a cambiar tÃº tambiÃ©n? â€•preguntÃ³ PatÃ¡n, causando la sorpresa en la mesa. TenÃ-a un deje amargo en la voz.

â€•Lo harÃ© despuÃ©s. Ahora estÃ¡ Dana â€•contestÃ³, totalmente perplejo.

â€•Bueno, ya que estabais durmiendo tan juntitos y felices, no creo que sea un problema, Â¿verdad? â€•insinuÃ³, recargÃ¡ndose contra el respaldo de la silla, pasando un brazo por encima, y observando a Hipo con aires petulantes.

Hipo estaba a punto de responder, pero una voz lo interrumpiÃ³.

â€•Cuidado con lo que dices. No hables de lo que no sabes.

Me sorprendiÃ³ la frialdad tajante de la voz. Dana, en la cima de las escaleras, nos observada crÃ-tica y seria. Nunca imaginÃ© que una chica tan vivaracha y alegre podÃ-a tener tal semblante. ComenzÃ³ a descender las escaleras, sin decir palabra, provocando un tenso silencio. Sus palabras habÃ-an resultado tan cortantes que Mocoso parecÃ-a congelado en el asiento, sin encontrar palabras para responderle. Cuando llegÃ³ al lado de Hipo, que se encontraba ceÃ±udo ante las palabras de Mocoso, se sentÃ³.

â€•No creo tener que daros explicaciones de nada, pero, solo por evitar malentendidos, os dirÃ© algo. Me encontraba muy mal anoche. Hipo, lo Ãºnico que hizo, fue cuidarme. Y esto ha ido pasando desde hace muchos aÃ±os, porque resulta que me enfermo con facilidad. AsÃ- que dejad de imaginaros cosas que no son y de hacer bromas al respecto.

Las palabras de Dana parecÃ-an una sentencia. Lo habÃ-a planteado todo de tal modo que quedaba fuera de lugar preguntarle quÃ© le ocurrÃ-a o si nosotros podÃ-amos hacer algo. Con nuestra reacciÃ³n, habÃ-a delimitado muy bien todo. La traducciÃ³n podÃ-a ser: No os metÃ¡is donde no os importa. MirÃ© a Hipo de soslayo, esperando ver su expresiÃ³n ante la conflictiva situaciÃ³n, sabiendo que el siempre cantaba al son de sÃ- a la paz y no a la guerra. Mostraba un semblante tranquilo, pero muy serio. El mismo que asumÃ-a cada vez que querÃ-a proteger algo con todas sus fuerzas. Una vez mÃ¡s, la similitud entre los dos me dejÃ³ sin aliento.

* * *

><p><strong>Hipo POV<strong>

Astrid y Mocoso estaban dÃ¡ndolo todo en la arena. HacÃ-a tiempo que no veÃ-a el hacha de la vikinga danzar en el aire con tal ferocidad. Y Mocoso no se quedaba atrÃ¡s. JamÃ¡s lo habÃ-a visto pelear tan serio, sin perder de vista su objetivo, sin soltar bravuconadas a cada choque entre metales. Probablemente era un efecto colateral de lo sucedido esa maÃ±ana. ObservÃ© a Dana, que estaba sentada a mi vera, en uno de los asientos de madera que bordeaban el recinto. Las lÃ-neas de su rostro se habÃ-an relajado, miraba el combate con una tranquilidad pasmosa. SabÃ-a perfectamente que, por dentro, tenÃ-a que seguir bullendo, indignada. No le gustaba que la gente interpretara las cosas a su antojo, sin tener siquiera el valor de preguntarle a ella primero. Pero, en esta ocasiÃ³n, el enojo le estaba durando mÃ¡s de lo normal.

â€•Â¿Te encuentras mejor? â€•indaguÃ©, sin necesidad de rodeos.

En respuesta, Dana bufÃ³ y apoyÃ³ su mandÃ-bula en su mano, tratando de seguir con la vista al frente, en lugar de enfrentarse a la mÃ-a.

â€•Sabes que no lo hizo a mal, Â¿verdad? Los celos pueden ser muy poderosos.

â€•No digas bobadas â€•refunfuÃ±o, aunque no pudo evitar que sus mejillas se sonrojaran.

â€•Trata de comprenderlo. TÃº y yo nos conocemos de toda la vida, pero ellos acaban de conocerte a ti. No saben cÃ³mo eres, mucho menos la clase de relaciÃ³n que tenemos. Si lo miras desde fuera, es comprensible que se hayan llevado una impresiÃ³n equivocada. Que han hecho mal en no preguntar, probablemente. Pero no por eso los vas a condenar, Â¿no? TÃº misma me dijiste una vez que todos merecemos una segunda oportunidad.

â€•No uses mis palabras contra mÃ- â€•renegÃ³, aunque esta vez no pudo evitar que una diminuta sonrisa asomara por sus labiosâ€•. De todas formas, Â¿no te irrita? Que ella no haya confiado en ti â€•ClavÃ³ su mirada en mÃ-, esperando mi reacciÃ³n.

SabÃ-a a quÃ© se referÃ-a Â¿DeberÃ-a haberme indignado esa mirada, llena de prejuicios, que me habÃ-a dirigido Astrid?

â€•No tiene por quÃ©. Ella malinterpretÃ³ la situaciÃ³n, al igual que el resto del grupo. No creo que haya nada mÃ¡s en juego para que yo me enoje.

â€•Â¿En serio? â€•inquiriÃ³ Dana, enarcando una cejaâ€•. Â¿Y quÃ© se trate de la chica de la que llevas enamorado toda tu vida no es suficiente?

â€•Lo serÃ-a si fuera reciproco â€•respondÃ- con simpleza.

Dana me mirÃ³, con la boca entreabierta y completamente perpleja durante un minuto entero. Eso sÃ-, cuando reaccionÃ³, me dio un golpe en la nuca que casi me tira del asiento.

â€•Â¡TÃº eres idiota!

9. CapÃtulo 9

CapÃtulo 9

Hipo POV

Me sobÃ© el cuello, adolorido, mientras miraba a Dana con los ojos entrecerrados.

â€”Â¿QuÃ©? â€”cuestionÃ© aturdido.

â€”TÃº. Eres. Idiota â€”repitiÃ³, tomÃ¡ndose su tiempo para pronunciar cada una de las palabras como si fueran frases independientes.

â€”Â¿Por quÃ©? â€”inquirÃ malhumorado.

Dana abriÃ³ la boca para responderme, pero echÃ³ un vistazo a su alrededor. Todos nos estaban observando, estoicos. Incluso Astrid mantenÃa el hacha en alto, sin moverla ni un milÃmetro, pese a su peso; y Mocoso seguÃa en el suelo, con la pierna de la rubia vikinga sobre su pecho, sin hacer amago de apartarla. PareciÃ³ pensarse mejor sus palabras, porque cerrÃ³ la boca e inspirÃ³ hondo.

â€”Â¿De verdad crees que no es... recÃproco? â€”preguntÃ³, sentÃ¡ndose de nuevo a mi lado. HablÃ³ en voz baja. No lo suficiente para considerarse un susurro, pero sÃ para no compartir con todos la conversaciÃ³n.

â€”Obviamente. Todo este tiempo Astrid me ha tratado Ãºnicamente como un amigo.

ClavÃ© la vista en el suelo durante un par de segundos. Al volver a alzarla, me crucÃ© con la mirada preocupada de Astrid. SentÃ un ya conocido hormigueo en el vientre. No tardÃ³ ni un segundo en desviar la vista y forzar a Mocoso a retomar la batalla.

â€”Â¿Por quÃ©?

â€”Â¿Por quÃ© quÃ©?

â€”Â¿Por quÃ© piensas eso?

â€”Â¿El quÃ©?

â€”Â¿En serio vas a seguir evitando la respuesta con este diÃ¡logo de besugos?

Me rasquÃ© la frente al percibir que Dana estaba enfadÃ¡ndose con mis evasivas. Me aparte el fleco de la cara, repentinamente cansado, antes de revelar lo que pasaba por mi mente.

â€”Es cierto que Astrid y yo conocemos la existencia del otro desde que nacimos. Hemos vivido siempre en esta isla. Pero no hemos empezado a conocernos, a entendernos, hasta hace relativamente poco. Solo sÃ© que Astrid, ahora que ha dejado caer su mÃ¡scara de chica dura, estÃ¡ dÃ¡ndose a conocer al mundo tal cuÃ¡l es. QuiÃ©n sabe, quizÃ¡s incluso se estÃ© conociendo a sÃ misma. Por ello, para mÃ es imposible saber lo que estÃ¡ pensando. Si esto hubiera pasado

antes de todo, sus reacciones conmigo me habrÃ-an llevado a ese pensamiento casi seguro. Pero ahora no sÃ© quÃ© pasa por la cabeza de Astrid, no sÃ© lo que siente ni lo que piensa. Y tengo miedo de que mis sentimientos nublen mi juicio y enturbiar sus intenciones con mis deseos.

EscuchÃ© a Dana inspirar hondo. PermaneciÃ³ en un inquebrantable silencio durante varios minutos. Solo se escuchaba el rugido fiero de los metales chocando, como una melodÃ-a de fondo.

â€”Te entiendo â€”soltÃ³ al finâ€”. Â¿Pero no te has parado a pensar que Astrid te trata diferente que al resto? Como la vez que te besÃ³ ante todo el pueblo.

â€”SÃ-, mÃ¡s de una vez. Pero es lo que te decÃ-a antes, no sÃ© cÃ³mo actÃºa Astrid con un amigo y con un novio. No sÃ© encontrar la diferencia porque no conozco su comportamiento en ambas situaciones.

â€”Yo no veo que trate a Chusco ni a Patapez igual que a ti.

â€”Tampoco a Mocoso â€”apuntÃ©, sin perder de vista el fino sonrojo que tildaba sus mejillasâ€”. Creo que es porque me ve como alguien inofensivo. SÃ© lo que es sufrir las crÃ-ticas y las altas expectativas de la sociedad. Aunque yo haya sido un desastre y ella un genio vikingo, ambos hemos estado en una posiciÃ³n bastante similar. Yo, por ser yo mismo, pude escapar de mi jaula. Astrid puede sentirse identificada conmigo y sentirse en armonÃ-a por ello. Sabe que la voy a comprender, que no la voy a juzgar por buscar la forma de romper su propia celda.

â€”Odio debatir contigo â€”rezongÃ³, inflando los mofletesâ€”. Haces que me replantee todo, incluso cuando estoy segura de que Astrid no te ve simplemente como un compaÃ±ero de lÃ¡grimas.

ReÃ-, revolviÃ©ndole el cabello cuidadosamente peinado, deshaciendo ligeramente la trenza que hacÃ-a de diadema.

â€”Â¡Quieto! â€”exclamÃ³, intentando bloquear mis manos.

SeguÃ- carcajeÃ¡ndome ante mi pequeÃ±a venganza mientras ella me observaba disgustada.

* * *

><p><strong><span>Astrid POV<span>**

DespuÃ©s del entrenamiento de combate, Hipo mando a todo el mundo en busca de herramientas y alimentos para una actividad de supervivencia. PasarÃ-amos la noche fuera.

Mientras volaba a lomos de Tormenta, podÃ-a ver las siluetas de Hipo y Dana montados sobre Desdentao. SabÃ-a que me estaba quebrando la cabeza sin motivo, que lo mÃ¡s sensato serÃ-a hablar con Hipo para aclararlo todo de una vez por todas. Pero era incapaz. Realmente, tenÃ-a miedo. La relaciÃ³n de ambos era tan cercana, que temÃ-a quedarme en un segundo plano. Odiaba con todas mis fuerzas esa desconocida faceta de mÃ-, pero hasta el momento no habÃ-a tenido nadie tan valioso en mi vida como lo era Hipo. Nadie que me

comprendiera y me aceptara, sin importar como actuara. No podÃ-a permitirme perder eso.

Al observarlos esta tarde, tan sumidos en su burbuja, tan concentrados en su conversaciÃ³n... Me sentÃ- desplazada. Me sentÃ- sola. Me sentÃ- olvidada. DescarguÃ© toda mi furia contra Mocoso. Fue algo gratificante, para variar. Sobre todo porque PatÃ¡n Mocoso estaba tan enfadado como yo. Lo veÃ-a en el brillo de sus ojos, en su frente perlada de sudor y en su rictus serio.

Tormenta se percatÃ³ de mi semblante sombrÃ-o, emitiendo un gorjeo amistoso en mi direcciÃ³n. Le acaricie las escamas traseras de su cuello con afecto, agradeciendo su consuelo.

PasÃ© la tarde trabajando como una autÃ³mata. Recoger leÃ±a y buscar un lugar adecuado para dormir, lo que era bastante difÃ-cil en una isla tan frondosa como la que habÃ-a elegido Hipo. Era imposible ver nada desde el aire, asÃ- que tuvimos que buscar a pie. Ya estaba anocheciendo cuando por fin pudimos sentarnos a descansar.

A Dana se le cerraban los ojos y se veÃ-a ligeramente mÃ¡s pÃ¡lida que de costumbre, asÃ- que Hipo le dio un cuerno lleno de agua fresca y la mandÃ³ a dormir. Aunque Dana se resistiÃ³, Hipo le recordÃ³ que su cuerpo seguÃ-a dÃ©bil, y que no debÃ-a sobresforzarse. Al final, no tardÃ³ ni dos segundos en lograrlo.

Vi por el rabillo del ojo como los gemelos se perdÃ-an por los matorrales, planeando alguna chiquillerÃ-a seguramente. Hipo y Patapez comenzaron a entablar una tranquila conversaciÃ³n sobre dragones acuÃ¡ticos y las posibilidades educativas que podÃ-an plantear mientras Mocoso se sentaba a mi vera.

Disimuladamente, el vikingo intentaba ver el angelical rostro durmiente de Dana. Cuando se dio cuenta de que lo habÃ-a pillado, enrojeciÃ³ ferozmente, aunque tratÃ³ de disimularlo fingiendo que se trataba del calor del fuego.

â€”Â¿CÃ³mo pasÃ³? â€”preguntÃ© abruptamente. La pregunta me sorprendiÃ³ hasta a mÃ-.

â€”Â¿QuÃ©?

â€” Â¿CÃ³mo fue que tÃº...? â€”dejÃ© la pregunta en el aire, lanzando una elocuente mirada en direcciÃ³n a la joven rubia que dormitaba a pocos metros de nosotros.

â€”Â¡Deja de decir locuras!

â€”Â¿En serio, locuras? Â¿No es casualidad entonces que hayas dejado de burlarte de Hipo o de intentar cortejarme desde su llegada?

Mocoso apretÃ³ los labios, molesto y atrapado.

â€”La conoces desde hace un par de dÃ-as, Â¿cÃ³mo...? â€”dejÃ© la frase inconclusa, observando su ceÃ±o fruncido.

â€”No lo sÃ©. Simplemente sucediÃ³ al verla aquel dÃ-a en el muelle â€”Mocoso hacÃ-a varias paradas al hablar, muestra de que estaba avergonzado y que le costaba horrores continuar.

â€”Â¿Solo te gusta por quÃ© es guapa?

â€”Â¡NO! â€”gritÃ³, mirÃ¡ndome de frente, antes de que yo pudiera terminar la pregunta.

Hipo y Patapez nos miraron sorprendidos, pero les hice un gesto tranquilo, en seÃ±al de que estÃ¡bamos en tregua y serenos. Hipo me lanzÃ³ varias miradas preocupadas, pero continuÃ³ su conversaciÃ³n con Patapez.

â€”Entonces, Â¿quÃ© es? â€”interroguÃ© curiosa.

â€”Â¿No vas a dejar el tema correr? â€”gruÃ±o, fastidiado.

Lo contemplÃ©, enarcando una ceja, impertÃ©rrita, esperando que hablara. Finalmente echÃ³ todo el aire de sus pulmones, estregÃ¡ndose la cara con las manos, ahogando una queja. O un insulto, no lo pude escuchar muy bien.

â€”AÃºn no sÃ© muy bien lo que me pasa â€”dijo al finâ€”. Solo sÃ© que, cuando la vi, sÃ-, me atrajo totalmente su fÃ-sico. Me recordÃ³ a una diosa. Pero segÃºn han pasado los dÃ-as, he acabado deseando escuchar su risa, verla sonreÃ-r, escuchar sus chistes o verla sorprenderse por todo.

Me sorprendiÃ³ su discurso. Era sorprendentemente profundo tratÃ¡ndose de Mocoso.

â€”Te has enamorado de ella â€”comentÃ©, como una revelaciÃ³n.

â€”Claro que no â€”mascullÃ³ Ã©l, cruzÃ¡ndose de brazosâ€”. Pero puede, es posible, probable que... me guste.

No pude evitar enternecerme Â¿QuiÃ©n iba a decir que Mocoso era, en realidad, un blandito por dentro?

â€”Pero la que sÃ- estÃ¡ enamorada, eres tÃº â€”concluyÃ³, dejÃ¡ndome totalmente pasmada.

â€”Â¿QuÃ©?

â€”EstÃ¡s enamorada de Hipo â€”no lo dijo con petulancia ni en tono despectivo. Solo como una realidad. SentÃ- como se me calentaban las orejas. Â¿Tan obvia era?

â€”Â¿CÃ³mo has llegado a esa conclusiÃ³n? â€”le pedÃ-. No tenÃ-a sentido negarse y alzar las defensas cuando Ã©l las habÃ-a bajado conmigo.

â€”Solo hace falta mirarte. Te brillan los ojos cada vez que hablas con Ã©l â€”parpadeÃ³ varias veces seguidas, parodiÃ¡ndome, antes de lanzarme una sonrisa socarronaâ€”. Probablemente todos lo sepan, menos Ã©l.

EmpecÃ© a afilar mi hacha, nerviosa. HabÃ-a estado tan ensimismada en mi mundo, que no me habÃ-a percatado de que todos me habÃ-an descubierto. Las averiguaciones de Dana me habÃ-an sorprendido, pero supuse que se debÃ-an a su carÃ¡cter perspicaz y que, al estar

siempre junto a Hipo, se habÃ-a percatado de las reacciones que solo surgÃ-an con Ã©l cerca. Pero ahora resultaba que lo sabÃ-a toda la aldea. ApretÃ© los dientes para contener un gemido de frustraciÃ³n.

â€”Â¿TambiÃ©n te sientes incÃ³moda? â€”planteÃ³ de repente.

â€”Â¿Por?

â€”Por lo que tienen.

ParÃ© el movimiento de mi mano sobre el arma, replanteÃ¡ndome quÃ© debÃ-a contestar.

â€”Realmente no me molesta su relaciÃ³n. Lo que me incomoda es no saber cÃ³mo se definen a ellos mismos, quÃ© tanto abarca. Si tuviera alguna prueba, algo contundente que me demostrara que no son mÃ¡s que amigos, que no se ven como nada mÃ¡s que amigos... Entonces podrÃ-a olvidar todas las preocupaciones.

â€”Me siento igual â€”admitiÃ³ con una serenidad nada propia del Mocoso que yo conocÃ-a.

Ante la hilarante situaciÃ³n, no pude evitar reÃ-rme.

â€”Â¿QuÃ©? â€”preguntÃ³ irritado.

â€”Nunca creÃ- que tÃº y yo podrÃ-amos mantener una conversaciÃ³n normal.

â€”No por mi culpa. Eres tÃº la que va lanzando hachas a diestro y siniestro â€”defendiÃ³, encogiÃ©ndose de hombros, recuperando su habitual sonrisa ladina.

â€”Si no dijeras lo que no debes, no te pasarÃ-a nada â€”respondÃ- a su bromaâ€”. Pero, en serio, me cae mejor este Mocoso.

â€”No es como si...

Mocoso dejÃ³ la frase a la mitad, pero no porque quisiera, sino porque un atronador grito nos asustÃ³. Imaginamos que habÃ-a sido resultado de la Ãºltima broma planeada por los gemelos, pero nos sorprendimos al ver a Dana con la frente perlada por el sudor, la respiraciÃ³n agitada y los ojos abiertos de par en par. Ni siquiera parecÃ-a consiente de saber dÃ³nde estaba. TenÃ-a la neblina de la confusiÃ³n baÃ±Ã¡ndole la mirada.

Antes de ser capaces de mover un solo mÃºsculo, se escuchÃ³ una voz cantar.

Shizuke kimori no ue kagayakeru hoshi hitotsu

(Encima de un tranquilo bosque una estrella solitaria brilla)

Siguiendo el sonido, nos encontramos con Hipo. TenÃ-a una rodilla hincada en el suelo y los brazos extendidos en direcciÃ³n a Dana.

Ai no uta kanaderu makiba no kaze yasashiku

(Canta una canciÃ³n de amor, el viento sopla sobre la hierba)

Dana aÃºn parecÃ-a estar mÃ¡s en el mundo de los sueÃ±os que despierta, pero gateÃ³, siguiendo el sonido de la nana de Hipo.

Kotori mo koyagi mo haha ni idakare

(Dame la mano mi dulce amor,que yo no te dejarÃ©)

Se acercÃ³ a Ã©l, cobijÃ¡ndose en su abrazo, temblorosa.

Yume nite asobu no ha hana hiraku kaguwashiki niwa um

(Iremos juntos a un bello jardÃ-n donde las rosas siempre crecen)

En ese momento, sentÃ- como todos mis temores se esfumaban de mi cuerpo. AhÃ- estaba mi prueba. La prueba que necesitaba. Hipo arropaba con su abrazo a Dana, palmeÃ¡ndole la espalda con suaves toques y acariciÃ¡ndole el pelo. Nadie abrazaba asÃ- a su enamorada. AsÃ- se abrazaba a una hermana. Ese era el lazo. Esa era la relaciÃ³n que los unÃ-a. Al ver el estrecho abrazo, en el que Hipo intentaba detener con su calor los violentos temblores de la joven, pude entender como habÃ-an acabado asÃ- esta maÃ±ana.

Sugiyuku kyou no hi no hohoemi wo tenohira ni

(El sol se oculta ahora aquÃ-, pero mi sonrisa aÃºn perdida)

CrucÃ© una mirada con Mocoso y estuve a punto de romper a reÃ-r. Su cara de alivio era tal... Aunque, por su risa contenida, yo tenÃ-a que mostrar una expresiÃ³n bastante similar.

Oyasumi oyasumi kono te ni itoshigo yo

(Buenas noches, buenas noches mi dulce amor, que yo no me irÃ©)

Escuchamos durante mucho tiempo la nana, procedente de un idioma que no entendÃ-amos, pero que nos llenaba igualmente de calma. Incluso los gemelos, tan revoltosos como ellos eran, volvieron al campamento y se sentaron, disfrutando de la voz de Hipo.

10. CapÃ-tulo 10

CapÃ-tulo 10

Hipo POV

DejÃ© que mi voz inundara el aire nocturno durante mucho tiempo. Mi Ãºnica preocupaciÃ³n era el siniestro terror que parecÃ-a dominar cada noche con mÃ¡s fuerza el corazÃ³n de Dana. PalmeÃ© su espalda y peinÃ© su cabello con suavidad, esperando relajarla, detener los

dolorosos temblores. Aun asÃ-, mi camisa estaba seca. La fuerte y persistente Dana, aÃºn en estado de shock por sus pesadillas, se negaba a verter una sola lÃ¡grima.

SentÃ-a las miradas de los jinetes sobre nosotros. Su preocupaciÃ³n era patente, como una tenue, pero constante vibraciÃ³n en el aire. Murmuraban entre sÃ-, quedamente, quizÃ¡s temiendo romper la reciente e inestable calma que estaba inundando el cuerpo de Dana con cada inspiraciÃ³n, cada nota de la nana. No me gustaba nada verla esconderse nuevamente en su caparazÃ³n, forzÃ¡ndose a sÃ- misma a mostrar una sonrisa tranquila y feliz. No obstante, sabÃ-a que no podÃ-a forzarla. Cuando quisiera hablar de sus problemas, de esas inquietudes que la estaban aguijoneando por dentro, lo harÃ-a. Solo quedaba esperar y mantenerse cerca, lo suficiente para que ella supiera que serÃ-a su tabla de salvamento si lo necesitaba. Sin embargo, el resto del grupo no la conocÃ-a tan bien como yo. Su reacciÃ³n ante las pesadillas de Dana podÃ-a ser muy diferente a la mÃ-a.

AlcÃ© la vista, topÃ¡ndome con la mirada fija de Mocoso. Me sorprendiÃ³ la seriedad de su mirada. En general, desde la llegada de Dana, su actitud me habÃ-a dejado sin palabras. Pese a que Mocoso seguÃ-a siendo, en fin, Mocoso, se estaba esforzando por mostrar una nueva faceta de Ã©l, afable y guardiana. Aunque, si los sentimientos de Mocoso eran mÃ¡s sinceros de lo que creÃ-a, podÃ-a llegar a comprender semejante cambio. Por Astrid, inconscientemente, yo habÃ-a hecho lo mismo. HabÃ-a cambiado.

Le hice un gesto tranquilizador al vikingo, que asintiÃ³ solemnemente, antes de observar a Astrid. TenÃ-a sus ojos celestes clavados en mÃ-, vagando por mi cuerpo. Estudiaba mis manos sobre la cabeza y el hombro de Dana, los cuales otorgaban un suave masaje apaciguador moviendo reposadamente los dedos, como si estuviera tocando la melodÃ-a en un instrumento de cuerda. Analizaba la forma en que Dana se hundÃ-a en mi pecho, aspirando mi olor, buscando la tranquilidad que el contacto siempre nos aportaba. Examinaba el movimiento de mis pulmones y de mi garganta, siguiendo la danza que otorgaba mi nana. El brillo de sus ojos se fue nublando segÃºn se sumÃ-a en sus pensamientos. Finalmente, cruzÃ³ su mirada con la mÃ-a, despertando de su sopor de golpe. SonreÃ- ladinamente, divertido por su reacciÃ³n, nada habitual. Mi respuesta la sorprendiÃ³ aÃºn mÃ¡s, consiguiendo que abriera los ojos estupefacta y adquiriera un brillante sonrojo en sus mejillas y sus orejas. Al momento, tomÃ³ su hacha y se dispuso a pulirla. BajÃ³ el rostro, fingiendo que centraba toda su atenciÃ³n en el arma entre sus manos. Me mordÃ- el labio forzÃ¡ndome a contener las carcajadas. SabÃ-a que, estando en ese inusual y burbujeante estado, Astrid me lanzarÃ-a su hacha a la mÃ-nima risotada. Aun asÃ-, la sonrisa no me abandonÃ³. Sin darme cuenta, mi voz habÃ-a ido perdiendo su fuerza, hasta quedar en un dÃ©bil susurro prÃ³ximo a su fin.

â€•Ejemâ€¦ â€•carraspeÃ³ una persona frente a mÃ-.

AlcÃ© el rostro, sorprendido. HabÃ-a estado tan absorto en el breve lapsus de Astrid y en mantener un ambiente apacible en torno a Dana, que me habÃ-a pasado desapercibido el movimiento del muchacho que tenÃ-a frente a mÃ-. Mocoso me contemplÃ³, enarcando una ceja, seguramente encontrando hilarante el numerito que habÃ-amos protagonizado Astrid y yo. Sabiamente, probablemente por las mismas razones que yo, no dijo nada. Se acuclillÃ³, esperando estar a la

misma altura que Dana, y le tocÃ³ sutilmente el hombro. Un gesto curioso, proviniendo de una persona que podÃ-a partir troncos con sus manos.

Dana, ya mÃ¡s relajada y en sus cinco sentidos, inspirÃ³ profundamente mi tÃºnica verde, supongo que buscando serenarse del todo, antes de girarse. Ella y Mocoso se miraron fijamente durante un minuto. De repente, Mocoso le tendiÃ³ una pequeÃ±a flor de pÃ©talos amarillos que parecÃ-a aÃºn mÃ¡s diminuta entre sus dedos. Dana lo contemplÃ³, asombrada y curiosa.

â€•Es una risa dorada. Es una planta medicinal. No sÃ© por quÃ©, pero aleja las pesadillas. Mi madre la usaba conmigo cuando era pequeÃ±o.

Sus frases eran cortas y directas. Muy diferentes al estilo bravucÃ³n de Mocoso. SuponÃ-a que estaba demasiado nervioso para atreverse a hacer un gran discurso y meter la pata. Era mejor el estoicismo vikingo. Rememorando mis patÃ©ticas conversaciones histÃ©ricas con Astrid, envidiÃ© su entereza.

â€•Gracias â€•susurrÃ³ Dana con una amable y tierna sonrisa, antes de tomar la flor.

Mocoso asintiÃ³, se enderezÃ³ y volviÃ³ a sentarse junto a Astrid. Temeroso de que la vikinga hubiera estado viendo la escena y me lanzara su hacha como acto reflejo del momento que habÃ-amos vivido minutos antes, dirigÃ- al momento mi mirada a la joven que estaba frente a mÃ-, admirando embelesada la flor entre sus menudos dedos. Cuando saliÃ³ de su ensimismamiento y se percatÃ³ de mi presencia, fijÃ³ sus ojos del color del ocÃ©ano en mÃ-. SonreÃ-a como una niÃ±a pequeÃ±a.

â€•Veo que la risa dorada realmente funciona â€•comentÃ© entretenido.

â€• Â¿A quÃ© te refieres? â€•cuestionÃ³, fingiendo despiste.

â€•A que estÃ¡s sonriendo. Realmente aleja las pesadillas.

â€•Tiene un aroma muy agradable â€•opinÃ³, rozando con la punta de una uÃ±a uno de los delicados pÃ©talos, cuidadosamenteâ€•. Da la impresiÃ³n que te limpia por dentro.

â€•Y yo que creÃ-a que era el perfume de Mocoso el que te habÃ-a puesto tan feliz â€•admitÃ-, socarrÃ³n.

â€• Â¡Hipo! â€•exclamÃ³ abochornada, dÃ¡ndome un golpe en el hombro con la mano libre.

â€• Â¿QuÃ©? Solo digo lo que veo â€•respondÃ-, encogiÃ©ndome de hombrosâ€•. EstÃ¡ realmente preocupado por ti.

â€•SÃ-, bueno, es un buen chico â€•afirmÃ³, intentando quitarle hierro al asunto.

â€•No, no es solo por eso. SÃ© que te dije mucho en mis cartas y en mis visitas a tu isla sobre Ã©l, pero escucharlo de mÃ- es diferente a vivirlo. En serio, el cambio que he visto en Mocoso ha sido colosal. Antes era un bÃ¡rbaro interesado solo en sÃ- mismo y, ahora,

es, no sÃ©, humano. Se comporta como una persona con sentimientos.

â€• Â¿Y estÃ¡s sugiriendo que semejante cambio es por mÃ-? Nos conocemos de hace unos dÃ-as â€•alegÃ³ resuelta.

â€•No, lo que quiero decir es que has sido su llave.

â€• Â¿Su llave? â€•repitiÃ³ confusa.

â€•Es decirâ€¦ â€•empecÃ© a decir, rascÃ¡ndome la cabeza inquieto, buscando las palabras adecuadasâ€•. Le has mostrado el camino correcto.

Dana frunciÃ³ el ceÃ±o, aÃºn mÃ¡s perdida en mi pobre explicaciÃ³n. SuspirÃ© consternado.

â€•Probemos con esto. Sabes lo que significa Astrid para mÃ-, Â¿verdad?

â€•AjÃ¡ â€•afirmÃ³ recelosa, buscando entrever hacia donde iba mi nueva direcciÃ³n.

â€•Bien, enamorarme de Astrid no supuso solo conocerla a ella, tambiÃ©n me conocÃ- a mÃ- mismo. Cosas que habÃ-a negado hasta la saciedad de mÃ-, algunas incluso inconscientemente, estallaron con fuerza cuando me di cuenta de lo especial que era Astrid, de lo que me gustaba realmente. QuizÃ¡s porque me parÃ© a pensar quÃ© podÃ-a hacer para estar cerca de ella, quÃ© tenÃ-a yo que mereciera su compaÃ±Ã-a. Enamorarme de ella supuso, sorprendentemente, un mayor conocimiento y aceptaciÃ³n de mÃ- mismo, de mis virtudes y mis defectos, llevÃ¡ndome a intentar erradicar o cambiar las partes que mÃ¡s odiaba de mÃ- y a potenciar las buenas.

Â»Con todo esto, lo que quiero decir es que estoy seguro de que causaste una impresiÃ³n muy grande en Mocoso. Tan fuerte que todas las dudas y recelos que tenÃ-a escondidos en su mente salieron a la luz. De ahÃ- el cambio en apenas unos dÃ-as. Ã‰l ha decidido enfrentarlos y por eso esta metamorfosis.

Dana centrÃ³ toda su atenciÃ³n en la risa dorada que tenÃ-a entre sus manos, haciÃ©ndola bailar para apreciar el brillo cÃ¡lido de sus pÃ©talos. La dejÃ© sumirse en sus pensamientos, rumiando todo un nuevo abanico de posibilidades que se abrÃ-a ante sÃ-.

Me percatÃ© de cÃ³mo, al haber superado la situaciÃ³n de crisis, la animosidad del grupo parecÃ-a haber vuelto. Los gemelos habÃ-an desaparecido nuevamente, tejiendo sus planes malvados, sin duda alguna; Patapez parecÃ-a profundamente sumido en su libro, leyendo con avidez cada palabra y pasando las pÃ¡ginas con rapidez y animosidad; Mocoso y Astrid hablaban calmadamente entre sÃ- mientras la joven continuaba afilando su hacha y PatÃ¡n hacÃ-a lo mismo con su navaja. Los dragones estaban pacÃ-ficamente recostados en sus nidos improvisados. AdmirÃ© la agradable tranquilidad, gustoso.

â€•Â¿De verdad lo crees? â€•cuestionÃ³ Dana sÃºbitamente.

â€•Â¿El quÃ©? â€•dudÃ©.

â€•Â¿De verdad crees que le gusto? â€•musitÃ³, mirÃ¡ndome a travÃ©s

de sus pestaÃ±as, vacilante.

â€•La pregunta que te tienes que hacer antes es otra. Â¿Realmente te gusta?

Dana meditÃ³ sobre el asunto durante un minuto.

â€•SÃ â€•afirmÃ³, con una serenidad y una melancolÃa que me asombrÃ³ y me angustiÃ³.

11. CapÃtulo 11

CapÃtulo 11

Astrid POV

La noche anterior habÃa pulido tanto mi hacha que solo rozarla cortaba. Aunque no era de extraÃ±ar. Desde que me la habÃan regalado, se habÃa convertido en mi mÃ©todo predilecto para controlar las emociones desbordantes, tanto las buenas como las malas. Y la noche anterior habÃa estado plagada de emociones, definitivamente. Angustia, asombro, alivio, confusiÃ³n, excitaciÃ³n, inseguridad, irritaciÃ³n, timidez, vergÃ¼enzaâ€¦ Era como si Loki hubiera decidido jugar con mis nervios para pasar el rato.

Muchas de esas sensaciones habÃan venido a mÃ debido al ataque de Dana. Me habÃa preocupado y asustado ante su reacciÃ³n, sinceramente. Sin embargo, una parte de mÃ no pudo evitar alegrarse ante lo que sucediÃ³. Porque pude sentir como mis dudas, tan enfermizas, se esfumaban como las nubes en un caluroso dÃa de verano. No obstante, una vez pasada la emociÃ³n inicial, me empecÃ© a sentir terrible. Un malestar que me acompaÃ±aba hasta esa maÃ±ana. Que en un momento tan nefasto, yo me sintiera feliz por una trivialidad asÃ, provocada por mis propias inseguridades, me hacÃa sentir repugnante.

Si no fuera suficiente, habÃa estado el incidente con Hipo. Realmente, mi cuerpo dejÃ³ de pertenecerme durante la noche, porque hice que cosas que, normalmente, no harÃa. Mucho menos en pÃºblico. Me dejÃ© llevar por la suave cadencia de la nana de Hipo. Con ello, permitÃ que mis restricciones cayeran con facilidad. Los lÃmites que me imponÃa a mÃ misma todo el tiempo se difuminaron, volviÃ©ndose fÃ¡cilmente salvables, sencillamente franqueables y dÃ©biles.

Mis ojos, primeramente concentrados en las suaves y fraternales caricias que aportaba Hipo sobre la piel y el cabello de Dana, pasaron a detenerse en el armonioso movimiento de sus dedos. En la forma en que se arqueaban y flexionaban, como si el agua fluyera entre ellos. En los pequeÃ±os cortes y delgadas cicatrices que los adornaban, producto del trabajo. SeguÃ el recorrido de su anatomÃa, encontrÃ¡ndome con su pecho. AscendÃa y descendÃa en una cadencia que se podrÃa definir incluso como tierna. Era tan lenta y acompasada que, probablemente, serÃa como sumirse en una tibia nube. Y seguramente, el sonido de su corazÃ³n, con su compÃ¡s particular, resultaba aÃºn mÃ¡s relajante que la propia voz de Hipo. En mi mente, casi podÃa escucharlo. Realmente, deseaba escucharlo.

Probablemente tuve un pequeÃ±o lapsus en ese momento, comencÃ© a

soÃ±ar despierta. SentÃ-, con una claridad irracional, sus brazos rodeÃ¡ndome en un abrazo cÃ¡lido y reconfortante. Lleno de afabilidad y ternura. Lleno de Hipo. Me invadieron las fosas nasales los aromas de la tierra, de la madera, del carbÃ³n, la hierbabuena y la ceniza. Casi podÃ-a sentir como el perfume caliente me caldeaba con velocidad el cuerpo.

De repente, el verde intenso del bosque, completamente vivo, me despertÃ³ de mi ensueÃ±o. Los ojos de Hipo, esas esmeraldas tan llenas de vida, me observaban fijamente. La sorpresa y la duda me invadieron. Â¿Se habrÃ-a dado cuenta? Â¿HabrÃ-an sido obvios mis pensamientos? Por regla general, mis reflexiones y sentimientos estaban muy bien guardados en mi interior, bajo mi eterna expresiÃ³n impertÃ©rrita. Sin embargo, dudaba de mi capacidad de mantenerla en semejante sopor.

Como respondiendo a mis dudas, Hipo me sonriÃ³ pÃ-caramente, con un brillo sagaz en sus ojos que jamÃ¡s habÃ-a visto. Temerosa de cometer una locura o sonrojarme hasta adquirir el color rubÃ- brillante de las escamas de Garfios, tomÃ© mi hacha y empecÃ© a afilarla. Probablemente fui demasiado impulsiva y obvia, una reacciÃ³n anormal en mÃ-, pero, francamente, nunca me habÃ-a encontrado en una encrucijada asÃ-.

Mientras recogÃ-a nuestro campamento, ayudada por el resto de jinetes, sentÃ- la vergÃ¼enza invadirme de nuevo. CuadrÃ© los hombros y me obliguÃ© a serenarme, a centrarme en mis tareas. No tenÃ-a tiempo ni espacio para morirme de vergÃ¼enza. Ya lo harÃ-a luego, al volver a casa, o, en su defecto, al encontrar un paraje desierto plagado de Ã¡rboles entre los que esconderme y desahogar mi frustraciÃ³n. Afinar mi hacha tenÃ-a que servir para algo productivo, al fin y al cabo.

Una vez estuvo todo recogido, Hipo nos agrupÃ³ a todos en un cÃ-rculo.

â€•Bien, chicos, ahora que tenemos todo listo, creo que es hora de empezar el ejercicio de hoy. Las cuestiones a resolver hoy se centran en la compenetraciÃ³n jinete-dragÃ³n y en desarrollar y potenciar las habilidades de rastreo de nuestro compaÃ±ero.

â€•Eso suena difÃ-cil â€•farfullÃ³ Chusco con cara de hastÃ-o.

â€•En ningÃºn momento dije que fuera fÃ¡cil â€•contestÃ³ Hipo con una sonrisa de oreja a oreja, tratando de insuflar Ã¡nimosâ€•. Pero parece mÃ¡s complejo de lo que es. En realidad, es simplemente una forma de conocer la forma de rastrear de nuestro dragÃ³n. Sobre todo, las claves y trucos necesarios para ayudarle.

Chusco y Brusca resoplaron a la vez, poniendo la misma expresiÃ³n huraÃ±a.

â€•Dejad de quejaros â€•reprendÃ-, lanzÃ¡ndoles una mirada furibunda antes de volver a centrarme en Hipo â€•Â¿QuÃ© hay que hacer?

Al momento en el que nuestros ojos se cruzaron, una batalla interna volviÃ³ a desatarse en mi interior. TardÃ© tres segundos en darle fin. PerdÃ-. DesprendÃ- mi mirada de la suya y me fijÃ© en Tormenta, que me observaba atenta.

â€•SÃ-, claro, ahora os lo explico â€•comenzÃ³ a decir, nerviosamenteâ€•. Patapez, Â¿trajiste lo que te pedÃ-?

â€•SÃ-, un momento â€•asintiÃ³ Ã©l, mientras rebuscaba en su morral.

SacÃ³ un fajo de pergaminos, muy rÃ-gidos y gruesos, con las puntas ligeramente dobladas. TenÃ-an una apariencia tan pesada que ni siquiera se plegaban sobre sÃ- mismos. Se los tendiÃ³ a Hipo, que les echÃ³ un rÃ¡pido vistazo hasta volver a fijarse en nosotros.

â€•Bien, en estas tarjetas hay una serie de plantas medicinales muy interesantes y Ãºtiles. EstÃ¡n ilustradas y descritas, tanto sus caracterÃ-sticas como sus cualidades medicinales.

Â»Os voy a entregar una a cada uno. Tenemos que volver hoy a Mema, asÃ- que tenÃ©is hasta el mediodÃ-a para encontrar vuestra tarea.

â€•Â¡Tienes que estar de broma! â€•exclamÃ³ Mocoso, boquiabierto â€•Â¿En serio pretendes que encontremos una mata que no hemos visto en nuestra vida, en una isla en la que no hemos estado nunca, en menos de un dÃ-a?

â€•SÃ- â€•afirmÃ³ Hipo, sencillamente, ganÃ¡ndose un resoplido frustrado de Mocoso que nos hizo reÃ-r a todosâ€•. Parece mÃ¡s difÃ-cil de lo que realmente es. Puede que nosotros no sepamos cÃ³mo encontrarlas, pero nuestros dragones sÃ-. Aprovechad sus habilidades para conseguirlo.

Siendo sincera, entendÃ-a la aprensiÃ³n y el recelo que mostraban Mocoso y los gemelos. QuizÃ¡s en Mema, que, se quiera o no, era terreno conocido, la bÃºsqueda resultarÃ-a mucho mÃ¡s sencilla. Su flora y fauna era relativamente conocida para todos sus habitantes. Sin ser experto, era fÃ¡cil que te sonara una flor o un animal por haberlo visto en alguna ocasiÃ³n. Con todo, podÃ-a ser complicado.

En ese momento nos encontrÃ¡bamos en una isla totalmente desconocida para nosotros, con un follaje tan espeso que imposibilitaba un reconocimiento aÃ©reo efectivo. Las tareas de bÃºsqueda serÃ-an lentas, pues supondrÃ-an un reconocimiento del terreno adherido a su posterior anÃ¡lisis.

QuizÃ¡s para Hipo y Patapez podÃ-a resultar mÃ¡s sencillo. Patapez adoraba investigar la vegetaciÃ³n. Cada dos por tres aparecÃ-a con una planta nueva y corrÃ-a desesperado a preguntarle a Gothi sobre sus funciones. En cuanto a Hipo, habÃ-a pasado tanto tiempo en el bosque que se habÃ-a convertido en un explorador nato.

â€•Â¡Vaya! â€•exclamÃ³ Hipo, leyendo las expresiones de aprensiÃ³n de algunos jinetesâ€•. Supongo que os estoy pidiendo demasiado. Supongo que, si no sois capaces de hacerlo, tendremos queâ€¦

â€•Â¿Disculpa? â€•interrumpiÃ³ Mocoso, con el ceÃ±o fruncidoâ€•Â¿QuÃ© has dicho?

â€•Nada â€•contestÃ³ Hipo con su mejor expresiÃ³n de niÃ±o buenoâ€•. Solo que, si tan difÃ-cil os parece, quizÃ¡s es mejor hacer otra

cosa. PensÃ© que erais lo suficientemente buenos para estar a la altura de las circunstancias, pero, en fin. Supongo que tendrÃ© que bajar un poco el nivel hasta que estÃ©is preparados.

Me mordÃ- la mejilla por dentro, tratando de controlar la sonrisa, viendo la trampa. CrucÃ© una mirada divertida con Dana, que estaba conteniendo los mismos deseos que yo.

â€• Â¿CÃ³mo has dicho? â€•cuestionaron los gemelos a dÃºo.

â€•Nosotros somos capaces de hacer cualquier cosa que nos propongamos â€•afirmÃ³ Brusca.

â€•Incluso sin proponÃ©rnoslo, somos capaces de todo â€•terminÃ³ Chusco.

â€•Dame esa tarjeta, vas a ver de lo que es capaz un Jorgenson â€•reclamÃ³ Mocoso, acercÃ¡ndose a Hipo y estirando la mano en su direcciÃ³nâ€•. Es mÃ¡s, lo harÃ© tan bien y tan rÃ¡pido que ni te darÃ¡s cuenta de que me he ido.

â€•Por supuesto â€•respondiÃ³ Hipo con una radiante sonrisa, entregÃ¡ndole su tarjeta.

En breves minutos, cada uno tenÃ-a la suya. Como bien habÃ-a dicho Hipo previamente, era un documento simple y prÃ¡ctico. FÃ¡cil de comprender y de leer. Encabezada por el tÃ-tulo de la planta, se dividÃ-a en dos secciones. El lateral izquierdo lo dominaba una ilustraciÃ³n detallada de la flor o planta en cuestiÃ³n, mientras que el derecho se seccionaba en diferentes informaciones relevantes sobre ella. ObservÃ© con detenimiento la mÃ-a.

**Achicoria **

Uso: Dolencias. Malestares estomacales. ProblemÃ¡ticas en el corazÃ³n.

SecciÃ³n Ãºtil: RaÃ-ces.

Temporada: Primavera y otoÃ±o.

MÃ©todo de uso: InfusiÃ³n y cataplasma.

UbicaciÃ³n: Zonas hÃºmedas. Prados.

Probablemente los libros de los que Patapez habÃ-a sustraÃ-do esta informaciÃ³n estaban plagados de aÃºn mÃ¡s datos, pero, como informaciÃ³n breve, debÃ-a ser suficiente.

En ese momento, centrÃ© mi atenciÃ³n en el dibujo, que, en esas circunstancias, podÃ-a resultarme tanto o mÃ¡s Ãºtil que lo leÃ-do. ConsistÃ-a en unas pequeÃ±as flores, con el nÃºcleo frondoso, en fuerte contraste con los delicados y sencillos pÃ©talos, de forma casi rectangular y llenos de finos pliegues. TenÃ-an apariencia de caracterizarse por un color claro, porque no habÃ-a ningÃºn tipo de sombreado a base de carboncillo sobre ellos.

Todos nos acercamos a nuestros dragones, decididos a emprender la bÃºsqueda. Ya estaba sentada a lomos de Tormenta, palmeando

suavemente su cuello, cuando me fijÃ© nuevamente en Dana. Un pinchazo de culpabilidad volviÃ³ a inundarme de forma inconsciente. Estaba junto a Hipo y Desdentao, hablando de algo que no alcanzaba a escuchar a esa distancia. Antes de darme cuenta, ya habÃ-a alzado la voz.

â€•Â¡Dana! â€•exclamÃ©, logrando que se girara en mi direcciÃ³nâ€• Â¿Te apetece hacer esta incursiÃ³n con nosotras?

Como respaldando mis palabras, Tormenta emitiÃ³ un gorjeo. Dana me mirÃ³ con curiosidad.

â€•No sÃ© si Hipo te lo ha dicho â€•comencÃ© a explicar â€•, pero, en esta clase de tareas, el no participa activamente. Se limita a supervisar que nadie haga trampas. Como durante la prÃ¡ctica de ayer.

Â»Entonces, Â¿prefieres ver cÃ³mo lo hacemos los demÃ¡s o quieres participar?

Dana nos mirÃ³, alternativamente, a Hipo y a mÃ- en numerosas ocasiones, mordiÃ©ndose el labio nerviosamente. Al final, le dirigiÃ³ a Hipo un mohÃ-n de disculpa, que Ã©l correspondiÃ³ con una risa divertida. Al momento, Dana corriÃ³ en mi direcciÃ³n. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, alarguÃ© la mano y la ayudÃ© a subir. No pude evitar la sonrisa que me inundÃ³ los labios al percibir su tamborileo ansioso.

â€•Â¡Ey, Mocoso! â€•exclamÃ³, Dana, llamando la atenciÃ³n de PatÃ¡n, que la observÃ³ perplejoâ€•. Antes hablabas sobre lo rÃ¡pidos que sois los Jogerson, Â¿no es verdad?

â€•SÃ-, Â¿por quÃ©? â€•interrogÃ³, hinchando el pecho con orgullo.

â€•Porque te vamos a demostrar que dos Hofferson y una Asgerdur somos el triple de rÃ¡pidas.

La primera risa que invadiÃ³ el lugar fue la de Hipo, que comenzÃ³ a carcajearse de la situaciÃ³n, nada sorprendido con la resoluciÃ³n de la joven. Sin embargo, lo que nos embargÃ³ al resto fue una fuerte impresiÃ³n de arrojo y entusiasmo. Las sonrisas retadoras nos inundaron.

â€•Eso es porque Mocoso es como una tortuga â€•sentenciÃ³ Chusco.

â€•Nosotros seremos el doble de rÃ¡pidos â€•terminÃ³ Brusca.

â€•Ya lo veremos â€•respondiÃ³ Mocoso, pero no estaba haciÃ©ndonos caso ni a los gemelos ni a mÃ-. Estaba con la vista fija en Dana, respondiendo a su afronta, a su reto, con una expresiÃ³n sagaz y osada.

12. CapÃ-tulo 12

CapÃ-tulo 12

Hipo POV

Vi a todos listos para empezar, lanzÃ¡ndose miradas retadoras unos a otros. Especialmente Dana y Mocoso, que parecÃ-an estar sumidos en una particular tensiÃ³n. Me topÃ© con los ojos celestes de Astrid. Pude ver, por cÃ³mo alzaba una ceja, con expresiÃ³n suspicaz, que ella tambiÃ©n se habÃ-a dado cuenta.

â€•Bueno, me alegro de que estÃ©is tan animados â€•aleguÃ©, divertidoâ€•. Preparaos para alzar el vuelo.

Antes que los propios jinetes, los dragones reaccionaron a mis palabras, poniendo el cuerpo en tensiÃ³n. El Ãºnico equipo que lo hizo a la par fueron Tormenta y Astrid. Dana se uniÃ³ instintivamente a la posiciÃ³n de salida.

â€•Â¡A VOLAR! â€•gritÃ©, logrando que todos emprendieran rÃ¡pidamente la marcha. No tardaron en perderse de vista.

Desdentao me gruÃ±Ã³. Yo no pude hacer otra cosa que reÃ-r al fijarme en Ã©l. No habÃ-a que conocerle mucho para saber que estaba deseoso de volar. La soledad del arbitraje nos permitÃ-a ser un poco flexibles con nuestra rutina de vuelo. Mientras supervisÃ¡ramos, nadie nos podÃ-a negar un par de piruetas en el aire.

Me acomodÃ© en la silla, esperando a que la prÃ³tesis hiciera el conocido click en el estribo metÃ¡lico. Un segundo despuÃ©s, ya estÃ¡bamos en el aire.

* * *

><p><strong>Astrid POV <strong>

Las tres nos dirigimos, a toda velocidad, a las alturas. Buscamos la suficiente para poder ver gran parte de la isla con perspectiva. A lo lejos, pude ver que Patapez imitaba nuestros movimientos, aunque a mucha menos distancia.

â€• Â¡AllÃ-! â€•exclamÃ³ Dana, seÃ±alizÃ¡ndome con el dedo la zona este de la isla.

Eran difÃ-ciles de ver, pues la densa capa de Ã¡rboles los protegÃ-an, pero habÃ-a unos pequeÃ±os prados desperdigados por ahÃ-. ToquÃ© suavemente el cuello a Tormenta, en direcciÃ³n a tierra. QuizÃ¡s Tormenta y yo no tenÃ-amos una conexiÃ³n tan extraordinaria como la de Hipo y Desdentao, pero Ã©ramos compaÃ±eras desde hacÃ-a muchos vuelos y nos conocÃ-amos la una a la otra. HabÃ-amos aprendido a entendernos y comunicarnos por gestos cuando estÃ¡bamos en el aire. AsÃ- que, Tormenta no tardÃ³ en dirigirse al lugar exacto al que querÃ-amos llegar.

El aterrizaje fue suave, con mucha gracia, rasgo que solÃ-a caracterizar a la dragona. Al momento, descendimos de su lomo, hundiendo nuestros pies en el suave pasto. MirÃ© a nuestro alrededor, buscando cualquier vestigio de la dichosa planta. ResoplÃ© al no encontrar nada.

â€•DeberÃ-amos pedirle ayuda a Tormenta â€•sugiriÃ³ Danaâ€•. Hipo dijo que ella sabrÃ-a hacerlo.

â€•SÃ- â€•admitÃ-â€•. En muchos sentidos, los dragones tienen sus

instintos mejor entrenados y capacitados que nosotros. El problema es cÃ³mo.

Empezamos a caminar, meditando el asunto, esperando poder captar algo al estudiar el cÃ©sped.

â€• Â¿Hasta quÃ© punto eres como Hipo? â€•preguntÃ³ de pronto.

No detuve mis pasos, pero los ralenticÃ© para poder girarme a verla.

â€• Â¿CÃ³mo? â€•inquirÃ-, confundida.

â€• Â¿DÃ³nde estÃ¡ tu frontera entre el bien y el mal? â€•reformulÃ³, sin dejar de ser confusa la preguntaâ€•. Hipo es una persona que no tiene una escala de grises muy variada. Diferencia mucho entre lo que se debe hacer y lo que no â€•explicÃ³, al ver que yo aÃºn no sabÃ-a que responderâ€•. Es verdad que es demasiado tolerante y para Ã©l hay muchÃ-simo mÃ¡s bien que mal en el mundo, cuando muchos de nosotros no pensarÃ-amos lo mismoâ€¦

Como vi que empezaba a desvariar, la detuve.

â€•Depende de la cuestiÃ³n, soy tan tajante como Hipo o mÃ¡s flexible â€•informÃ©, alzando una cejaâ€•. Â¿QuÃ© se te ha ocurrido?

Dana sonriÃ³, mordiÃ©ndose el labio. Su expresiÃ³n bailaba entre la pillerÃ-a y el nerviosismo.

â€•Estaba yo pensado, Â¿no crees que el dibujo es demasiado detallado para haberse hecho de memoria? â€•cuestionÃ³, tendiÃ©ndome la tarjeta.

Solo un leve atisbo a la ilustraciÃ³n me bastÃ³ para entender en quÃ© direcciones estaba lanzando Dana las flechas.

â€•Crees que la ilustraron con una muestra real cerca â€•afirmÃ©, sonriendo con picardÃ-a.

Ella asintiÃ³, con su mejor expresiÃ³n angelical.

â€•Y crees que el aroma puede haberse mantenido, pese a haber pasado por tantas manos â€•continuÃ© en el mismo tono. No querÃ-a sonar cortante ni burlesca, pero querÃ-a conocer esa faceta suya que, frente a Hipo, no habÃ-a tenido la posibilidad de conocer.

â€•Para nosotras es imposible, es un hecho â€•reconociÃ³, sin tomarse a mal mis palabrasâ€•. Pero para el agudo olfato de una Nadder MortÃ-feraâ€¦

â€•No perdemos nada por probar â€•admitÃ-, acercÃ¡ndole el papel a la dragonaâ€•. Tormenta, Â¿puedes encontrar este rastro? Buscamos una flor.

La dragona de escamas azules inspirÃ³ varias veces. CerrÃ³ los ojos en la Ãºltima bocanada de aire antes de erguirse. Se alejÃ³ de nosotras al trote. Nos miramos sorprendidas y nos vimos obligadas a seguirla con rapidez. TomÃ© la mano de Dana, cuidando sus pasos. Yo estaba acostumbrada a corretear por el bosque junto a Tormenta, pero temÃ-a que Dana no. Ella no rechazÃ³ el contacto, sino que lo sujetÃ³

con fuerza en busca de apoyo, intentando seguir el ritmo.

Llegamos al fondo del claro cuando Tormenta se detuvo, hundiendo la cabeza en la hierba para luego mirarnos a nosotras. Tardamos unos minutos en ponernos a su nivel.

Descubrimos, sorprendidas, las pequeÃ±as flores. Estaban semiescondidas en la hierba, por lo que habÃ-a sido difÃ-cil verlas. Una vez retirada la primera capa, descubrimos decenas de ellas.

â€•Buen trabajo, Tormenta â€•la felicitÃ©, sinceramente, dÃ¡ndole un afectuoso masaje en el mentÃ³n.

Ella, en respuesta, gorjeÃ³ feliz. Mientras, Dana sacÃ³ un paÃ±uelo y tomÃ³ algunas de las flores, hasta la raÃ-z, con cuidado, intentando no daÃ±ar toda la planta. Las guardÃ³ dentro y cerrÃ³ la tela con habilidad, como si se tratara de un sobre.

AlcÃ© la vista al cielo, buscando descubrir la posiciÃ³n del Sol. Apenas habÃ-a pasado tiempo desde que se habÃ-a iniciado la prueba, y no podÃ-a saber dÃ³nde estaba Hipo hasta que diera emitiera un grito de Furia Nocturna. Porque, eso sÃ-, cuando ese par querÃ-a, eran indetectables. En conclusiÃ³n, eso nos dejaba muchÃ-simas horas muertas.

â€•Vayamos a la sombra â€•sugerÃ-, viendo la espera que tenÃ-amos por delante.

Vigilando que no hubiera nada peligroso en ese frondoso lugar, nos sentamos. Estuvimos en calma durante varios minutos, esperando cualquier seÃ±al de proximidad del resto de jinetes. Al final, Dana rompiÃ³ el silencio.

â€•Te has mostrado flexible, pero, Â¿por quÃ©? Â¿Por considerar que estaba bien o por que no estaba tan mal? â€•preguntÃ³, observÃ¡ndome con curiosidad.

La mirÃ© de soslayo. MantenÃ-a las piernas flexionadas entre sus manos, con su rostro apoyado en sus rodillas. ParecÃ-a mÃ¡s diminuta de lo que ya era, asÃ-, encogida. El pelo se le desparramaba por la espalda sin cuidado alguno, cayendo incluso sobre la tierra. No parecÃ-a importarle, cosa que me sorprendÃ-a. A mÃ- me estresaba que mi pelo estuviera por toda mi cara ante la mÃ¡s mÃ-nima brisa.

â€•En otras circunstancias, si no fuera Hipo el que hubiera planeado esto, habrÃ-a pensado que era un daÃ±o menor. Pero es de Hipo de quien estamos hablando, asÃ- que, lo mÃ¡s probable es que diÃ©ramos con la respuesta correcta.

â€• Â¿Quieres decir quÃ© el planeo que llegÃ¡ramos a esa conclusiÃ³n? â€•preguntÃ³, recelosa, pero sonriente.

â€•Si fuera el primer ejercicio que hiciÃ©ramos, lo dudarÃ-a. Sin embargo, Ã©ste de hoy ha sido terriblemente complicado. Muy diferente a los que solemos hacer â€•expliquÃ©, rememorando en mi mente las prÃ¡cticas de vuelo y los entrenamientos con Terrores Terriblesâ€•. Normalmente da una pauta clara o una pista para avanzar. Pero no habÃ-a nada en este caso. O al menos, eso creÃ-a â€•afirmÃ©, deteniendo mis ojos en las flores que descansaban guarecidas en los

matorrales.

Â»Hipo quiere que seamos capaces de usar cualquier herramienta posible en una situaciÃ³n de peligro, y, muchas veces, la mÃ¡s obvia es la que mÃ¡s pasa desapercibida. Hace todo esto para conseguir que formemos mejores equipos con nuestros dragones â€•Llegados a ese punto, percibÃ- que estaba comenzando a delirar, asÃ- que me obliguÃ© a cortar el discursoâ€•. Sin usar armas ni grandes lecciones de guerra, intenta protegernos, a su manera.

â€•Lo conoces bien, Â¿eh?

â€•No creo que tanto como tÃº â€•admitÃ-, sin ningÃºn mal sentimiento en la voz. Bastantes habÃ-a tenido ya la noche anteriorâ€•. La verdad es que os creÃ-a idÃ©nticos, por eso pensaba que casi erais capaces de leeros el pensamiento el uno al otro.

â€• Â¿Leernos el pensamiento? Â¿En serio? â€•repitiÃ³, riendo.

â€•SÃ-, sois mÃ¡s similares que los Thorston, que ya es decir. Ese par de gemelos parece capaz de comprender lo que el otro estÃ¡ pensando sin palabras ni miradas â€•aclarÃ©, intentando explicar mis pensamientosâ€•. Pero, en realidad, tenÃ©is vuestras diferencias. Eso me tranquiliza.

â€• Â¿Por quÃ©?

â€•Ver que os compenetrÃ¡is hasta tal punto puede resultar un poco escalofriante â€•dije, sin reparosâ€•. ReciÃ©n nos conocemos, asÃ- que no puedo hablar por ti, pero me dio la impresiÃ³n de que el Hipo que conocÃ-a desaparecÃ-a, para fusionarse contigo en un equipo indivisible. Verlo era un poco inquietante â€•reconocÃ-, sin sentir vergÃ¼enza esta vezâ€•. Sin embargo, poco a poco, estoy comprendiendo que sois muy similares, sÃ-, pero tenÃ©is vuestras diferencias. Son pequeÃ±os detalles, pero muy significativos. Cosas que os definen.

Dana me escuchÃ³ sin interrumpirme ni una vez. En algÃºn punto de mis divagaciones, clavÃ© mi vista en el otro extremo del claro, evitando que el orgullo me venciera. No obstante, cuando sentÃ- su persistente mirada en mÃ-, y me di cuenta de que no iba a hablar hasta que la correspondiera, me girÃ©.

SonreÃ-a, muy dulcemente. Se acercÃ³ a mÃ-, gateando, para quedarse a apenas unos centÃ-metros de distancia.

â€•Me alegra saber que lo aprecias y lo conoces tanto como para apreciar todas esas diferencias.

Esa vez, sus palabras sÃ- lograron avergonzarme. No sabÃ-a quÃ© decir. Ya me estaba costando todo mi esfuerzo mantener la respiraciÃ³n tranquila, buscando que el inoportuno sonrojo de mis mejillas desapareciera.

Al final, simplemente comencÃ© a trenzar su cabello platino, sin decir palabra. No pareciÃ³ molestarse, porque soltÃ³ una risita y se dejÃ³ hacer.

Me entretuve peinando su cabello en un trenzado ligero, fÃ¡cil de

deshacer, cuando el sonido de unas pisadas me alertÃ³. ObservÃ© a Tormenta, que habÃ-a percibido lo mismo que yo y se habÃ-a puesto en pie, en ademÃ¡n protector. Tomando mi hacha, imitÃ© sus movimientos para ponerme frente a Dana. Ella, percibiendo la tensiÃ³n en el ambiente, se levantÃ³ e imitÃ³ mi pose defensiva.

â€•Si te digo que te marches, corre con todas tus fuerzas.

AsintiÃ³, sabiendo que, desarmada, no podrÃ-a hacer nada por Tormenta ni por mÃ- mÃ¡s que limitarnos. Sin embargo, vi en sus ojos la preocupaciÃ³n y los deseos de replicar.

De las sombras, comenzÃ³ a hacerse mÃ¡s persistente el sonido de las pisadas, sumado a los gruÃ±idos. El desagradable aroma a azufre se acercÃ³ a nosotros, pestilente. Con cuidado, comenzamos a retroceder.

Al fin, el dragÃ³n se mostrÃ³. Estuve a punto de emitir un gemido de pÃ¡nico al comprender lo que habÃ-a ante nosotras, pero me contuve a tiempo. En su lugar, cuadrÃ© la mandÃ-bula y apretÃ© la presiÃ³n en torno a mi hacha. La guerra psicolÃ³gica era el primer paso para ganar.

Ante nosotros estaba lo que parecÃ-a un Skrill. A diferencia del que habÃ-amos conocido en el pasado, las escamas de Ã©ste eran anaranjadas y sus patas inferiores mÃ¡s grandes. Sospechaba que el perfume a azufre significaba que habÃ-a disparado sus llamas hacÃ-a poco, y que no se limitaban a los truenos.

Tuvimos un segundo de guerra frÃ-a, evaluÃ¡ndonos con la mirada, antes de que el dragÃ³n se lanzara por nosotras. De un salto, alzÃ³ el vuelo y nos disparÃ³ un rayo, envuelto en llamas. Era demasiado rÃ¡pido para darnos tiempo a esquivarlo. Tormenta nos protegiÃ³ con su cuerpo. No me dio tiempo a detenerla. Parte de mÃ- creÃ-a que saldrÃ-a bien, por su cuerpo escamado a prueba de fuego. Sin embargo, el tema de los rayos era otro cantar.

Con un fuerte gruÃ±ido de dolor, que resonÃ³ por todo el perÃ-metro, Tormenta cayÃ³ inconsciente, como una muÃ±eca desmadejada.

â€• Â¡NO! â€•chillÃ©, con todas mis fuerzas, sintiendo la furia arder en mÃ-.

El dragÃ³n no perdiÃ³ el tiempo y fue directo hacia mÃ-. IntentÃ³ clavarme sus puntiagudos dientes en el brazo, pero pude impedirle el paso con mi hacha. El metal quedÃ³ clavado entre ellos. Su boca estaba tan caliente que empezÃ³ a derretir el metal. No durarÃ-a mucho tiempo.

â€• Â¡CORRE! â€•le gritÃ© a Dana, intentando despertarla del shock en el que parecÃ-a estar sumida. No reaccionÃ³â€•. Â¡TE HE DICHO QUE CORRAS!

Dana empezÃ³ a retroceder, impelida por mis alaridos. Cosa que no pareciÃ³ gustarle al dragÃ³n, porque guerreÃ³ con mi hacha encajada en su garganta con aÃºn mÃ¡s fuerza. SentÃ-a que mis brazos se romperÃ-an en cualquier momento.

â€• Â¡Resiste con todas tus fuerzas! â€•exclamÃ³.

ParecÃ-a a punto de marcharse a buscar ayuda, cosa que agradecÃ- con toda mi alma. QuizÃ¡s, si tenÃ-amos suerteâ€¦ Sin embargo, OdÃ-n no parecÃ-a estar de nuestra parte. Finalmente, el dragÃ³n hizo mi arma aÃ±icos. Al momento, alzÃ³ el vuelo nuevamente, preparado para realizar una envestida. No solo a mÃ-. Por su posiciÃ³n, pensaba llevarse a Dana tambiÃ©n.

DescendiÃ³ a toda velocidad, al tiempo que tomaba la daga que mantenÃ-a escondida en mi bota. Me agarrÃ³ con sus garras, desgarrÃ¡ndome la ropa del torso y manchÃ¡ndola de sangre. Le clavÃ© con fuerza el puÃ±al en los dedos, logrando que errara en su trayectoria y no atrapara a Dana tambiÃ©n. Me regodeÃ© de su bramido de dolor, por muy agudo e irritante que fuera para los oÃ-dos.

CaÃ-mos al suelo, pero aÃºn mantenÃ-a su presa. VolviÃ³ a enderezarse, sin importarle ya cuantas agresiones repitiera contra Ã©l. En respuesta, el apretaba aÃºn mÃ¡s su agarre, logrando que las heridas sangraran mÃ¡s profusamente.

Nuevamente, se alzÃ³ en aire. Esta vez, sÃ- serÃ-a capaz de atrapar a Dana. Y yo no podrÃ-a hacer nada para evitarlo. Justo en el momento en el que parecÃ-a a punto de volver a realizar la arremetida que habÃ-a practicado conmigo, una Pesadilla Monstruosa se interpuso en su camino, llevÃ¡ndose a Dana consigo. Casi aullÃ© del alivio al comprender que se trataba de Mocoso y Garfios. Pude ver, durante un segundo, cÃ³mo Ã©l la tenÃ-a sujeta entre sus brazos con cuidado, elevÃ¡ndose hacia las nubes, mientras ella gritaba en mi direcciÃ³n.

En ese momento, unas conocidas flamas purpureas estallaron sobre mÃ-, impactando directamente en la boca dentada del dragÃ³n. Me soltÃ³ de su presa. Impulsivamente, gritÃ© de terror al comprender que estaba a demasiada distancia del suelo como para poder sobrevivir a la caÃ-da. Mi agonÃ-a la detuvieron el contacto cÃ¡lido de Hipo y el vuelo Ã¡gil y fiable de Desdentao. Hipo me apretaba contra Ã©l, tan fuerte que dolÃ-a. Su rostro estaba mÃ¡s serio y agresivo que nunca, con la mandÃ-bula apretada y los tendones de su cuello resaltados. Me habrÃ-a sorprendido verlo asÃ- de no haber estado demasiado saturada de emociones.

â€•Desdentao â€•dijo Hipo, lanzando una extraÃ±a esfera metÃ¡lica al aire, en direcciÃ³n al dragÃ³nâ€•, Â¡AHORA!

Con su alarido, Desdentao disparÃ³ sus flamas a la esfera, creando una densa nube de humo en torno al dragÃ³n. Por mucho que este batiera sus alas, parecÃ-a no desaparecer.

â€• Â¡Espera un momento! â€•le detuve, al descubrir que estaba a punto de emprender la huidaâ€•. Â¡Tormenta!

Los gemelos y Patapez pasaron a nuestro lado, aprovechando la distracciÃ³n. Iban mÃ¡s lentos de lo normal, pero pude comprobar que se debÃ-a a que llevaban una pesada y preciada carga. Con un equipamiento de primeros auxilios dragonil que Hipo habÃ-a inventado y nos obligaba a llevar siempre en nuestras excursiones, habÃ-an recogido a Tormenta en una resistente lona. La mantenÃ-an en el aire sujetando, con diferentes arneses, las sogas que anudaban la lona a los dragones.

â€•Todo va a estar bien â€•me prometiÃ³ Hipo, indicÃ¡ndole con un gesto a Desdentao que continuara la marcha.

ConfiÃ© en sus palabras y me relajÃ©. Tanto, que caÃ- inconsciente.

* * *

><p><strong>Â¡Hola a todos!<strong>

Este capÃ-tulo me ha salido un poquito mÃ¡s largo de lo normal, sorprendente porque tambiÃ©n lo estoy publicando antes de fecha. No sÃ© por quÃ© creo que no habrÃ¡ quejas sobre ninguna de las dos cosas xD. Me pedÃ-ais acciÃ³n para este capÃ-tulo, asÃ- que, aquÃ- tenÃ©is el resultado.

**Lily-D13, **Â¿querÃ-as acciÃ³n? Una raciÃ³n completa xD. No sÃ© si era lo que esperabas, pero espero que te haya gustado. TambiÃ©n creo que serÃ-a una pena que se desperdiciara la voz de Hipo y lo sucedido en la excursiÃ³n, asÃ- que, ya veremos lo que sucede con eso.

Briisy07, Â¡muchas gracias! Espero que te gusten las historias que tengo en Wattpad.

MilalySnow, Â¡ay, quÃ© me sacas todos los colores!Â¡QuÃ© vergÃ¼enza! Y, a su vez, Â¡quÃ© feliz soy! xD. Muchas gracias por tus palabras, no me creo tanto, pero no voy a negar que estoy muy contenta por saber que tienes tan buena idea de mÃ- xD. Espero que este capÃ-tulo te haya gustado.

Muchas gracias por su reviews a **YU-LI**, **L****ady-werempire** y **Alice.**

Por si os interesa, he empezado a escribir en **Wattpad. Mi usuario es **MeimiCaro**. Se me reconoce fÃ¡cilmente xD.**

Pues, con esto y un bizcocho, Â¡nos leemos en el prÃ³ximo capÃ-tulo!

13. Extra: La desolaciÃ³n de Dana

Extra: La desolaciÃ³n de Dana

Detestaba llorar. Era algo que odiaba con todas mis fuerzas. Me recordaba mi cuerpo dÃ©bil, endeble como una rama. Tan fÃ¡cil de quebrar como una. Al caer presa de las enfermedades cuando era una niÃ±a, sin un remedio fiable que me sacara del agujero, me habÃ-a dado cuenta de que las lÃ¡grimas no servÃ-an de nada. No sanaban, no ayudaban. Solo valÃ-an para angustiar aÃºn mÃ¡s a los pocos que me querÃ-an. Eso lo descubrÃ- como una epifanÃ-a, el dÃ-a que escuchÃ© a mi madre sollozarle al chamÃ¡n, vÃ-ctima de la pena. En ese momento decidÃ- que, si mi cuerpo no era fuerte, mi mente lo serÃ-a.

Sin embargo, allÃ- estaba yo, aferrÃ¡ndome a PatÃ¡n Mocoso como si no hubiera un maÃ±ana, como si fuera una tabla de salvaciÃ³n. Trataba de silenciar mis angustiosos gemidos enterrando el rostro entre sus ropas, pero sospechaba que no servÃ-a de mucho. Eran tan molestos que, seguro, estaban consiguiendo hacer reverberar su pecho.

En mi mente estaban plasmadas, casi cicatrizadas, las enormes y espantosas heridas de Astrid. Las que le habÃ-a ocasionado defendernos de aquel sanguinario dragÃ³n. Si hubiera sido capaz de hacer algo, en lugar de quedarme allÃ- plantada, en estado de shockâ€¦

MirÃ© de reojo al dragÃ³n que volaba a nuestro lado. Desdentao mantenÃ-a un vuelo Ã¡gil y veloz, luchaba por mantenerse estable en las corrientes de viento. Pese a mi escasa estadÃ-a en Mema, sabÃ-a que esa no era la mayor velocidad que el dragÃ³n podÃ-a acarrear, pero la respuesta de por quÃ© el dragÃ³n no aligeraba el vuelo estaba en la preciada carga que llevaba y en los cuidados que estaba recibiendo de parte de su jinete.

Hipo estaba rajando, con ayuda de su puÃ±al, su tÃºnica en tiras, elaborando precarios y torpes vendajes con ellas. EmitiÃ³ un rugido frustrado, preso de la furia y el miedo, al ver que sus intentos de frenar la hemorragia estaban sirviendo de poco y que la sangre seguÃ-a escapando a borbotones. Cuando comenzÃ³ a baÃ±ar las escamas de Desdentao, Ã©ste emitiÃ³ un gruÃ±ido preocupado. Hipo se quitÃ³ su chaleco de pieles, envolviendo a Astrid con Ã©l, luchando para mantenerla en calor, y la apretÃ³ contra sÃ-. Sin necesidad de mÃ¡s seÃ±ales, el jinete y el dragÃ³n se compenetraron a la perfecciÃ³n, acelerando la velocidad al mÃ¡ximo rumbo a Mema.

DespuÃ©s de haber presenciado en silencio todo eso, no pude evitar que las lÃ¡grimas volvieran a baÃ±arme las mejillas, y en el proceso la piel de Mocoso, a raudales. Mi cuerpo temblaba, presa del terror.

Mocoso apretÃ³ su musculoso brazo a mÃ- alrededor, cobijÃ¡ndome. Sin embargo, la sorpresa del contacto no fue suficiente como para detener mi llanto.

â€•Astrid es la guerrera mÃ¡s fuerte y valiente de toda Mema â€•dijo de prontoâ€•. NingÃºn dragÃ³n de poca monta podrÃ¡ con ella. SobrevivirÃ¡ â€•afirmÃ³, tratando de aportarme confianza, mirÃ¡ndome a los ojos durante un segundoâ€•, y luego se chulearÃ¡ por las nuevas cicatrices que ha conseguido â€•aÃ±adiÃ³ con humor.

Pude notarle un ligero timbre de inseguridad en la voz, como si tratara de concienciarse a sÃ- mismo de sus palabras. Pude apreciar, en su gesto serio y su cuerpo en tensiÃ³n, que estaba tan preocupado como yo. Sin embargo, trataba de no mostrarlo. Para tranquilizarme. RecordÃ© en Ã©l la misma aparente serenidad y fuerza de la que yo me habÃ-a hecho dueÃ±a a lo largo de los aÃ±os, al afrontar altas fiebres y enfermedades del invierno, buscando no preocupar a los demÃ¡s.

InspirÃ© hondo, obligÃ¡ndome a serenarme. No podrÃ-a hacer nada por Astrid sumida en el pÃ¡nico y la congoja. TardÃ© varios minutos, pero lo conseguÃ-.

â€•Â¿Puedes volar mÃ¡s rÃ¡pido? â€•preguntÃ©, mirando al frente, intentando encontrar en el horizonte la silueta difusa del Furia Nocturna.

â€•AgÃ¡rrate fuerte â€•respondiÃ³, apretando los cuernos de Garfios.

Por una vez, Garfios obedeciÃ³ la orden sin ningÃºn tipo de represalia ni reclamo. Probablemente porque entendÃa la gravedad de la situaciÃ³n.

Hice lo que me dijo, abrazÃ¡ndole con fuerza sin perder la vista al frente. La fuerte embestida del viento me secÃ³ las lÃ¡grimas, dejando atrÃ¡s cualquier rastro del llanto que me habÃa acosado antes. En ese instante necesitaba ser fuerte. Por Astrid.

* * *

><p><strong>Â¡Hola a todos!<strong>

**Espero que este pequeÃ±o extra os haya gustado. Al principio pensÃ© hacerlo un capÃtulo, pero decidÃ que nunca he utilizado a Dana como narradora en toda la historia y no me pegaba mucho hacerlo solo para un fragmento. Me sentÃa un poco oportunista. Sin embargo, como no querÃa desechar la idea de que pudierais conocer un poco la mente de Dana, pues me decidÃ a crear este pequeÃ±o especial.
**

DragoViking, no te preocupes, tus comentarios siempre me hacen reÃr xD. Me alegro de que el capÃtulo anterior tuviera tanta intensidad.

**lady-werempire, **muchas gracias. Espero que te gusten las historias que tengo por ahÃ, incluso las que no son de HTTYD ^^.

**Una cosa mÃ¡s antes de terminar. He actualizado mi perfil de beta. Esto quiere decir que vuelvo a estar en el mercado del beteo. Si hay alguien interesado, que no dude en contactar conmigo. **

Con esto y un bizcocho, Â¡nos leemos en el prÃ³ximo capÃtulo!

14. CapÃtulo 13

CapÃtulo 13

Hipo POV

Todo ante mÃ sucedÃa como un borrÃ³n, difuso e inconexo. El cÃ³mo mis pulmones se llenaban y vaciaban de aire, con cada respiraciÃ³n. El movimiento de mis pies al avanzar, uno tras otro. Las palabras que cruzaba con la gente, que ni siquiera sabÃa quÃ© habÃa dicho o a quiÃ©nâ€¦ Todo estaba sumido en esa bruma. Solo era consciente del peso cÃ¡lido de Astrid en mis brazos. Con cada respiraciÃ³n, con cada paso, parecÃa estar mÃ¡s frÃa y pÃ¡lida, mientras que las vendas que la envolvÃan torpemente se baÃ±aban de un rojo escarlata. Se me cerrÃ³ la garganta al descubrir como su respiraciÃ³n se iba ralentizando cada vez mÃ¡s.

Las Ãºnicas personas que lograron sacarme de mi sopor fueron mi padre y Gothi. Cuando aparecieron ante mÃ, pude identificarlos rÃ¡pidamente dentro del entorno difuso. Confiaba en ellos. Ellos protegerÃan a Astrid, la salvarÃan. Era un pensamiento instintivo.

Contra toda tradiciÃ³n vikinga existente, guerreÃ© para que Astrid fuera tratada en mi casa en lugar de en la suya propia. Sus padres estaban realizando, de forma permanente, trabajos de mantenimiento en el bosque, buscando reanimarlo. No podÃ-a dejarla allÃ-, donde, aunque la cuidara, todo me era desconocido y no podrÃ-a recurrir a nada en caso de urgencia. Y la casa de Gothi quedaba descartada, estando a semejante altura.

Al final, no sÃ© quÃ© vieron en mÃ-, pero debido a la urgencia de la situaciÃ³n, obedecieron mi orden sin rechistar y marchamos corriendo a casa.

Una vez dejada a Astrid en mi cama, Gothi nos obligÃ³ a salir, a esperar en la sala, frente a la hoguera, mientras ella trabajaba. Cada grito lastimero de Astrid era una puÃ±alada en el corazÃ³n. ApoyÃ© los codos en los muslos, mientras me tapaba el rostro con las manos. Estaba sumido en el pÃ¡nico, aunque obliguÃ© a mi boca a permanecer cerrada. No tenÃ-a derecho a hacerlo cuando la que estaba sufriendo era ella.

Mi padre me apretÃ³ el hombro, intentando reconfortarme, mientras Desdentao me acariciaba la pierna con su hocico. AgradecÃ- internamente sus mudas formas de decirme que todo saldrÃ-a bien, pero fui incapaz de decir nada.

Los primeros en llegar fueron Dana y Mocoso, en compaÃ±Ã-a de BocÃ³n, que se los habÃ-a encontrado por el camino.

â€•Â¿QuÃ© ha sucedido? â€•cuestionÃ³ BocÃ³n, preocupado.

â€•Â¿DÃ³nde estÃ¡? â€•preguntÃ³ Dana, a su vez.

Dana no necesitÃ³ respuesta. En ese momento, un poderoso grito irrumpiÃ³ desde mi habitaciÃ³n. Todos miramos en su direcciÃ³n, de forma inconsciente. Dana marchÃ³ rauda, subiendo las escaleras y entrÃ³ en el dormitorio.

TomÃ© aire, decidiendo que era el momento de contarles a mi padre y a BocÃ³n lo sucedido.

* * *

><p>Era plena noche. ObservÃ© el rostro de Astrid. ParecÃ-a sumida en un inquebrantable sueÃ±o. Estaban tan pÃ¡lidaâ€¦ Si no fuera por su respiraciÃ³n, dirÃ-a que estaba muerta. No apartaba la vista de ella, concentrÃ¡ndome, precisamente, en ese movimiento. AsegurÃ¡ndome de que estaba viva. Dana y Gothi tambiÃ©n estaban en la habitaciÃ³n, sentadas en sillas de madera, al igual que yo. La diferencia es que Gothi dormitaba en su asiento, mientras que Dana tenÃ-a los brazos recostados sobre la cama. AprovechÃ¡bamos los periodos de calma, como bien podÃ-amos, para descansar.<p>

Dana se habÃ-a negado, tajantemente, a dormir. PodÃ-a ver el sentimiento de culpa brillando en sus ojos, pero Gothi, con su lenguaje, la convenciÃ³ de lo contrario.

â€•No ganarÃ¡s nada manteniÃ©ndote despierta inÃºtilmente. Cuando te necesite, estarÃ¡s tan agotada que no podrÃ¡s hacer nada â€•traduje, como buenamente pude. Gothi asintiÃ³ en seÃ±al de acuerdoâ€•. Haremos

turnos, de esa forma, todos podremos estar junto a Astrid.

AsÃ-, todos se habÃ-an comprometido a participar. Hasta el punto que el salÃ³n se habÃ-a convertido en un improvisado campamento. Todos los jinetes, junto a BocÃ³n, descansaban allÃ-. Por escasez de espacio, los dragones habÃ-an tenido que quedarse fuera. Desdentao y Tormenta eran los Ãºnicos que permanecÃ-an en el interior. DespuÃ©s de estudiar sus heridas, descubrimos quemaduras y entumecimiento, probablemente algunas contracturas serias que la imposibilitarÃ-an volar durante unas semanas. Sin embargo,la dragona estaba fuera de peligro. EstarÃ-a bien.

Desdentao le habÃ-a cedido su loza a la Nadder MortÃ-fera, y se pasaba la noche en vigilia, turnando sus vigilancias entre Astrid y Tormenta. En una de esas ocasiones, nuestras miradas se cruzaron. LucÃ-a preocupado.

â€•Ya verÃ¡s que todo saldrÃ¡ bien, campeÃ³n â€•afirmÃ© en voz bajaâ€•. Todo saldrÃ¡ bien â€•repetÃ-, concienciÃ¡ndome ante esa idea, creyendo en la esperanza.

* * *

><p>Esos dÃ-as no existÃ-an en mi mente. Solo existÃ-a un hoyo oscuro, tenebroso y un poco doloroso, invadido por pesadillas que no podÃ-a recordar con claridad. Sin embargo, el resto si lo hacÃ-a. Cuando habÃ-a estado inconsciente, debido a la pÃ©rdida de la pierna y las enfermedades que la acompaÃ±aron, todos se habÃ-an mantenido junto a mÃ- apoyÃ¡ndome, hasta que me recuperÃ©. Ahora que estaba viviendo lo mismo con Astrid, comprendÃ-a el infierno que debÃ-a haber supuesto para los demÃ¡s.<p>

Se habÃ-an organizado los turnos para que, cada vez que hubiera que cambiarle los vendajes a la vikinga y supervisar las heridas, solo estuvieran Gothi, Dana y Chusca. La Ãºltima era la Ãºnica capaz de levantar a Astrid lo suficiente como para que las otras dos pudieran hacer el trabajo. A los pocos dÃ-as se sumÃ³ la presencia de los padres de Astrid, Harek y Bera Hofferson. Bera ayudÃ³ en lo que respecta a los turnos de cura y limpieza y se mantenÃ-a tan inmÃ³vil en su lugar como Dana, Gothi y yo. Solo nos retirÃ¡bamos porque el resto nos forzaba a ello.

Gracias a la roÃ±a y los venenos particulares existentes en las garras del Skrill, las heridas se habÃ-an infectado y drenaban pus y sangre cada cierto tiempo. Astrid, ya enferma por la enorme pÃ©rdida de sangre, no tenÃ-a forma de recobrar fuerzas. Se la forzaba a comer, sobre todo caldos porque su cuerpo afiebrado no parecÃ-a capaz de tomar nada mÃ¡s, pero no tardaba en vomitarlo. Lo Ãºnico que aceptaba medianamente bien era el agua, pero no podrÃ-a sobrevivir Ãºnicamente a base de eso.

SegÃºn pasaban los dÃ-as, Astrid empeoraba y yo sentÃ-a que me estaba volviendo loco.

Desdentao me sorprendiÃ³ con una idea. Todo sucediÃ³ cuando estaba preparando apÃ¡ticamente el almuerzo, sin ser muy consciente de ello. Me cortÃ© en la cara interna del antebrazo, siseando de dolor. Antes de que llamaran a Gothi para tratarme, Desdentao me mirÃ³ fijamente y procediÃ³ a lamerme la herida. EscocÃ-a como un demonio, pero, sorprendentemente, el dolor durÃ³ solo unos instantes. MirÃ© la

herida. No es que hubiera desaparecido ni nada por el estilo, pero la hemorragia habÃ-a cesado rÃ¡pidamente.

â€•Â¿Tu salivaâ€¦ â€•comencÃ© a preguntar, sorprendidoâ€• puede curar?

Desdentao me hizo un extraÃ±o gesto con la cabeza, como un mudo depende. Sin embargo, sabÃ-a que existÃ-a la posibilidad. Desdentao me estaba mostrando eso, precisamente en ese momento, por algo.

â€•Â¿Te importarÃ-aâ€¦?

No pude terminar la pregunta. Desdentao ya caminaba directo en direcciÃ³n a mi habitaciÃ³n. Le seguÃ-. DespuÃ©s de explicarle a Gothi, decidimos probar. FuncionÃ³. No hizo milagros, pero logrÃ³ detener definitivamente la pÃ©rdida de sangre y calmar un poco la inflamaciÃ³n.

DespuÃ©s, escasos de opciones, Dana sugiriÃ³ utilizar el remedio de Kahr. Nunca lo habÃ-a visto utilizado en esa clase de contexto, pero era una posibilidad. Milagrosamente, surtiÃ³ efecto. No lo suficiente como para curar sus heridas y acelerar el proceso de cicatrizaciÃ³n que ya habÃ-a favorecido Desdentao, pero si para frenar un poco las infecciones, dÃ¡ndole tiempo a su cuerpo para combatirlas; reducir la fiebre; y asentar un poco su estÃ³mago. SeguÃ-a vomitando mÃ¡s que comiendo, pero al menos digerÃ-a algo.

No podÃ-amos hacer nada mÃ¡s. Solo nos quedaba esperar que OdÃ-n no precisara la presencia de Astrid en el Valhalla y que ella fuera lo suficientemente fuerte como para mantenerse con nosotros. En momentos como ese, las ganas de llorar me invadÃ-an, pero me sentÃ-a incapaz de derramar una sola lÃ¡grima en presencia del resto. No por vergÃ¼enza, si no por fortaleza. Todos nos habÃ-amos mantenido medianamente estables, pese al desgaste que la situaciÃ³n y las pocas horas de sueÃ±o estaban produciendo en nosotros. Todos tenÃ-amos la sensaciÃ³n de que, si derramÃ¡bamos una simple lÃ¡grima, por mucho alivio que produjera, todos nos desplomarÃ-amos. No, ya habrÃ-a tiempo de llorar cuando todo terminara.

* * *

><p>LlevÃ¡bamos dos semanas con Astrid en cama. Por fin, la infecciÃ³n parecÃ-a haber desaparecido de su cuerpo, al igual que la fiebre. HabÃ-a que seguir atentos, porque las heridas aÃºn estaban demasiado frescas y el cuerpo de Astrid muy dÃ©bil. TemÃ-amos que en cualquier momento tuviera una recaÃ-da.<p>

Sin embargo, por fin, habÃ-amos podido respirar en paz. Gothi, traducida por BocÃ³n, habÃ-a asegurado que ya no habÃ-a peligro. Ya habÃ-a pasado lo peor y, lo que restaba, solo era trabajo del descanso. Gracias a eso, los turnos se habÃ-an suavizado, permitiendo a todos descansar por primera vez en mucho tiempo.

Harek y Bera volvieron al bosque, a trabajar, aunque Bera volvÃ-a todas las noches en compaÃ±Ã-a de mi padre a cuidar de su hija. Gothi turnaba el resto de sus trabajos, que debido a la situaciÃ³n de emergencia habÃ-a relegado, con las visitas matutinas a Astrid. Una vez llegaba la hora de dormir, se quedaba un par de horas realizando curas y evaluando la situaciÃ³n antes de marcharse en compaÃ±Ã-a de

BocÃ³n.

Los jinetes hacÃ-an guardia todos los dÃ-as, a diferentes horas, y se marchaban a sus casas por la noche.

Tormenta, ya recuperada, permanecÃ-a siempre junto a su jinete, esperando que despertara. Al igual que hacÃ-amos Dana y yo. Lamentaba no sacar a Desdentao de la casa, pero Ã©l tampoco parecÃ-a dispuesto a alzar el vuelo. SeguÃ-a tan preocupado y reticente a separarse de Astrid como yo.

* * *

><p>Estuve a punto de clamar el nombre de OdÃ-n a toda voz cuando un dÃ-a, sin esperarlo, mis ojos se cruzaron con la mirada aguamarina de Astrid. SucediÃ³ de repente, una maÃ±ana normal, sin ningÃºn ruido ni acto especialmente llamativo.<p>

HacÃ-a apenas unas horas, Bera y papÃ¡ se habÃ-an despedido de nosotros, directos al trabajo. HabÃ-an avanzado gradualmente con el asunto de la plaga, ayudados cada vez con mÃ¡s frecuencia por Gothi, ahora que el tema de Astrid la tenÃ-a mÃ¡s tranquila; y, aunque les quedaba poco para terminar, aÃºn tenÃ-an trabajo por hacer. Dana se habÃ-a marchado al piso inferior, dispuesta a hacer el almuerzo, una sopa de pescado que le habÃ-a enseÃ±ado a hacer. LlevÃ¡bamos semanas comiendo lo mismo, pero era el Ãºnico alimento que Astrid podÃ-a digerir en ese estado danzante entre la inconsciencia y la conciencia.

De vez en cuando, Dana obligaba a los dragones a salir para que tomaran un poco el sol y se alejaran del aire viciado de la habitaciÃ³n. En el dormitorio solo estÃ¡bamos Astrid y yo, ella durmiendo. Hasta que, claro, los ojos de Astrid se abrieron. Me quedÃ© un segundo en silencio, con la boca abierta como un idiota, sin saber que decir. Astrid tenÃ-a los ojos nublados, por el cansancio y la confusiÃ³n probablemente.

â€•Hola â€•dije, estÃºpidamente.

â€•Hola â€•respondiÃ³ ella, un segundo despuÃ©s, con la voz pastosa y una sonrisa fatigadaâ€•. Â¿QuÃ© ha pasado? â€•preguntÃ³, intentando erguirse.

â€•No, no, no, no â€•recriminÃ©, repetidas veces, obligÃ¡ndola nuevamente a recostarseâ€•. AÃºn estÃ¡s muy dÃ©bil, no debes levantarte.

â€• Â¿QuÃ© ha pasado? â€•repitiÃ³ ella, seria, pero no intento moverse.

â€• Â¿Recuerdas lo sucedido en la isla? Â¿Con el Skrill?

Astrid cerrÃ³ los ojos durante un minuto, meditando. Recordaba esa resacosa sensaciÃ³n despuÃ©s de despertar, de forma completa, del incidente de la Muerte Roja. Por ello, comprendiendo la situaciÃ³n, la dejÃ© tomarse su tiempo.

â€• Â¡Ah, sÃ-! â€•exclamÃ³, abriendo los ojos de par en parâ€•. Â¿CÃ³mo estÃ¡ Tormenta? Â¿Y Dana? â€•interrogÃ³, preocupada.

â€•Bien, bien. Ambas estÃ¡n perfectamente, gracias a ti â€•contestÃ©, riendo. No porque fuera especialmente gracioso, sino porque, por primera vez en semanas, sentÃ-a que el miedo me abandonabaâ€•. Eres tÃº la queâ€¦

No pude terminar la frase, porque la puerta se abriÃ³ con un chirrido.

â€•Hipo, Â¿crees que deberÃ-a pedirle a los chicos una nueva tanda deâ€¦? â€•comenzÃ³ a preguntar, aunque dejando la cuestiÃ³n en el aire al encontrarse con los ojos abiertos de Astridâ€•. Â¡Por Thor! Â¡EstÃ¡s despierta! â€•exclamÃ³, pletÃ³rica, acercÃ¡ndose a ellaâ€•. Â¿QuÃ© tal te encuentras?

â€•Un poco confundida â€•admitiÃ³, con una sonrisa trÃ©mula.

â€•Justo ahora se acaba de despertar â€•informÃ©, sin apartar mi mirada de Astrid.

â€•Debemos avisarle a Gothi â€•ordenÃ³ Danaâ€•. Â¿Hoy estÃ¡ en el bosque?

â€•Es muy probable, llamaremos aâ€¦ â€•comencÃ© a decir, a punto de emitir un grito que atraerÃ-a a los terrores terribles. Sin embargo, Dana me detuvo.

â€•Â¡Hay que avisarle a Mocoso tambiÃ©n! Â¡Y al resto de jinetes! Enseguida vuelvo.

Como una exhalaciÃ³n, se marchÃ³ de la habitaciÃ³n.

â€•Luego tendrÃ© que comprobar si se ha dejado algo al fuego â€•susurrÃ©, distraÃ-do, divertido por la reacciÃ³n de la muchacha.

â€•Â¿DeberÃ-a preguntar? â€•indagÃ³ de repente Astrid. Incluso enferma, tenÃ-a una intuiciÃ³n envidiable.

â€•Bueno, han pasado muchas cosas mientras tÃº estabas inconsciente. Todos te hemos estado cuidando estas Ãºltimas semanas. Han demostrado todos cuÃ¡nto te valoran y se han unido mucho, especialmente esos dos.

â€•Â¿En serio?

â€•En serio â€•afirmÃ©, riendoâ€•. Mocoso te dio de comer y todo.

â€•Â¿QuÃ©? â€•cuestionÃ³, con los ojos abiertos de par en par.

Yo solo asentÃ-, con mi mejor sonrisa. Estaba tan aliviado de verla, por fin, despierta, que una estÃºpida sonrisa tonta se habÃ-a formado en mi cara. Pero no me importaba. Por fin sentÃ-a que las semanas pasadas habÃ-an sido, simplemente, una pesadilla.

â€•En fin â€•continuÃ³ Astrid, dejando el tema para despuÃ©sâ€•. Â¿CuÃ¡nto tiempo llevo asÃ-?

â€•Dos semanas. No, casi tres â€•me corregÃ-.

Astrid asintiÃ³, asimilando la nueva informaciÃ³n. Vi como, inconscientemente, se humedecÃ-a los labios y carraspeaba.

â€• Â¿Quieres beber un poco de agua?

â€•SÃ-, por favor â€•pidiÃ³, con voz ronca.

Lentamente, con la cuchara que habÃ-amos utilizado las Ãºltimas semanas para hidratarla, le di de beber. La rellenÃ© con la jarra, llena de agua limpia, que mantenÃ-amos junto a la cama. A Astrid le costaba dejar que la cuidaran, podÃ-a verlo en el movimiento inquieto de sus manos. Con lo independiente que era, no me extraÃ±aba. Sin embargo, no dijo nada ni intentÃ³ levantarse de nuevo.

EsperÃ© a que terminara de tragar la Ãºltima cucharada para volver a hablarle. TomÃ© su mano entre las mÃ-as, con mucho cuidado de no hacer movimientos bruscos y la acerquÃ© a mi rostro.

â€•Por favor, no vuelvas a asustarme de esta manera â€•le supliquÃ©.

Estaba envuelto en un frenesÃ- de emociones en ese momento. Todas las que habÃ-a reprimido durante esas semanas, parecÃ-an estallar incontrolables en mi interior. Todas las lÃ¡grimas que habÃ-a guardado parecÃ-an estar a punto de desbordarse, incontenibles.

â€•AllÃ-, entre mis brazos, empapada en sangreâ€¦ â€•rememorÃ©, con un escalofrÃ-oâ€•. SentÃ- que te perdÃ-a, sentÃ- que me morÃ-a.

Astrid apretÃ³ el agarre de mi mano, intentando demostrarme que estaba a mi lado. Que no se habÃ-a ido a ninguna parte.

â€•Por favor, no vuelvas a asustarme asÃ- â€•le volvÃ- a pedir, besando el dorso de su mano con suavidad antes de recargar mi frente en Ã©l. No me atrevÃ- a cruzar nuevamente nuestras miradas, aunque sentÃ-a sus ojos pendientes de mÃ-.

Estuvimos varios minutos sumidos en el silencio, solo roto por los gruÃ±idos de dragÃ³n que se escuchaban en el exterior.

â€•Â¿PodrÃ-as darme un poco de agua? â€•pidiÃ³ Astrid, de repente.

Despertando de mi sopor, asentÃ- y la soltÃ©. RellenÃ© la cuchara y se la tendÃ-. Esta vez, la bebiÃ³ con mÃ¡s avidez. De pronto, Astrid tirÃ³ de mÃ-, con una fuerza nada normal en una convaleciente. Si mis reflejos hubieran estado mÃ¡s lentos y no hubiera logrado sujetarme en la cama, la habrÃ-a aplastado. Pero eso a ella no pareciÃ³ importarle. Fue una cuestiÃ³n que quedÃ³, rÃ¡pidamente, relegada a un segundo plano.

Astrid me acercÃ³ a ella, presionando sus labios contra los mÃ-os. Aunque gran parte se la habÃ-a bebido, parte del agua inundÃ³ mi boca.

Fue un breve instante, pero Astrid ya estaba acalorada, debido al

esfuerzo. Aun asÃ-, debido a la impresiÃ³n, solo pude alejarme un par de centÃ-metros cuando ella relajÃ³ su agarre.

â€•Mi premio por haber resistido â€•reconociÃ³, con una sonrisa pÃ-cara.

Yo tenÃ-a que tener, en cambio, una expresiÃ³n muy idiota. Con los ojos abiertos de par en par y la boca abierta, en una mueca que bailaba entre el asombro y la diversiÃ³n.

â€•Pero que rÃ¡pido montÃ¡is aquÃ- el nidito de amor, Â¿eh? â€•dijo una voz, a lo lejos, que al momento reconocÃ- como la de Chusco.

Me separÃ© de Astrid, mirando hacia la ventana, encontrÃ¡ndome con las miradas ladinas de Chusco y Brusca, que volaban sobre VÃ³mito y Eructo.

â€•Â¡Oh, por favor! Â¡Otra vez no! â€•maldijo Astrid, refunfuÃ±ando.

* * *

><p><strong>Â¡Hola a todos!<strong>

Espero que este nuevo capÃ-tulo os haya gustado. SÃ© que fue mucho mÃ¡s serio que los anteriores, pero, bueno... IntentÃ© darle un ligero toque de humor al final. Â¿QuÃ© os ha parecido?

**Por cierto, Â¿olÃ©is eso? Â¿Ese perfume que hay entre lÃ-neas? Se acerca el final, mis niÃ±os muajajajajajaja. **

**Lily-D13, **gracias por tu review. No te preocupes, a mÃ- tambiÃ©n me ocurre cuando leo por el mÃ³vil. Tanto la web como la aplicaciÃ³n son un incordio a la hora de dejar reviews desde los mÃ³viles. Espero que este capÃ-tulo, donde se desarrollaba todo lo sucedido con Astrid, te haya gustado.

Ya lo habÃ-a comentado anteriormente, pero lo repito porque... Me apetece, sencillamente xD. Tengo el perfil beta operativo, asÃ- que, si alguien estÃ¡ interesado, que no dude en enviarme un mensaje privado. ****Â¡Ah!, y os invito a todos a pasaros por mi perfil de Wattpad (MeimiCaro**).**

Bueno, con esto y un bizcocho, Â¡nos leemos en el prÃ³ximo capÃ-tulo!

End
file.